

Quince Duncan

LA PAZ
DEL PUEBLO

A detailed illustration of a quill pen, shown in profile, pointing towards the upper right. The quill is rendered with fine lines to show its texture and is positioned behind a white library label.

CR863.4
D912p2

**LA PAZ
DEL PUEBLO**

Quince Duncan

LA PAZ
DEL PUEBLO



Editorial Costa Rica

CR953.4

9812p2

Duncan, Quince, 1940-

La paz del pueblo / Quince Duncan. --2.
ed. -- San José; Editorial Costa Rica, 1986.

p.

ISBN 9977-23-315-2

1. Novela costarricense. I Título.

DGB/PT

86-115



SIDUNA



F19534

Impreso en Costa Rica. Hecho el depósito de ley.



IMPRESO POR IMPRENTA NACIONAL
LA URUCA, SAN JOSÉ, COSTA RICA, APOD. 3004

CAPITULO UNO

Pedro estaba sentado mirando las hojas y los rayos que se filtraban cayendo sobre el agua cercana a la ribera del río, como el destello del diamante, como el encuentro del día y de la noche. Sobre su cabeza, profunda ironía del universo, una ave rapaz surcaba obstinadamente el pequeño claro, bañando sus alas en la cálida luz de la mañana. Abajo, ancho y potente el río, indómita y silenciosamente se deslizaba entre la selva hostil.

Volvió a mirar el río y la vio: venía hacia él, desnuda, increíblemente hermosa, ancestral y primitiva espesando la sangre. "Qué maldita vida le habría dicho y ella: no seás insolente, malcriado. Pero mal hablado y todo te quiero bandido."

Apuró un trago. Pensaba que así un hombre se siente mejor, más hombre, garganta, boca, intestinos y estómago poblados de una suerte de fuego demoníaco, que alienta el canto y la melancolía, maldito zopilote que no deja pensar.

El ave volvió a cruzar el claro, proyectando su sombra

oscura agua adentro. Agua adentro, carajo, la pena, el odio, la aversión, maldito zopilote que no deja pensar.

Hacia un lado la espesura de la selva abría tentador boquete, y tragaba tranquilamente el camino. Camino misterio. Camino quietud. Hacia el otro lado también, la selva densa e impenetrable. Ese era su mundo.

Había sentido esa misma vaguedad desde hacía mucho tiempo. Era también sequedad inicua en la boca y la garganta, dureza de paladar como la piedra y un sabor amargo que aplaca los sentidos, adormece; sabor a muerte, acaso, que le tocaba sentir por ella; lividez igualmente lastimosa y gratuita, lo poco que le quedaba así, dolorosamente, de la mujer que un día sin motivo empezó a amar y siguió queriendo.

Ella venía hacia él, desnuda, tratando en vano de taparse con sus manos, y él fingiendo estar dormido la miraba pasar, esquivando las hojas secas para no despertarlo, buscando refugio en el cacaotal.

—Deben estar por llegar, tenemos que apurarnos...

—Sí... el problema son estas malditas piedras. No me explico de dónde viene tanta piedra en un lugar como éste.

—Me imagino que por aquí pasó alguna vez el río: como agarra para donde le da la gana en cualquier momento. Así es ese jodido río: ¿no te has fijao?

—¡Que si me he fijao! Tengo la pala amellada.

—Bueno... con la cochinateda de herramientas que hacen hoy en día. Yo no entiendo, le quitan hierro a todo y le meten oro.

—Ni hablemos de eso... de esas cosas: tras de que aquí es medio conversado vamos a jodernos más hablando de la vida perra que llevamos.

El pensamiento martilleaba, metal y piedra, martilleaba. Maldita vida ahora que él la había encontrado. Ora que la vaguedad se le estaba yendo. Ahora que la zozobra huía: en ese instante de descubrimiento cuando se vislumbra el camino, el túnel de salida, y se empieza a pensar en la cueva como un recuerdo, una pieza de museo; precisamente ahora, descubrir que el río le había engañado, que no tenía la profundidad precisa para cruzarlo a nado.

Levantó de nuevo la botella y encontrándola huera, la maldijo. En su primer intento de ponerse de pie acabó entre el barro espeso que progresaba desde el cacaotal hacia el río. Después, caminando entre las yerbecillas, las lianas desprendidas por el agua y el viento, las madre-sévas, las flores que perfumaban de abril el pensamiento, pensó, que la vida era así de maldita. Cruel e implacable trituraba a su paso los cuerpecillos indefensos de los insectos. Indiferente a todo, hechos que no importan a nadie, vacío que recoge con una sonrisa el viento.

Alcanzó la pequeña cuevecilla donde tenía que trocar botella por botella y lo hizo. Manióbró mientras tomaba un nuevo trago en torno a la jareta de su pantalón e instantes después, él mismo, convertido en testigo miraba caer sobre las hojas secas el agua de su cuerpo, destilando en el viento cálido mayor calidez: humana, necesaria, poderoso en el aún tierno día.

Buscó en el cielo de nuevo la figura tenebrosa del zopilote. ¿Qué extraña comunión los enlazaba? Idéntica quizás,

la misma indefinida relación lo unía al río, a las piedras y al barro, a los sonidos que poblaban el pensamiento.

Figuras apocalípticas le llegaron del cielo: dos hombres cavando un profundo hoyo que llegaba al magma. Dos hombres como él. ¡Hijos de perra!

—Deben estar por llegar... tenemos que apurarnos.

—Mirá qué piedra hay aquí: qué condenada tuerce.

—Nada ganás con enojarte: a ver... entre los dos... ¡cómo pesa la maldita!

—Callate: solo a vos se te ocurre decir palabrotas aquí.

—¿Qué horas serán?

—Deben ser como las cuatro.

—Y no hemos terminado...

—Falta poco: voy a fumarme un cigarrillo. Esa condenada piedra me dejó loco.

—Estás nervioso.

—No: estoy cansado: eso es todo.

—¡Hijo de perra!

—¿Qué te pasa?

—Una maldita avispa...

—Quién sabe en qué estabas pensando.

—No me joda... uy... cómo duele... si por lo menos tuviera...

Tomaba con avidez y regresando a la ribera, se sentó sobre el tronco. Cerca de él marchaban las hormigas rojas en tropel, con la típica agresividad de la guerra, a la conquista de todo.

Un saltamontes herido cayó inesperadamente en medio de la tropilla, donde enseguida dio comienzo una cruenta ceremonia de saltos contaminados de agresiva importancia, y una extraña sensación de terror, maldita vida.

—Nunca en mis doce años de abrir fosas me ha costado tanto este trabajo.

—Yo ya estoy frío: malditas piedras.

—Es mejor no usar palabras salidas de tono aquí.

—Yo no sé hablar fino: me crié aquí, comiendo tierra como todos. ¿Qué querés? ¿Que hable como un maldito cartago? ¿O querés que me ponga a hablar inglés como un negro?

—De todos modos...

—Yo no sé hablar fino: ya se lo dije. Y puedo usar las malditas palabras que a mí me dé la gana. Total... tanta cortesía para una condenada que pasó toda su vida echada para arriba, sin creer en nada.

—Está bien... lo que pasa es que no quiero que nos caigan las maldiciones de la vieja: con la fama de bruja que se tiene.

—Dejate de mierdas... voy a darle filo a este condenado machete.

Pedro la vio: venía hacia él, su cuerpo fresco cargando todo el aroma del río.

II

Es muy extraño el muchacho ese y ella lo contempla en silencio y mientras lo mira calculando más que él cada

paso que da, para sentirse de alguna manera identificada con sus movimientos, lo sabe todo. Desde el primer día cuando se confundieron con el barro y el agua, lo sabía todo. Desde entonces, aunque su hija le mintió, tratando durante meses de ocultar lo que desde el principio la intuición de madre denunciaba y toleraba con indulgencia; desde entonces, lo mira así, profundamente y lo conoce.

Es cuestión de disparar. Jalar el gatillo de la vieja escopeta de su marido. Frágil la vida entre esas tierras violentas: cuestión de disparar. Cuestión de disparar.

Levanta la escopeta y apuntándole a la nuca, imagina su brazo justiciero, el roce de su dedo contra el gatillo, el vuelo rápido y violento de la muerte, el hoyo en el mismo sitio donde segundos antes trazó el ojo una cruz; el sonido, el estallido impecable de la violencia y un brinco... más bien, un saltito, el de la muerte, y eso sería todo.

Lo mismo da. La misma muerte de ardilla, de mono, de tepezcuintle...

—Carajo... lo que no entiendo es que esperás que yo esté contento con lo que pasó hoy.

—¿Con qué? ¿Con lo de Jim?

—Sí... con eso.

—Mirá... no sé cuál es el problema: aquí se muere todo el mundo.

—No es eso...

—Todo el mundo se muere y vos te vas a morir también como todos nosotros...

—No es eso: lo que me duele es que...

—Te vas a morir, **por todos los demonios**, igual que todos nosotros: y no sos mejor que nadie aquí. ¿Cuál es el problema? Decime: ¿pasó algo cuando murió Miguel?

—¿Cuál Miguel?

—El de la pierna hinchada color púrpura. Ese. ¿Y Jeny? La mató la danta y eso fue todo. ¿Y Cleveland? Le dio la fiebre y se murió hablando de su madre y posiblemente ella, en alguna parte de las Indias Occidentales empezaba a llorar. Empezaba a llorar de pura pena, y eso ¿qué?

—Yo lo que digo es esto: que la vida no vale ni mierda aquí. Este calor... Ed, este maldito calor que lo obliga a uno a beber agua en tarros de avena, que le va secando a uno de todos modos, hasta los huesos; esta selva maldita, donde uno con cualquier cosa se muere solito, y todavía lo matan a uno. Eso es lo que yo digo.

—¿Mataron...? Quiero decir, ¿lo mataron?

—Sí... carajo: el viejo se fue al guindo, y el inglés lo estaba viendo y no hizo absolutamente nada. Nada hizo el maldito inglés. Es más, ¿sabés lo que dijo el muy puerco? Dijo que estaba bien, porque así es como mueren los torpes y los idiotas. Yo te pregunto, Ed: ¿cómo es eso de que uno se jode el alma y cuando uno se muere un blanco hediondo dice que está bueno?

Lo mismo da: la misma muerte de ardilla, de mono, de tepezcuintle y después aquel olor a sangre fresca, y el sudor cayendo por el rostro.

Baja el arma, sudando...

Pedro está tomando otro sorbo cuando se acerca a él la señora Mariot. Ella lo hizo sigilosamente; se sienta detrás del muchacho, observa la desesperación reflejada en

su mirada vaga y sus venas tensas y la suerte de sopor que lo consume. Ecos del pasado golpean en el viento, se convierten en vapor al hundirse en el agua; se hacen humo al estallar en las piedras; y vuelven al viento, a los susurros que hacen todavía más densa la infinita densidad de la selva.

Que el calor es tanto y la violencia mucha y la muerte fácil, piensa la señora Mariot.

—De lejos se ve que ese muchacho te quiere...

—Son cosas tuyas mamá: ¿qué me va a querer? El ha estado en tantas partes, ha conocido a tantas mujeres como para terminar enamorado de una campesina como yo...

—Eso no tiene nada que ver, hija: tu abuela...

—¿Mi abuela qué?

—Era una mujer muy rica y lo dejó todo por el amor...

—Era mujer y ya se sabe que las mujeres somos tontas. Pero los hombres no dejan nada por uno.

—¿De dónde me salís con esas ideas? ¿Quién dice que las mujeres somos tontas? Y te voy a decir que yo he visto cada hombre dejar todo por una mujer que a veces ni vale la pena.

La hija se quedó callada. La madre dijo que de todos modos el muchacho la quería.

Que el calor es tanto y la violencia mucha, piensa la señora Mariot. Saca de su bolsillo, el de su delantal, la caja con los cartuchos, la pólvora y los balines.

—Pedro...

El sigue allí, sin inmutarse, como si desde el fondo de su ser la hubiese estado aguardando, cual si esa voz

tenía que estar allí en ese preciso momento, como si era la alternativa definitiva, o si, después de todo se identificaba con él mismo. Levanta la vista sobre el río.

—¿Es una linda mañana, no cree?

¿Qué decir? ¿Qué responderle a Pedro, desde la profundidad de los siglos? ¿Es una linda mañana?

—Sí... —él mismo repite con rabia: es una linda mañana—. ¡Mierda!

El eco de su voz muere entre la yerba.

—A nadie le importa —agrega tras un breve silencio.— Ni siquiera le importa a Dios.

Una hormiga que rondaba en torno a su zapato, muere estripada rabiosamente. Un saltamontes herido cae en medio de la tropilla de hormigas, dando inicio a un cruento ritual. Se puso de pie antes de que la señora Mariot hablara, y cuando escucha su voz —ya no es la voz imponente de otros días— un escalofrío intenso entorna la espina dorsal.

Pedro vuelve al sitio donde el saltamontes lucha aún por la vida. Está a medio metro de camino, vencido ya, apresado entre unas ramillas, luchando en vano, pero luchando.

Sus movimientos descoordinados, el rictus de la muerte amenazante. Pedro recoge una piedra aplanada y la lanza sobre el río. La piedra da dos saltos sobre la superficie del agua y se incrusta en el barro de la otra orilla. Pedro vuelve al lado de la señora Mariot y toma otro trago.

—Anoche soñé con ella— dice con acento ritual.

Él se limita a repetir ese acto de liberación que siempre había practicado: lanzar piedrecillas aplanadas so-

bre el río. Es una manera de vencer. La piedra alcanza la otra orilla triunfantemente, el hálito del enojo preña al barro, el río estaba burlado, el río está burlado, el río estará burlado.

Toma asiento sobre el zacate a los pies de la señora Mariot.

No es cariño lo que ella siente por él, sino una honda ternura que incluso algunas veces la ha asustado. En las noches de insomnio, dormitando junto al hombre que conoció como potente, como amante ardiente, como hombre más bien violento, en cuyos brazos había descubierto ella la fuerza oculta de los dioses, se había sorprendido muchas veces pensando en él.

Al principio, sentía cierto recelo de este muchacho que apareció en el pueblo, diciendo que había vivido allí de niño, y nadie se acordaba de él, y sin aviso ni motivo aparente, había enamorado a su hija. Pero con el tiempo el recelo se fue volviendo ternura.

Lo veía llegar junto a Sitaira, cargando leña; lo miraba cultivar el huerto del traspatio en sus momentos de ocio.

Después se sentía orgullosa de tenerlo de yerno, porque adivinaba en él una fuerza inexplicable que ella no lograba definir.

Y cuando el muchacho comenzó a trabajar para el señor Brown, ella estaba convencida de que sentaría cabeza en el pueblo, y que podría tener el enorme placer de ver a sus nietos creciendo, corriendo felices entre el potrero, revolcándose en el barro.

El pastor venía a verla de vez en cuando, con sus insinuaciones sobre la conveniencia de casarlos u obli-

garlos a terminar con el romance, porque el cauce natural del noviazgo es el matrimonio le decía, y no para que se estén jugando.

Y las viejas del pueblo comentaban que era una barbaridad lo que estaba sucediendo, que posiblemente ella misma había traído al muchacho para que fuera amante de su hija, sin que mediara para nada el consentimiento de Cornelio.

Así los días se fueron acumulando, convirtiéndose en meses que se iban acumulando.

Pero una mañana lo vio llegar en busca de Sitaira, y se dio cuenta entonces y tuvo miedo, un miedo que la hizo actuar de manera tan hostil que él mismo tuvo que preguntarle si tenía algo contra él.

Y al sentirse descubierta, la señora Mariot se sintió avergonzada.

No es cariño lo que ella siente por él, sino una honda ternura que no sabía definir. Porque él es responsable de todo. De haber venido cuando nadie lo estaba llamando, de estar, de permanecer demasiado tiempo cuando todos esperaban que se fuera.

—Tomá, Pedro— le dice, y él por primera vez se ve obligado a mirarla directamente.

Pedro ve escopeta y municiones, como quien ve el paso de la lluvia. Lentos sus movimientos, mecánicos sus actos, vacíos.

—Es pólvora buena— dice ella mientras él la apresa entre sus manos. —La tenía Cornelio.— La semana pasada la probaron y aún servía.

Los dos quedaron frente al río en ese instante, oyendo su rumor, y vieron a Sitaira lanzarse al agua con la sol-

tura de siempre, cruzar el torrente y alcanzar la otra orilla con la misma precisión de la piedra. Pero ninguno de los dos dijo nada.

—¿Qué soñó?

—No te lo puedo contar todavía. Aún no son las veinticuatro horas.

—Pero...

—Mamá... ¿cómo sabe uno?

—Díay muchacho: uno sueña y eso es todo.

—Sí... pero ¿cómo sabe uno qué significa?

—Hay libros... o le dicen a uno las cosas.

—¿Quiénes? ¿Quiénes le dicen a uno?

—Los mayores.

Y el abuelo:

—Soñar con un matrimonio es señal de muerte. Una serpiente es símbolo de intrigas.

Pero hay sueños que no se deben contar nunca y otros que deben guardarse veinticuatro horas.

Eso fue todo lo que dijo el abuelo.

—Pero...

—No te lo puedo contar Pedro, no insistás.

—De por sí son majaderías.

La señora Mariot hubiera sonreído ante eso, si fueran otras las circunstancias. Pero no sonríe. Lo vio alcanzar de nuevo la botella, sus ojos bebiendo los destellos del sol

sobre el vidrio, y piensa que lo soñado, soñado está, que los hombres son fanfarrones y que la vida camina de todos modos.

—Usá la escopeta si es necesario... Ella...

El muchacho bebe de nuevo, buscando en el cielo las imágenes de aves, de blancas nubes que forman caprichosas figuras. Baja la vista sobre el río: a la otra orilla un lagarto recoge en su piel descuidadamente el sol de la mañana.

—Es un trotamundos, pero ahora que está enamorado de vos a lo mejor asienta cabeza.

—Mamá, dejá de soñar.

—Es hora de que busqués un cambio de vida: el trabajo de la finca es demasiado duro para vos y lo que es Cornelio, no da señal de componerse.

—No estoy en venta, mamá. Ni voy a mantener a ningún tarado...

—Pedro es trabajador...

—Hoy amaneciste necia.

—Pedro —su voz casi quejumbrosa— Cornelio no se va a componer, lo sé. Yo ya estoy vieja. Si algún día querés asentar cabeza, la finca es tuya...

Se detiene porque un nudo aprieta las vías respiratorias, amputa la voz, y el aire escasea en los pulmones. Un ligero mareo: salta hacia él, arrebata la botella y bebe, con el mismo arrojo con que podría haber bebido Cornelio cuando era un hombre entero.

Ahora el mundo estaba torpe y vacío, como si con ella se hubiese extinguido todo.

Cuando le devuelve la botella, se escurrieran mejilla abajo diminutas gotas de cristal.

Allí está su mundo ahora, torpemente rutinario y vacío.

Leonardo fue el primero en marcharse. Muchacho lozano, lleno de vida, con un futuro enorme esperándole. Cegado por el llano, por los hombres del llano, por la vida agreste de la selva indómita.

Y ahora Sitaira. Sitaira que era toda luz. Que era toda pasión.

A veces conversaban madre e hija sobre el pueblo. Y la señora Mariot hubiera deseado para ella un mundo distinto, donde el tiempo transcurriera con un ritmo diferente.

Un tiempo que ella no tuvo jamás pero que en sus horas de sueño había imaginado.

Ahora, se iría él. Se iría Pedro también. Ella se quedaría con su Cornelio; él con su sombra, con su penumbra, con su incoherencia. Ella con su vacío, con sus noches de frío.

El ardor del alcohol está haciendo eco en la sangre, piensa, y no seré capaz de regresar a casa. No podré volver a tiempo para empezar las faenas del día, para alistarse a Cornelio, para prepararme a cumplir mi deber de madre y de esposa, de jefe de casa, desde que Cornelio sucumbió en el frío.

Mira el lagarto que, al otro lado del río sigue recogiendo el calor del día.

Mira el transparente discurrir del río con una profunda nostalgia. Hubiera querido verla ahora, cruzando el río con su acostumbrada destreza.

Todo parecía seguir su curso, indiferente al dolor intenso que la embarga.

Solo el rostro de Pedro refleja lo que el mundo ese día debería reflejar sin duda alguna.

Si Pedro se quedara. Si lograra arrancarlo de su mutismo, convencerlo de que tenía aquí su familia. Dos viejos. Él, ella, aunque no eran en realidad tan viejos, podían pasar por sus padres. Ella le prepararía las mismas delicias que ya le empezaba a preparar Sitaira y ella trabajaría como lo había hecho siempre, y él podía ayudarlos cuando pudiera, y después, a lo mejor se podía buscar una mujer y...

Pero Pedro está callado, ajeno, como si no comprendiera que la vida gira.

—Pedro... la vida es una rueda: todo gira. Recuerde eso: todo gira.

Dureza de paladar como dureza de cuero.

Se va alejando lentamente entonces, pisando implacablemente la hierba, abriéndose paso entre el cacaotal. Se detiene brevemente para formular una pregunta que quedará sin respuesta alguna.

—Pedro... ¿vas a ir al entierro?

Hay un largo silencio esos breves instantes, interrumpidos solamente por la respiración nerviosa de la vida que palpita en sus venas. Juventudes hechas senectud. Senectud, cada uno en su tiempo y su espacio; los dos, en el mismo espacio, una misma palabra, idéntico sueño.

Luego, la señora Mariot sigue caminando a pesar de la bala, alejándose del rumor denso del río.

III

Ya vendrán los buitres, como los buitres de anoche, y dejarán solo el cuero, porque nadie querrá pasar por

ese camino durante nueve días. Los malditos. Los buitres de anoche, comiendo con tanta tranquilidad, sin preguntar si después de la vela el ciego y su mujer tendrán pan para el desayuno.

Indiferentes. Como si los hubieran parido en mala hora, para desafiarlo todo. Pero ninguno de ellos, "óigase bien", vale un pelo de esa mujer.

Los muy cochinos. Era linda Sitaira. Desde Kingston hasta Belice, desde Bluefields hasta Limón centro no hubo nunca ninguna así. Ni en Panamá, a pesar de su pedantería.

No vendrán los frescos olores del jazmín mañanero. No. Vendrán los buitres. Como anoche, los muy taimados, con sus ritos paganos. Fingiendo dolor, pretendiendo sentir la ausencia de Sitaira, los muy mañosos.

¡Los muy taimados!

—Abuelo y... ¿cómo es eso del cielo y del infierno?

—Eso es cuando termine todo. Al final, después del juicio. Pero por ahora nadie se muere, hijo: simplemente volvemos al samamfo.

—¿Al samamfo? ¿Buelo, qué es el samamfo?

—Uno vuelve donde están los ancestros, eso es todo. Y no me importa lo que te haya dicho el pastor: los pastores de ahora ni siquiera leen la Biblia y si leen no entienden nada.

—Pero abuelo... yo vi a Mah morirse...

—Nadie se muere... métase eso en la cabeza: uno vuelve al samamfo, eso es todo.

Ya vendrán los buitres de anoche entre dominó y rituales, entre el taciturno palpitar de los bongoes, los la-

mentos y los cantos de triunfo, el vago tormento sobre los hombros y los rostros de todos, la pasión reprimida en los ojos de los hombres, la callada envidia aliviada en las miradas femeninas; raras alegrías secretas frente a la rival vencida, y el triunfo temporal sobre la muerte.

Le llamó la atención ya sobre el uso de palabras soeces
Ya vendrán los buitres, ignorando el flácido rostro de la hija de la señora Mantle, indiferentes a la confusión dolorosa de Cornelio, sin importarles la queja silenciosa de la señora Mariot.

—Te llamé la atención ya sobre el uso de palabras soeces aquí. Nos vamos a salar.

—Bueno... si querés me voy. De por sí: falta poco y con lo que nos pagan no alcanza ni para un carajo.

—No... no se gana nada con eso: ya no valen los arrepentimientos. Lo que tenés que hacer es callarte, eso es lo mejor.

Ya vendrán los buitres.

El eco de la detonación pobló la mañana.

Cerca del camposanto corría un arroyuelo, que dibujaba meandros en el contorno, se internaba entre los cacaotales y los arbustos, y aceleraba su paso buscando el río.

En el recodo, una pequeña camada de blancos lirios se agitaban en el viento, iluminando el paisaje.

Los hombres iban acumulando la tierra en dos diminutos cerritos, que crecían con cada palada, cubriendo los bejuquillos de sorocí que corrían dispersos compitiendo con los frondosos churrístates.

Saltamontes de diferentes colores se elevaban en vuelo libre para caer sobre la hoja de algún arbusto, donde co-

menzaban de nuevo su salto o se daban a la lenta empresa de convertir la hoja en pan del día.

Al otro lado del arroyuelo se divisaban hatajos de caña de bambú, distribuidos sin ningún orden, cuyas hojas silbaban en el viento una melodía natural que los hombres agradecían, cuando el sudor corría por la frente y penetraba en los ojos y la vida quemaba el cráneo.

—Mirá qué lombriz...

—¿Qué tiene?

—Dos cabezas...

—Hey... estás loco: ¡Cómo va a tener dos cabezas una lombriz!

—Vení ve...

Una nueva bala repitió en los hombres el sobresalto. Se quedaron mirando el uno al otro, como si el sonido los hubiese consumido en un hechizo.

—¿Adónde está tu famosa lombriz de dos cabezas?

—Aquí... ¿no la ve?

—¡Putá!

—¿Ahora quién está usando malas palabras?

—¡Cho!

—¿Oíste ese balazo?

—Sí, alguien cazando.

—¿Cazando? Solo a vos se te ocurre que haya mortal capaz de ponerse a cazar hoy.

—¿Y qué otra cosa puede ser? ¿La guerra?

—Contigo no se puede: sos un hereje.

—¿Y quién no es hereje en esta maldita tierra? Y vos, tirando la primera piedra...

—Ya te advertí sobre el uso de palabras soeces en este lugar.

Ya vendrán los buitres de nuevo, preso de una ansiedad que no lograba definir. En su mente continuaba potente la idea del festín de buitres, por lo cual, se dio a la tarea de ahogarla en alcohol.

IV

La señora Mariot se detuvo en las gradas de su casa, con una amargura atroz llenando todo. De pronto había visto al viejo, a Cornelio con su ceguera, con su invalidez, con su testarudo apego a la vida. Temía por él, porque estaba convencida de su capacidad para comprender al menos la muerte de su hija, tal como sucedió antes con la de Leonardo...

—Maldito accidente.

—¿A quién pasaré sobre tu cuerpo, Cornelio, cuando decidas alejarte? ¿Quién heredará la fuerza, el destino, la pena y la gloria del samamfo? ¿Quién sabría ahora los secretos de nuestro pasado; quién hará valer sobre la tierra los derechos de los que descansan temporalmente en la gloria del Señor?

Morirás vacío, temprano, demasiado temprano, cuando aún habrías podido engendrar nueva simiente, sembrar nuevas esperanzas en la flor, forjar. Eso es, forjar.

Danzaban en torno al fuego por las noches movidos por un ritmo diáfano que aceleraba el pulso de los hombres. Cuminá en el fuego. Cuminá en el ritmo, en la esperanza

y en la rebeldía, en el amor y en el sueño. Danzaban en torno al fuego por las noches y combatían bajo el brazo poderoso del Cuminá guerrero, hasta que sus lanzas se agotaron y cayeron sangrando en la arena. Morían, Cuminá en el pecho para volver por las noches a las danzas del pueblo, para inspirar la rebelión y la defensa de los sagrados principios del samamfo.

"Yo sé que descienes de un poderoso linaje, que si no pudo contra los cañones supo vencer a pecho. Linaje de denotada hombría. ¿Qué maldición te sedujo, Cornelio?, tú, cristiano, y no entiendes a Moisés. Cornelio domesticado. Cornelio Jonás."

Estaba sentada al pie de las gradas, tratando de armarse de valor para subir. El día avanzaba. Había que vestir a Cornelio.

—Maldito sea: yo vistiendo a Cornelio.

Cornelio, con la fuerza de una danta la elevaba en el aire, y le decía riendo que si no confesaba allí mismo que durante su ausencia había estado llorando, no volvería a pisar el suelo.

Y ahora, maldito sea, ella vistiéndolo a él.

Entró. No quería llegar tarde, porque además Cornelio no era partidario de las llegadas tardías, manía propia de los empleados del tren.

Una mosca posaba sobre el rostro de Cornelio cuando la señora Mariot vadeó su largamente formulada resistencia, y luchando por restablecer la moral derruida, se puso a vestir a su marido.

Abrió el baúl. La camisa blanca oliente a naftalina, extendida sobre el respaldo de la cama matrimonial llenaba el aire de anuncios lúgubres. Alisó la corbata, los tirantes,

las medias. Le dio lustre a los zapatos negros, maldito sea, ella vistiéndole a él, y pieza a pieza se las fue poniendo, notando que él hacía un vano esfuerzo por ayudarla, atrapado entre sueño y vigilia; le puso la chaqueta con mucho cuidado, pasándole el cepillo y luego, encima de su cabeza ya canosa un sombrero de felpa negra.

Entonces notó las lágrimas en los ojos de Cornelio y en un arrebato de histeria lo abrazó cubriéndole de besos para huir enseguida hacia la cocina donde podría llorar tranquila.

"Sí, te has dado cuenta. Ya nadie habrá para recoger tu herencia. Cuminá se ha ido: estamos solos."

CAPITULO DOS

I

La señorita Elizabeth solía ir de paseo por las tardes, acompañada de su hermana la señorita Margaret, o bien por una vieja negra y gorda que, desde niña, reclamaba el derecho de ser tratada con deferencia por haberles dado de mamar de su propio pecho a las dos niñas —gemelas— cuando la señora Elizabeth Margaret Moody, desafiando la voluntad de su marido, el señor Kingsman Moody, se negó a darles de mamar simplemente por vanidad.

Era normal entonces que esa tarde lo intentase de nuevo a la misma hora, aprovechando la ligera llovizna que había caído sobre la ciudad, y la tenue frescura del viento que invitaba al sueño.

Lo que no estaba previsto era la presencia de Brown, el viejo mayordomo que había servido a su familia fielmente desde los tiempos de la esclavitud, más alfabetizado que las mismas hijas de la hacienda; Brown la estaba esperando y junto a él un joven negro de ojos vivos y mirada desafiante. Sin saber por qué, la señorita Elizabeth pensó en la liberación de los esclavos: había operado un milagro en la mayoría de los negros, porque los de ahora

no eran los que su padre solía describir, arrodillados suplicando "Masah, no me pegue más."

—¿Y quién es este orgulloso joven?— preguntó ella con un aire petulante. Una sonrisa irónica interpuso por unos breves instantes un silencio tenso.

—Señorita Elizabeth —dijo solícito Brown— Allen dejó de trabajar para nosotros. Josué es el nuevo cochero.

El no dijo nada, simplemente se inclinó con cortesía, desafiando a Brown que lo miraba con ira.

—Talvez Josué quiera saludar a la señorita Elizabeth —dijo el viejo con rabia.— Es buena amita.

Era la cosa con los condenados negros: uno no puede darse cuenta si se ruborizan o no. Son maestros en el disimulo y les ayuda la piel. La señorita Elizabeth lamentaría ese hecho cuando, horas más tarde discuta el asunto con su hermana.

El muchacho seguía inconmovido, de pie junto a la pequeña puertecilla del coche, inalcanzado por el viejo que gustaba de decir que él a su edad escribía aún con una letra redondita y bien legible.

—Ya habrá tiempo— dijo la señorita Elizabeth, solucionando el impasse con la fuerza de su autoridad. Era evidente que Josué no tenía la menor intención de responder.

—¿Nos vamos?

El joven no le permitió al viejo ayudar a la señorita Elizabeth a subir al coche. Se interpuso entre ambos y con impresionante agilidad, la hizo subir de un solo mo-

vimiento. Luego, venciendo la resistencia de la chaperona la obligó a recibir igual cortesía. Brown estaba furioso, y la chaperona acongojada.

La señorita Elizabeth se divertía. No tuvo tiempo de despedirse de Brown, porque el cochero echó a andar abruptamente. Las palabras de Brown quedaron resonando en sus oídos mucho tiempo. "Dejó de trabajar para **nosotros**". Después, absorta, siguiendo los movimientos del cochero, mirando la ciudad y saludando a su paso a los admiradores y amigos de su padre que le tributaban espontáneos y forzados honores, la señorita Elizabeth se entregó al paseo.

Cuando volvieron a la casona, el joven cochero la levantó del asiento, y depositándola con donaire al otro lado de un barrial que, por descuido de Brown se había acumulado a la entrada, habló por primera vez:

—Allí... ya está..

—Gracias— respondió la muchacha aún divertida.

—REMERCI MADMOISELLE...

Había sido la primera intervención del joven cochero, y era suficiente. Voz firme, varonil pero exótico, extraño más bien, consecuente con el calor que emanaba de su cuerpo.

"Los negros son negros —solía decir su padre— aunque sean libres, son negros."

—Josué— y de pronto se halló vacilante frente a un simple cochero, que además era de una casta inferior, separada de la suya para siempre por leyes divinas, según le había enseñado en la escuela dominical, separado desde Noé, hijo de Cam, condenado desde siempre.

—¡Ah— ella, así, vacilante ante un hijo... un hijo de... —No te preocupes.—

El no se moría, esperando la orden de servir o retirarse. De alguna manera su gesto la animaba. Era increíble la repentina timidez de la señorita Elizabeth, incomprendible para ella misma.

—Bueno... este: consígame unas flores. Unas flores para el cuarto. Cómprelas a su gusto y tráigamelas personalmente.

El dominio de la situación estaba de nuevo de su parte. La amita había hablado, el esclavo obedecía. Porque los negros "son negros" había dicho su padre, aunque sean libres.

Josué se inclinó de nuevo y retirándose aprisa exhibió todo su arrojo impregnado de una inescrutable vanidad que la señorita Elizabeth, al fin y al cabo, encontraba insultante. ¿De qué estará orgulloso? Más tarde, conversando con la señorita Margaret le habría de decir a propósito de Josué, que los negros, en todo caso, son negros.

Impertinente. Eficiente. En su cuarto, la señorita Elizabeth, liberándose del innecesario corsé se puso un vestido celeste, tomó un libro del escritorio y se dispuso a esperar las flores leyendo. Pero Shakespeare no le interesaba definitivamente. Estaba estúpidamente ansiosa, aguardando las flores.

Impertinente, eficiente, el cochero no se hizo esperar. Tocó y ella dijo pase y él entró con la firmeza, la misma desafiante firmeza que la había desconcertado, y colocando las flores —eran rosas rojas— sobre el escritorio en un

florero que Dios sabe dónde había conseguido, se inclinó hacia ella con una leve sonrisa en los labios.

—Espero que a la señorita le hayan gustado.

—¿Me hayan gustado?

Ella halló en su manera de hablar un nuevo motivo para celebrarlo. Vio asomarse de nuevo tras la rojiza negrura de sus labios, la blancura de sus dientes; vio el brillo desafiante de sus ojos, su pelo tupido, y sonrió.

—Sí... sí: me han gustado. Son muy lindas. Tiene usted un gusto excelente.

—Merci...

Estaba a punto de preguntarle si lo que hablaba era francés. Esos negros: recogen palabras de los europeos y van armando su propio idioma. Se burlan de nosotros.

Era la tesis de su padre. ¿Negro?

Se puso de pie y el cochero se había retirado. Entonces corrió sin poder contener el repentino impulso, y sobre los pétalos de las rosas estampó un beso. Era una condenada tonta, hubiera dicho su padre, mientras regresaba a la cama

II

—Brown...

—Sí, mami...

—Tengo que hablarte.

Los dos se miraron frente a frente y tenían los mismos ojos, la misma manera de cerrar los ojos, y la misma manera de mirarse frente a frente.

—A ver...

—Es este muchacho Josué.

—Oh... ese impertinente me tiene disgustado: su comportamiento de esta tarde no tiene nombre. No se imagina lo que yo sentí.

—Eso no fue nada...

—¡Cómo que no fue nada!

—No lo fue, créame.

La miró y viéndola pudo evocar la profundidad de las leyendas ancestrales. Estaba allí todo eso, para avergonzarle, a pesar de la civilización, estaba allí. Ella. El. Quizás ambos producto de la misma leyenda.

—¿Qué puede ser peor?

—Lo que acabo de ver: ¡Jesús ten piedad!

—Mujer: tenés tan metida la ignorancia que no podés contar las cosas bien. ¿Qué fue lo que viste?

—Más ignorante sos vos, Brown, traer ese bruto aquí. Ella le miró y vio en él tan solo al viejo Brown. Esc fue todo lo que ella pudo captar en sus ojos vacíos.

—Si supieras lo que yo sé, estarías de rodillas Brown Josué acaba de salir del cuarto de Elizabeth. Ahora dígame: ¿qué estaba haciendo allí? ¿Sabés qué? ¿Querés saberlo? Llevándole flores por encargo de la misma señorita Elizabeth.

—Mujer... me asustaste, ¿eso qué tiene! Ella le dijo que lo hiciera.

—Sí, ¿pero para qué va a estar queriendo que el cochero le lleve flores a su cuarto?

Los dos se miraron frente a frente y tenían los mismos ojos, la misma manera de cerrar los ojos y la misma manera de mirarse frente a frente.

III

A veces cuando no llovía, la señorita Elizabeth optaba por efectuar su paseo a pie y se internaba en la finca sin compañía alguna: visitaba los cañales, a los cuales encontraba sumamente atractivos. La caña le parecía una planta perfecta: hostil, brava, capaz de defenderse, y no obstante, dulce por dentro, rebozante de miel.

Cruzar el pequeño bosquecillo que su padre heredó de su abuelo, y que conservaba por obligación testamentaria. Juguetear con los tallos de los árboles; dar caza a alguna mariposa que luego dejaba libre. Caminar. Detenerse. Extraer de la tierra una desprevenida lombriz y dejarla revolcándose en vano sobre alguna rama, para que acabara pronto en el intestino de algún pajarillo avieso.

Cruzar el pequeño bosquecillo sin rumbo y sentarse junto al pequeño arroyuelo; mirar la diminuta naciente de agua en una tierra que se iba quedando seca y estéril al paso de los años.

Algunas tardes pasaban por allí empleados de la hacienda. Hijos de los esclavos que fueron de la hacienda. Nietos de los esclavos que fueron de la hacienda. Y la señorita Elizabeth los detenía para conversar sobre cualquier cosa; pedía cuentas a veces, como si ella fuese la dueña de la hacienda y los empleados la querían más que

a Margaret, talvez porque veían en ella a la verdadera heredera de la hacienda. "Yo soy más como mamá. Ella es más como papá."

Eso se lo había corregido muchas veces la chaperona, pero la señorita Elizabeth insistía en ser como su madre. Por lo menos en público. La señorita Elizabeth era como el vuelo del pajarillo por la mañana, o como el sonido del viento en un día de sol.

"Oh, pequeña mujer, pequeña mujer:
tus ojos brillan como las flores
tus manos finas; palma mayor..."

Rezaba el viejo poema escrito por un enamorado y musicalizado por los negros de la hacienda. Pero ella no se consideraba así: era como la caña, dulce y fuerte, deliciosa y agresiva a la vez.

Solía pasar horas enteras así, mirando los insectos, luchar entre sí, arrancarle a la tierra su sustento, copular. Otras veces iba a la tierra cultivada por los empleados de la hacienda para su propio provecho, comía de las frutas que masticaba apenas, y luego, se acostaba sobre la hierba donde, con la placidez etérea recogida del entorno, dormía.

IV

Acababa de despertar de su siesta cerca de los huertos cuando lo vio acercándose. De prisa ordenó la ropa y se puso de pie. Perfectamente consciente de lo innecesario.

rio que era todo eso ante un simple empleado, sacudió la parte trasera del vestido y extendiendo el abanico fingió no verlo. Luego, cuando él dijo "Buenas tardes", ella dio un pequeño salto simulando sorpresa.

—Ah... me asustó.

—Lo siento: espero que la señorita no se haya resentido.

Sin aviso se trepó a un árbol, del que arrancó una flor de enredadera.

La señorita es amiga de las flores: aquí tiene.

Tenía que confesarse halagada a pesar de todo. Yo, Elizabeth Moody, ruborizada.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Spanish Town. Soy sobrino de Brown, si le interesa conocer mi familia: descendemos de haitianos.

¿Haitiano?

Por las noches sus padres conversaban entre sí, en presencia de las dos niñas sobre la mesa del comedor.

Las empleadas de cocina, entraban y salían con elegancia, bajo el ojo vigilante de Mamy.

Algunas veces, venía a cenar el pastor y con él conversaban también de los sucesos de las Indias Occidentales.

Allí, sobre la mesa del comedor, la señorita Elizabeth aprendió la historia de los haitianos. Los imaginaba temibles, como los demonios, con grandes ojos rojos y dientes de vampiro.

Los ejércitos de muchos países habían intentado sofocar la rebelión de los esclavos negros, porque era la primera vez en la historia en que un país de esclavos se levantaba en armas y no era aplastada. Y los hacendados de toda las Indias Occidentales decían —según el pastor—

que no habría paz ni sosiego en toda la región hasta que Haití fuera vencida.

Y los años habían ido pasando sin que Haití fuese vencida, y eso era un mal ejemplo que aún ahora estaba echando a perder la paz, y por tanto tenía implicaciones económicas.

El pastor comentaba que todo hombre tiene derecho a la libertad, pero para que la ejerza tenía que tener educación. Sin una educación adecuada, decía, la libertad es un fracaso.

Por eso había fracasado Haití, según el pastor, porque no estaban educados, como no lo están todavía los negros en ninguna parte del mundo.

Un día un joven visitante cambió la versión oficial para decir que en realidad Haití estaba fracasando por el boicot y por los saboteos desde afuera. El pastor le dio una reprimenda ejemplar, sobre la base de su edad. Un joven no podía tener ni pretender tener la sabiduría del viejo, que había visto mucho y leído mucho y afirmar lo contrario era una impertinencia.

Notaba ahora en el cochero esa misma impertinencia que realmente indignaba más, habida cuenta que venía de un negro.

Era, según su propio criterio dulce como la caña y como la caña brava. Se colocó directamente delante de él:

—Usted se cree Lord Nelson, ¿no es así? Basta que sea haitiano para que sea tan arrogante.

Hubo un largo silencio en que fueron de nuevo el esclavo y la ama.

—¿No le enseñaron a hablar con respeto?

El muchacho fijó su vista en los ojos encendidos de la señorita Elizabeth. Era arrogante en la opinión de ella.

—Todos los haitianos somos terribles, señorita.

Dijo eso con una sonrisa un tanto taciturna en el rostro negro; la mancha de algodón se hizo en un santiamén, y se quedó allí durante mucho tiempo hasta que ella también sonrió.

(Yo, Elizabeth Moody, ruborizada).

Después, guardaron silencio a lo largo del camino, y él fue completando el buquet.

V

La tormenta se desató sobre la Isla. Tormenta caribe, que evoca en la memoria la fragilidad humana en el planteamiento total del universo.

La señorita Elizabeth se despertó sobresaltada, y buscando afanosamente la lámpara no pudo evitar el golpe que se dio en la cabeza con el filo del escritorio. Segundos después entraba la señorita Margaret a su cuarto, cubierta apenas con una ligera bata.

—Hermana... debe ser el juicio final... recemos...

Masticando la furia colada en sus venas después del golpe, la señorita Elizabeth la rechazó con dureza. No era tiempo para ser cobarde, sino para encender la luz.

Los poderosos embates de viento y lluvia hacían contener de cuando en cuando la respiración. Los rayos pe-

netraban por sitios que escapaban de la vigilancia del ojo, llenando el cuarto con su luz a intervalos.

A posteriori el trueno, poderoso como la ira, que ensordecía y llenaba de pánico a la señorita Elizabeth.

En medio de la tormenta ella también sintió la terrible soledad; la necesidad de compartir su miedo, de apoyarse en otro ser humano. Tenía ahora deseos de correr hacia su padre, abrazarle llorando, pedirle que la acogiera para no sentir el miedo que sentía.

Pero los malditos fósforos.

Sus manos blancas en la oscuridad de la noche, no iluminaban nada, no le servían de nada. Estaba allí, y el frío la venía atormentando, sin que pudiera hacer nada más que seguir buscando entre la oscuridad.

Afuera, ruidos infernales envolvían la isia. Silbidos largos que recordaban los cuentos de ultratumba. Alguna rama, sucumbiendo a la furia de la tormenta, dio a la noche su postrer lamento.

Algo se rompía y ella se sentía desgarrada.

Entonces la señorita Elizabeth empezó a llorar. Lágrimas gruesas que parecían destinadas a aumentar la intensidad de la tormenta.

¿Adónde estaban los fósforos?

De pronto, en medio de su llanto, se dijo a sí misma que era como la caña, dulce, muy dulce pero capaz de defenderse sola. Ese pensamiento la hizo intensificar y sistematizar la búsqueda, y le fue devolviendo una pequeña parte de la confianza que tan desesperadamente necesitaba.

La confianza suficiente para seguir viviendo racionalmente, demostrando a sí misma su condición de ser humano, rebelándose contra la opresión del miedo, dispuesta

a alcanzar la calma que viene después de todas las tormentas.

Y entonces, repentinamente, dio con los fósforos, y aferrándose a ellos largo rato, murmuró una oración.

Como la caña, tosca y agresiva, dulce como la miel.

Al fin logró encender la lámpara y yendo al aposento de su hermana se le echó al cuello besándola e inclinándose con ella para balbucear un desordenado "Padre..."

Así las encontró el señor Moody: abrazadas, de hinos, cuando se introdujo maldiciendo al cuarto de la señorita Margaret, y hubo de detenerse abruptamente, guardar silencio y regresar a su propio cuarto con discreción.

Afuera rugía el viento. Tormenta caribe. Afuera galopaba triunfante la lluvia.

"Padre... levantaré los ojos a los montes: ¿De dónde vendrá mi socorro?"

Después, la señorita Elizabeth regresó a su cuarto y apagando la lámpara se quedó dormida en el instante mismo en que la tormenta amainaba.

VI

Cuando el señor Kingsman Moody regresó a su cuarto, Mamy lo aguardaba, para hacerle ver que andar por la casa en ropas menores era al mismo tiempo una aventura no apropiada a su edad, y mucho menos lloviendo, pero además una falta de respeto bien obvio para sus dos hijas y para la servidumbre, y un mal ejemplo para toda la casa, y de ninguna manera iba ella a tolerar comportamiento tan

licencioso, porque las enseñanzas del señor pastor eran bien claras, y ella, aunque negra e hija de esclavos y todo sabía lo que era la decencia, y él, el señor Kingsman Moody podía estar seguro de que jamás hubiere logrado la aprobación de su finado padre para andar así por la casa en horas de la noche con tormenta y todo.

—Mamy —dijo él cuando halló una brecha en la tupida verborrea— Mamy: no es usual que una tormenta azote la isla a esta altura del año.

Mamy tenía a su respuesta toda la carga ancestral de un pueblo en diáspora. Habló con esa autoridad y con la que dan los años. Y él quedó satisfecho, porque "en el pasado ha pasado la misma cosa, que es por los pecados de las gentes que no tienen temor de Dios y que ninguna desgracia podía caer sobre los justos", y en esa casa eran justos a pesar de que le diera a él por andar desnudo por la casa a altas horas de la noche.

Luego lo obligó a dejarse frotar, porque le podía entrar un aire, ¡y el aliento! ¿estuvo bebiendo otra vez?. Todo un señor dueño de hacienda, de ascendencia escocesa (y él hubiera podido agregar de caucásica pureza) comportándose así.

Se extendió sobre la cama, su cuerpo manchado por los años, la melanina distribuida desigualmente en la piel mientras Mamy lo frotaba.

Liberada por la Reina Victoria...

Algo le recordaba el olor a aceite de coco. Afuera rugía el viento. Afuera galopaba triunfante la lluvia, y el señor Moody pensaba en la caña volcada por el viento y en su maldita suerte.

... pero negra. Recogida por su padre, educada, considerada casi casi de su familia, pero tenía en su piel la eterna condenación: era negra...

Pensó que era más fácil ser empleado, porque ellos casi, casi no trabajan, reciben un salario sin preocuparse de nada; no tienen ningún capital que resguardar; ninguna fortuna que hacer crecer; ausentes de los altibajos de los asuntos bancarios; ajenos a los impuestos; sin la responsabilidad de administrar bien una empresa; sin tener que soportar las pérdidas.

Ella lo seguía frotando con sus grandes manazas legendarias, masticando su triunfo sobre la mujer blanca que no resistió el acoso del tiempo y afuera rugía el viento.

La mujer blanca:

—Mamy, limpie la cocina: usted se está volviendo vaga.

—Sí señora...

Luego bañe al perro... limpie los zapatos... ayude a Margaret en cuanto termine a hacer su tarea de matemáticas... y cuando termine avíseme, sí señora, para mandarla a recoger, sí señora, unas yerbas para el resfrío. Sí señora.

El señor Moody se fue quedando dormido sin recato alguno. Afuera rugía el viento, y él estaba allí, desnudo, soñando con ella:

... como los carbunclos, pero bella, muy bella, y entonces como ahora el viento rugía afuera y la lluvia y los sonidos indefinibles de la noche brava.

—Mamy...

—Sí señorito... ¿qué desea?

—¿Puedo poner mi cabeza aquí?

Hubo un largo silencio y una tensión infinita porque

desde niño él ponía su cabeza allí y nunca había solicitado permiso. Si ella no se equivocaba, era el primer brote de la masculinidad definitiva, y él se sentía morir. Afuera la noche seguía tormentosa su ímpetu. Tormenta caribe.

—¿Qué dirá su padre?— preguntó ella con malicia y con crueldad.

Estaba en su cuarto pensando en él, masticando su triunfo sobre la vida, saboreando su victoria sobre el despecho incluso. No tenía sueño, solo ganas de pensar, de pensar mucho, muchísimo.

—Está bien, Mamy . . . era solo una pregunta.

Lo tomó en sus brazos, mi pobre muchachito, acomodándole la cabeza en sus regazos con ternura infinita, le acarició los cabellos con incomensurable ternura y lo besó, los dos templando, él su juventud inexperta, ella su venganza total sobre la casa Moody. Era reina, seguiría siendo reina por mucho tiempo.

Afuera rugía el viento aún. Afuera galopaba triunfante la lluvia, y los sonidos galopantes de la noche brava. No tenía sueño, solo ganas de pensar. De pensar mucho.

VII

Era domingo.

Cabalgando en su mejor caballo el señor Moody se había ido de visita a casa del gobernador. Los sirvientes andaban en su culto dominical y la señorita Margaret dormitaba en su cuarto.

A pesar de la hora, —eran las diez y media de la mañana— la señorita Elizabeth ya había tomado su paseo por el predio y de regreso a su cuarto estaba cambiándose cuando tocaron la puerta.

—Brown: acordate que esa niña ha sido muy extraña desde niña.

—¿En qué sentido?

Brown tenía muy fija una imagen que había atormentado sus sueños. De modo que la pregunta salía sobrando, y la ama de llaves lo sabía tan bien como él.

Era una de esas tardes de sol, en que el calor del día se sostiene hacia la tarde, y la alegría de vivir está condicionada.

Brown no había visto a la niña desde el medio día, y por eso se dio prisa en cumplir el encargo de la señora Elizabeth Margaret que lo mandó a buscarla entre el jardín o la plantación.

Ella tendría entonces unos trece años y empezaba a definirse como mujer, luciendo al mismo tiempo el encanto de la niñez que se va muriendo y la frescura de la mujer que nacía.

De pronto la vio tendida sobre el zacate, su figura expuesta al sol, como si disfrutara intensamente de aquella reconciliación con la naturaleza.

Brown no sabía qué hacer. Su primera reacción fue de total asombro, porque no podía comprender cómo, la hija ñora Elizabeth Margaret que lo mandó a buscarla entre el blanca, dueña de una de las mayores herencias de la isla, podía desnudarse así y tenderse sobre la hierba, sin tomar en cuenta que la hacienda estaba cargada de hombres, de hombres negros, sobre todo tomando en cuenta que ya no era una niña.

Después pensó que se exponía a perder el trabajo si se acercaba. Entonces halló la solución: irse a buscar a

Mamy para que lo ayudara a resolver el problema.

Pero pensó también en la posible reacción de Mamy que tenía la particularidad de ser siempre más severa que los señores; sin duda, humillaría a la niña, y si era inocencia lo convertiría en malicia, y en todo caso, preocuparía que la castigara la señora Moody.

Así estuvo, sin medir el tiempo, sin fijarse en la distancia, sin recuperarse de su perplejidad, hasta que la niña misma lo descubrió y le dijo que se veía muy feo mirando la nada, y le ordenó que la ayudara a vestirse.

—¿Siempre hace esto?

—No siempre, pero cuando tengo calor sí. No le diga a Mamy.

—No: no le diré nada— dijo, y muchas tardes después estuvo pensando en ella.

—Le gustaba andar desnuda por la casa. ¿Te acordás?

—Eso eran cosas de niña: ¿qué tiene que ver?

—Ha seguido igual: le gusta descubrirse la pierna cuando ve algún hombre cerca.

Sobre todo si es negro: no sé qué va a hacer el señor Kingsman con esa mujer.

—Sos exagerada...

Estaba cambiándose cuando tocaron la puerta.

—¿Quién es?

—Josué— firme su voz y en el pecho de la señorita saltó la alegría.

—¡Oh! Espérame un poco.

Pero no se puso la ropa. Envolviéndose en una sábana le dijo que pasara. El muchacho entró luciendo ropas de domingo, su piel opaca señalando el baño recién tomado. Portaba una ramita de jazmines en una mano y en

la otra, un sombrero de felpa con una elegante pluma.

—Iba para la Iglesia y vi estas flores y se las traje.

Josué tímido. Josué tímido ahora. Su intrepidez se fugó con el viento.

Entonces ya ella no sintió rubor alguno. Había triunfado. Josué vencido. Josué.

—Gracias...— tomándolas soltó la sábana que entonces dejó al descubierto la mayor parte de su cuerpo y ella dijo "Oh" fingiendo desconcierto y él, precipitándose hacia ella la cubría murmurando "Lo siento señorita" como si hubiera sido culpable de la escena del huerto, y su culpa original lo hizo retirarse a prudente distancia.

La señorita Elizabeth —Dios, todo sucedió tan rápidamente que ni siquiera sé si sucedió— besó las flores antes de depositarlas en el florero.

—Pase un buen domingo, Josué.

—Igualmente...

Lo condujo del brazo hacia la puerta y él se dejó conducir con sorprendente docilidad, y ella:

—Estaré sola todo el día. Margaret está invitada a salir esta tarde y me imagino que Mamy irá con ella, y mi padre está de huésped en casa del gobernador, de modo que le agradezco los buenos deseos pero una no puede pasar un buen domingo si estoy totalmente sola.

—Usted... si yo fuera como usted pasaría bien todo el domingo...

—¿Cómo soy yo?

El se fue armando segundo a segundo de todo el valor del mundo para volverse a ella mirarla y decir con voz pausada lo que él sabía tendría que ser dicho alguna vez.

Ella también sabía exactamente lo que él iba a decir antes de escucharle y sintió miedo.

Los negros eran más grandes que ella y el mayor —no se acordaba de su nombre— corría y saltaba sobre la cerca, cayendo de pie, y todos les gritaban y su padre decía que era una lástima que fuera negro porque era un muchacho muy despierto.

—Y ahora que lo he dicho no me importa que me echen de la hacienda.

Los negros eran más grandes que ella y cuando una mañana cayó de bruces entre el barro, fue un negro el que la levantó del suelo, una negra la que la bañó y le puso ropa fresca, olorosa a perfume, y ella se acordaba de eso muy bien.

La señorita Elizabeth, hecha una explosión de carbones encendidos huyó hacia el fondo del cuarto sin poder domar su miedo. Tal vez el juego estaba terminado, o en todo caso, a punto de terminar. Bruma que cautiva los sentidos.

—Brown: te he hablado de esto muchas veces y sepa esto, si no hacés nada te voy a joder. Porque me he tenido que fregar demasiado criando esa niña para que ahora se acueste con un negro, porque además del escándalo ya me imagino lo que nos va a pasar a todos.

Y él:

—¿Qué pasó ahora?

¿Qué hacía ese maldito muchacho en el cuarto de la señorita Elizabeth, los dos a solas? Maldito negro que no sabe su lugar y lo único que hace es desprestigiar a la raza. Yo... yo tenía ganas de enfrentarme a él, pedirle explicaciones. Pero es demasiado grave para mis canas: es

cuestión de hombres y siendo tu familiar preferido, creo que te corresponde. Maldita sea, Brown.

—Pero Mamy . . .

Y vas a dejar a alguien cuidando esta tarde, maldita sea.

Recuperaron la pureza adámica, sembrando en la flor el polen intemporal. Sauces y murmullos de viento; campanadas, y un sueño sin tiempo, sin cardos. Los dos olorosos a sudor.

—Ayúdame a echar este chanco a la chanchera.

Josué era fuerte como Sansón, pero vencido y tenso en la agresión de su intimidad, no pudo ofrecer resistencia alguna y cayó inútil entre la maloliente chanchera, echado allí por un hacendado y su mayordomo.

La vieja Mamy, cargando sus canas como demostración de su biografía increpó a Brown porque él era culpable de haber traído a ese maldito demonio y ella se lo había dicho desde el principio.

—Ahora dale la ropa a esta bastarda y sácala a patadas de mi casa.

Totalmente fuera de sí, Mamy lloraba, porque el animal de Brown trajo la maldición a la casa donde se había criado, condenando al que, desde la adolescencia había sido un baluarte para ella.

Elizabeth Moody, simplemente así. Elizabeth Moody levantó a su amante de entre el barro y vistiéndolo como pudo salió de la casona con él, ignorando los insultos de la señorita Margaret y los torpes ladridos del perro. Sus ojos secos, presa ella de un silencio total.

Toda la escena del huerto corría por sus venas, y el mundo de pronto estaba lleno de frío.

CAPITULO TRES

I

Cuando el primer rayo del día penetraba al cuarto de Sitaira, la sorprendía siempre despierta, ocupada en los quehaceres domésticos. Esa era la rutina cotidiana: abrir los ojos antes de que llegara el día; lavar la cara, dejando que el frescor del agua devolviera a sus sentidos aún confusos por el sueño, la claridad necesaria para pelar la fruta de pan que había sancochado desde la noche anterior, partirla en tajadas mientras simultáneamente se ocupaba de atizar el fuego, llenando a soplidos la cocina de cenizas.

Después, con la cafetera a un lado y por el otro el sartén sonreía henchida de una suerte de alegría interior mientras la brasa iluminaba su rostro prieto.

—¿De qué es que esa muchacha está todo el tiempo sonriente?

—Seguro ya se imagina casada con el hijo del señor Brown.

—O con el señor Brown.

—¿Vos crees?

—Bueno la verdad es que, así como casarse con él no creo, pero es posible que lo pesque...

- Con un hijo ...
—O sin el hijo: Brown es bien verde y ella ...
—Bueno, es hija de su madre.
—En cambio ...
—¿En cambio qué?
—No ... yo decía ... ¿No te sabés el cuento ese sobre Tucumá y el Hermano Araña?
—Sí ... ya sé cuál es. Y si yo fuera hija de esa vieja
—me libre Dios— no estaría todo el tiempo cantando.

De cuando en cuando por las mañanas, sobre todo en las de buen tiempo, cantaba alguna melodía, aprendida desde su niñez en la Escuela Dominical.

De modo que antes de salir hacia su trabajo por las mañanas, Sitaira dejaba listo el desayuno de los viejos: fruta de pan, o yuca frita con bacalao; plátanos verdes sancochados o bamí de yuca, hecha de harina de yuca que ella misma había alistado por la tarde anterior y algunas veces un pan casero a base de harina de maíz y trigo.

Luego, con su machete al cinto, su pantalón debajo de su vestido, su lata para recoger el cacao, sus botas de hombre y sus polainas, su sombrero de felpa ya deformado por el uso y manchado por la leche de plátano y su catá para amortiguar el roce de la lata contra la piel de su cabeza.

Recogiendo también el chuzo que guardaba debajo del piso de su casa, y echando al hombro la vieja escopeta de su padre emprendía cotidiano viaje hacia la finca al otro lado del río.

A veces la señora Mariot la oía partir y mecánicamente rezaba por ella.

—No sé para qué le dieron tanto cuerpo.

—Mala suerte nuestra: es bonita. Una puede criticarla y todo, pero es bonita.

Sitaira tenía su ruta favorita: cuestión de cruzar el potrero del chino Juan para ganar terreno, atravesar el patio de la familia Pérez, vadear el río cerca de la piedra del africano Bukutá, tomar el camino del bribri Sebastián, buenos días don Sebastián, y cómo está la señorita Sitaira, y bien gracias, y su madre, y Dios la acompañe y penetrar montaña adentro.

Ya en la finca dedicaba la primera hora al chuzo, bajando todo el cacao que pudiera y agrupándolo en pequeños lotes, cuidándose de no pisar los hormigueros. Después se dedicaba a abrir los cacaos, extrayendo las blancas semillas que a veces chupaba, depositándolas en la lata y el saco. Finalmente, machete en mano, la emprendía contra las madre selvas, podando, circulando el cacao, desyerbando, y casi, casi conversando con las matas que, desde demasiados años, les daba sustento.

—Bueno... yo no niego que no es bonita, pero no tanto como para la suerte que tiene. Debe tener algún pacto con el demonio.

—Jesús... mamá, no creo que llegue a tanto...

—No sería nada raro que esa mujer de negro que han visto algunas noches por el cementerio sea ella.

—¿Es cierto eso?

—Sí es verdad: muchas la han visto. Se mete al cementerio con una macana y entierra algo y luego nadie logra ver por dónde sale.

—Pero... no puede ser Sitaira...

—¿Por qué no? Esa mujer es pura suerte. Pegan la lotería a cada rato, y casi nunca tienen nada porque todo se lo gastan. Y yo creo que se lo gastan en potajes raros.

Es que no puede ser: era para que se hubieran liquidado con lo que le pasó a Cornelio, y no, allí las ves, tranquilas. Y cuando parecía que ya no daban, que ya era hora de que la vieja, por lo menos empezara a envejecer, se aparece este Pedro y ¿qué sucede? Pues que el tal Pedro se enamora nada menos que de Sitaira.

—Debe andar tras la finca o algo así...

—No, no anda tras nada. Aunque te parezca mentira, no anda tras nada.

—¿Entonces?

—¡Lo atraparon! Cometió el error de ir a la casa de esas brujas y de comer allí. Eso fue lo peor, que comió allí. Algo le echaron...

—En eso sí me parece que tenés razón, mamá, porque de allí no sale nunca.

—No sale nunca y no saldrá jamás. Lo tienen agarrado. ¿No lo ves como perdido?

—Siempre se sienta a mirar el agua.

—¡Ah, lo has observado!

—Es guapo...

—Sí, es guapo. Y eso es exactamente lo que me sorprende tanto. Porque digamos Cató: tiene plata pero es tonto. No es feo, pero es tonto. Más bien, simple.

Pero Pedro no es ni una cosa ni la otra: está bien hecho y es inteligente.

¿Cómo dejó que Sitaira lo atrapara?

—Claro que hay que ver los trucos de su madre...

—Es bruja esa vieja.

—No... y los escotes tan indecentes que anda.

—Bueno: y ¿cómo querés que ande la princesa del pueblo?

—Y la condenada barre parejo... mirá qué casualidad, allí viene.

—Hey señor Pérez: allá va su amiguita. Mirá cómo se pone el paña ese.

Quando el sol empezaba a vencer la terca resistencia de las hojas del cacaotal ella iniciaba el regreso, dando una larga vuelta para tomar el camino real debido a la carga, y llegaba al río jadeando. Depositaba entonces el peso sobre la hierba y se lanzaba al río sin los molestos atavíos.

Cuestión de todos los días.

Esa mañana tras ocultar como siempre carga y ropa entre los matorrales que bordeaban el cacaotal del indígena Sebastián, se olvidó de todo, disfrutando de la inusitada reciedumbre del sol y su resplandor cristalino en el agua, recuperando incluso la niñez largamente disfrutada y ausente.

En aquellos días el niño llegó a amar la soledad y el silencio, y a creer en la suave brisa que chupa el arroyuelo... y abre las venas de la tierra que entonces crece en la inmensidad de la vida.

La niñez de Sitaira, donde se corren los potreros, se trepan los árboles de guayaba; se sigue a los muchachos más grandes que cazaban garrobos; se juega a las muñecas con pedazos de cáscara de coco, o con mazorcas; se corre

entre los matorrales y por los potreros y se nada en los ríos así, desnudos, hombres y mujeres que no oyeron nunca la historia del huerto, libres del pecado original que luego la sociedad inculca, viviendo por la vida misma, sin pasado que pese ni futuro que siembre en las mentes la incertidumbre.

El niño llegó a creer en la suave brisa que chupa el arroyuelo y tuvo sus primeras experiencias de amor que vienen y van sin consecuencias, mientras la vida crece y se expande y se vuelve dios.

Sitaira, su vida abierta como corola se había olvidado de todo, incluso de la vergüenza de sentir vergüenza, y disfrutaba de la magia del agua fresca que silenciosamente avanzaba hacia el lejano mar, cuando notó la presencia del muchacho.

—Es curioso que a Pérez lo tenga jodido también.

—¿Por qué curioso?

—Bueno, es paña...

—¿Se te olvidó el cuento ese sobre el Hermano Araña y Tucumá? A mí que no me digan, esa mujer es hija de Sánchez (lo pronunció Saan-chiis) ¿no la notás demasiada clara para ser hija de Cornelio?

Dormitaba libre como ella sobre un tronco, su cuerpo hermoso floreciente al sol, ajeno como ella a todo.

Sitaira se detuvo ante el inesperado encuentro, su pecho bajo el efecto de una violenta taquicardia; sonrió y se fue acercando a la orilla del cacaotal, grabando do paso

la imagen varonil en sus ojos, imagen que desde entonces habría de turbar sus sueños.

—Y hasta nombre de puta tiene la condenada. ¿A quién se le ocurre llamarse Sitaira?

—Putas es poco: se baña chinga en el río y los hombres van a verla y todo.

—¿Y ella no lo sabe?

—Tiene que saberlo: puta que es, le gusta exhibirse.

—Pero... ¿de veras se desnuda toda o?...

—Como Dios la echó al mundo.

Entró al cacaotal, tratando de no pisar las hojas secas, mirando al muchacho que aún dormitaba; alcanzó su ropa y vistiéndose a prisa intentaba huir cuando se encontró con él de frente y ninguno de los dos se atrevía a hablar.

El niño llegó a amar todo eso, los juegos solitarios; los secretos robados a la naturaleza, la pasión de contemplar a los insectos en función sexual.

—Buenos días— ella habló primero.

—Buenos días...

—Siempre vengo a bañarme aquí, ¿sabe? A esta hora de la mañana no hay nadie y...

—¿Nadie?

—Bueno... usted es nuevo, ¿no es cierto?

—Sí, llegué antier..

—Bienvenido...

—Gracias: me llamo Pedro Dull.

—Como el apóstol. Yo me llamo Sitaira.

—Bonito nombre, Sitaira.

Ella intentó seguir su marcha, pero él la detuvo para hablar de la belleza del río.

—Por Dios hija: vuelva a ver. Ya anda con el muchacho ese, el nuevo.

—Es el colmo, mamá, ¡es el colmo!

Después, cargando él la pesada lata de cacao, la acompañó a su casa, donde la señora Mariot lo vio por primera vez y tuvo desde el principio una buena impresión aunque luego dijo que era un poco extraño; le invitó a tomar café y él, abusando de la invitación se quedó allí casi todo el resto del día, almuerzo incluido.

II

—Mamá, ¿cómo es el cuento ese del Hermano Araña y el Hermano Tucumá?

—Ah: yo sabía que me ibas a preguntar.

La mujer del Hermano Tucumá, labriego de Mangonía había estado pidiendo una hamaca todo el año, pero por la dureza de los tiempos el pobre Tucumá no la había podido complacer.

Un día llegó a quedarse una temporada la prima de la señora de Tucumá. Una prima de la que ella no había hablado nunca.

—Quiere decir que él no la conocía.

—No, no la conocía, ni había oído hablar de ella nunca. Pero Tucumá no dijo nada por temor a resentir a su mujer todavía más. Los tres dormían en la misma cama.

—¡Qué barbaridad!

—Y eso tenía sus bemoles, pero el bueno de Tucumá, hombre disciplinado, se limitó a masticar en silencio su mala suerte, recordando noches de poco sueño y un millón de cositas más.

—¿Cositas?

—Si querés que te siga contando no te pongás malcriada... Una mañana Tucumá salió de su casa sin llevar la lima, y cuando se dio cuenta mandó a su hijo a traerla.

Los muchachos como siempre traviesos: llegó a la casa y volvió donde su padre como alma en pena.

El bueno de Tucumá pensó que el niño había visto un dopí y lo hizo tomar agua, rezar un Padre Nuestro y todo. Pero no era nada de eso, adivinó qué. Había visto a su madre acostada en la cama con su prima.

—Qué baboso... ¿y eso qué?

—Eso fue lo que dijo el bueno de Tucumá. Es más, le dijo que era un gran baboso, asustarse por eso. Pero el chiquillo no era ningún tonto: las había visto abrazadas, "como cuando usted y mami se abrazan por las noches."

—Jesús...

—Tucumá insistió: ¿está seguro?

Y él estaba seguro. El muchacho, estaba seguro "y las vi, las vi."

Pero el Hermano Tucumá no quiso dejar su trabajo a medio hacer, y pensando en la lluvia y en los precios continuó chapeando. Pero le dijo al muchacho que apenas terminara de apearse el pedacito de monte que le faltaba iba a ir a cortarles la cabeza a las dos.

—Jesús...

—Y el chiquillo que lo había visto cortar la cabeza a más de una culebra se asustó.

—Yo me estoy asustando y...

—Pánico era lo que tenía el muchachito. Se zafó y fue a buscar a su madre para contarle lo que había sucedido.

—Me imagino la cara de susto que puso la vieja.

—“Chiquillo baboso, usted me metió en esto, me tiene que sacar”.— Le dio un fuerte moquete y el muchacho se puso a llorar con ganas. Después, le dijo que fuera a decirle a su padre que mamá está llorando porque recibió una carta que dice que todas las mujeres de su familia se volvieron hombres. ¡Y corre el muchacho!

—No va ser tan tonto el Hermano Tucumá...

—Va recibiendo la noticia y todo consternado se olvidó del trabajo pendiente y dándose prisa en regresar a su casa pudo comprobar que en efecto la mujer estaba llorando sin consuelo y decía que la prima la había atacado...

—Qué idiota...

—Alicia no te preocupés, dijo él. Ella se llamaba Alicia y él le dijo que no se preocupara, que iba a hablar con el Hermano Araña que sabía de estas cosas, porque una cosa así tenía que ser producto del obeah. Porque la gente envidia tanto.

El compungido Hermano Tucumá ni siquiera se acordó de preguntar por Evalinda.

Evalinda era la prima. Se fue a buscar al Hermano Araña, quien solícito, le dio una receta infalible, le cobró un ojo de la cara de tarifa y al despedirse tenía en su rostro una sonrisita...

—Pero el Hermano Tucumá no podía ser tan bruto...

—El Hermano Tucumá curó a su mujer con un rito extraño y prolongado que los vecinos recuerdan todavía, curó a su familia y todo. Y aunque ese año la tal Alicia tuvo una hija muy parecida al Hermano Araña, creció mucho la fama del brujo.

—¿Y la prima?

—Siguió llegando.

—¿Es tan tonto Cornelio Kentón?

—No tenés más que ir a mirarlo, hija ...

IV

Sobre su silla tapizada con cobijas viejas y en su hamaca, Cornelio pasaba las horas. ¿Qué se había hecho el sol? ¿Por qué estaba el mundo de vuelta al caos?

A veces en sus momentos más solitarios le parecía de pronto ver el motocar, oír el chirrido de los rieles, escuchar agudos campanazos, mirar pequeñas estrellas titilando mientras pasaba sucesivamente de calor a frío y la opacidad después que le impedía coordinar sus ideas.

Cornelio no estaba seguro de nada, salvo de la muerte de su hijo, hecho que pudo comprobar cuando tocó el cuerpo que trajeron a la casa para velarlo. Sería para velarlo. En el tacto pudo percibir la única seguridad de los últimos siete años, la inconfundible lividez de la muerte.

Y ahora había en la casa una presencia distinta a la de Mariot y de Sitaira. Era una presencia varonil como la de su hijo, y Cornelio no lograba entender cuál de las dos mujeres se había casado: si su esposa o su hija.

A veces escuchaba ruidos que parecían relinchos de caballos, canto de grillos o berridos de algún animal que no lograba definir. Y casi siempre escuchaba el sonido repugnante de la locomotora y todo su ser se convulsionaba y un miedo atroz devolvía a su memoria la imagen de los vivos, aunque no lograra determinar exactamente lo que había sucedido, ni el transcurrir del tiempo, ni la edad de su mujer.

Solo martilleaba su memoria un cuento sobre el Hermano Araña y el Hermano Tucumá que le contó alguien, una mujer, media hora antes del accidente.

Y el cuento ni siquiera tenía en su memoria un final.

CAPITULO CUATRO

I

Caminaron por el camino de barro entre las piedras y la hierba dejando a su paso las doce huellas finales de la occisa.

Huellas que otros imprimían en su nombre. Huellas que ella daba sin ser ya responsable de su destino.

Eres del sol, la luz que llega
alumbrando mi porvenir.

Caminaron frente a la casa del Loco y la señora Mariot, por encima de su dolor, alcanzó a ver el tímido movimiento de la hoja de la ventana de madera abriéndose tras el cortejo como un rechazo final o como una culpa maldita que habría de cargar alguien hasta que los rigores de la muerte los separara.

Marcaban detrás de los doce pasos muchos pasos, como una leyenda del destino final de todos los que pisan tierra.

Todos son dichas, cuando estás cerca
y vivo en ti llevo mi porvenir.

Caminaron frente a la casa de los Pérez y el señor Pérez, mudado con sus mejores ropas, sus pies descalzos debidamente lavados, su sombrero de paja coronando su sien, esperó cabizbajo que se adelantaran y luego como el más humilde apóstol se fue uniendo poco a poco con evidente timidez.

La señora Mariot se detuvo al verlo. Cuando fueses a un banquete procura no sentarte en el sitio de honor, no sea que venga otro de mayores méritos y el dueño de la casa te haga ceder el lugar. La señora Mariot, pensando en la Biblia se detuvo un momento, y yendo hacia atrás tomó al señor Pérez del brazo y lo condujo a encabezar con ella y su marido aquel solemne cortejo.

—Jesús: ¿viste eso? La señora Mariot abrazada con el pañaman.

—Sí, qué barbaridad ni en el entierro de su hija puede esa mujer guardar un poco de respeto.

—Y con su marido del brazo...

—Siempre fue así: él se iba a trabajar por las mañanas y ella se quedaba en la casa y no era raro ver alguno que pasaba por allí disimulando y se metía al patio...

—Bueno, pero eso... Lo que no entiendo es que llegue al extremo de abrazar a ese paña en presencia de su marido...

—Y del pastor y toda la congregación.

—No tiene temor de Dios.

—Bueno... siempre le han gustado los paña. Quizás por eso perdió el respeto por nosotros.

—Y mirá el Pérez cómo va... no haya qué hacer.

—Esta noche va a tener problemas con su mujer, porque no creo que la patas vueltas que tiene le aguante eso de que se ande exhibiendo con una negra en un entierro, frente a todo el mundo, como si ella no valiera un comino.

—Y no es nada: el tipo de negra. Porque si fuera alguna mujer decente, pues que se podría sentir orgullosa de que a su marido lo tomaran en cuenta. Pero no...

—¡Qué va a ser decente ni nada!

—¿De dónde habrá salido tanta gente? Nadie quería a esta mujer.

—Todos vienen como nosotros... casi todos... por un deber cristiano...

—Casi todos, pero no todos...

—¿Quién falta? Quiero decir, así importante...

—El más importante...

—¿Quién? Hey... es verdad...

—No lo he visto en todo el día...

—¿Habrá volado el pajarito?

—¡Quién sabe! Mejor no juzgar: el que juzga será juzgado.

—Bueno, eso de que será juzgado...

—Callate: nos está mirando el Pastor.

Pasaron frente a la pulpería del chino Juan y la china, la china vieja cuyo nombre nadie pudo jamás aprender, miró el paso de la silenciosa comitiva con una profunda y oriental tristeza opacando el brillo de sus ojos.

Eres el roble, la fortaleza
el claro día, agua de mar

madera buena, agüita fresca,
al cedro fuerte no debes talar.

De polvo somos y al polvo volveremos, el bribri Sebastián se unió al cortejo, gloria al Señor, llevando en su rostro una expresión que ninguno lograba descifrar. Salió con ellos del poblado, encaminándose con el mismo compás hacia el camposanto.

Entonces nació en sus gargantas el canto.

Eres el sol, eres la luna
el claro día, agua de mar
canción de cuna, himno de tumba
y vivo en ti llevo mi porvenir.

Ecos distantes, murmullos de voces sepultadas por el tiempo, noches innominables de esperanza y canto y lágrimas que nadie intentaba detener se escurrían por las mejillas de la señora Mariot.

—Falta poco, por dicha.

—Sí: al fin. Deben estar cerca ya.

—Este condenado oficio no deja nada. Solo congojas. Tengo ganas de irme.

—¿Irte adónde?

—A San José.

—¡A San José!

—Sí... ¿por qué no? Tengo unos primos allá.

—Mientras León Cortés sea presidente no te lo aconsejo.

—¿Por qué?

—¿No te has dado cuenta que todos los negros se están yendo a Panamá?

—Lógico, no hay trabajo. Si la Compañía se va al Pacífico, no hay trabajo.

—¿Y por qué no te vas al Pacífico? ¿Por qué no se van al Pacífico todos los negros?

Allá van a sembrar banano, ¿no lo sabías? ¿Quieres que te diga por qué? Porque hay una ley que se los prohíbe. León Cortés acaba de despedir a todos los negros que estaban trabajando en el Ferrocarril al Pacífico. Solo dejó uno, porque es amigo personal de su hermano.

—Pero... ¿estás seguro?

—Pero claro: nunca falta un negro idiota que no se da cuenta de las cosas. No te podés ir a San José negrito. Tenés solo dos caminos: Panamá o quedarte aquí.

—Podría irme a Jamaica...

—No seás ridículo. ¿Con qué plata? a ver, ¿cuánto tenés señor Brown?

—No me pongás apodos. ¡Putá país!

De los ojos de la señora Mariot fluían lágrimas contenidas demasiado tiempo, mientras a lo lejos un ave cantaba, invocando la imagen de Sitaira niña, a la caza de sonidos, color y aroma de la naturaleza llanesca, benigna y cruel.

Quando suenen las campanas —cantaba el pueblo,
canto hondo—

anunciando el día final

quando empieza la mañana eternal

tú y yo en primavera que nunca ha de cesar

a la orilla del Río Jordán.

Los hombres de negro riguroso, junto a ti hermano, junto al Señor, las mujeres de blanco total, junto a ti hermana, canto hondo, junto al Señor.

Los compañeros de logia de Cornelio lucían sus mejores vestimentas, con sus símbolos y señas. Formaban grupo aparte, junto a ti hermano, turnándose para dar por la occisa los doce pasos finales de la muerte, junto al Señor, junto a ti hermano, junto al Señor.

—Hey, ¿viste eso? Pedro del brazo de la negrita. ¡Quién lo ve así al condenado!

—Díay, ¿qué? Con ese marido es lógico que necesitaba consuelo la vieja.

Los niños blancos y los niños negros, no muchos niños ni muy pequeños. De polvo somos hermanos y al polvo volvemos, amén. Los niños de esa tierra arrebatada a la selva a brazo, junto a la ribera del Pacuare impetuoso.

—Y mirá al indio Sebastián donde va: ni que le fueran a dar chicha, carajo.

El otro se rio, dejando al descubierto las cavidades donde alguna vez estuvieron situados sus dientes.

—¡Y usted qué sabe!

¿Quién ha de heredar la gloria del Samamfo? Te lo pregunto y no espero respuesta alguna. Es demasiado tarde marido mío. Junto a ti, demasiado tarde. De polvo somos, te di los hijos que pude y uno a uno te los fueron quitando. Te los fueron arrebatando los malditos. ¿Quién llevará el dolor de nuestra muerte ahora? Junto a ti. Dejaremos tan solo el vacío. Nadie que recoja la vieja bota que dejamos. Nadie que pase un cuerpo tierno sobre tu

cadáver vencido. Junto a ti. Mueres con ella. De polvo somos hermanos, amén. El hombre sin descendencia es una calabaza hueca.

Caminaba junto a ellos la señora Smith, la señora Been Brown y la señora Mantle a quien seguía de cerca su hija. Las señoras eran de rango en la comunidad. Sobre todo la señora Been, con la piel clarita, con dinero, aunque su marido sea tan negro.

Acá en el llano no era como en Jamaica. En la indómita violencia del llano la señora Been valía solamente por su dinero, aunque no dejaba de agradar su color.

Era la única jerarquía que la selva le permitía. Porque era cierto que tenía cierta educación y eso era importante. Pero la señora Mantle, negra y todo, era mucho más culta. Igual podía decirse de la señora Mariot, aunque según el pueblo era un poco bruja.

—Mamá . . . salude al Pastor.

—Señor Pastor . . . Dios lo bendiga.

—De polvo somos hermana . . .

—Aleluya, amén.

—Bueno . . . eso de que no puedo irme a Jamaica sin dinero no es tan así.

—¿No?

—No. Con tener dinero uno no lo tiene todo. Le pueden quitar a uno la casa, la tierra, el dinero y dejarlo como Dios lo echó al mundo. Lo que importa es lo que uno sabe. Eso no se lo pueden quitar.

—¿Ah sí?

—De todos modos, vos no tenés casa, ni tierra, ni dinero y sos un ignorante.

—Cho . . . no se puede hablar con vos . . .

Caminaban juntas. La señora Brown a pesar de todo. La señora Smith, con su vocación de madre frustrada por el paludismo, bizca, demasiado flaca para su estatura, un remedo de un mosquito anófeles, dijo una vez Sitaira, y metiéndose conmigo.

Caminaban juntas. La señora Mantle también, la más gruesa de las tres, de riguroso blanco, de sombrero blanco, de abanico blanco, contra el negror profundo de su piel.

La señora Mantle era considerada por el pueblo como una excelente persona, que además sabía leer los helechos y sacar los números de la suerte de la hoja de aire.

Sitaira se hubiera asombrado de verlas así, hermanadas por la ceremonia, porque no hacía muchos días la señora Mantle había dicho públicamente que la compañía de la señora Brown le resultaba fastidiosa y que encontraba intolerable la chismografía de la señora Smith.

Caminaban juntas. Junto al Pastor y la señora Mariot los observaba de vez en cuando, junto a ti, reconciliadas en pos de los doce pasos de la muerte, caminaban. Como la flor y la tierra. Como el ave y la tierra. Como el agua y la tierra. Caminaban juntas.

—Ya era hora de que termináramos.

El sudor se escurría por los rostros de los dos hombres, caía sobre las camisas manchadas de barro donde se acumulaba hasta que las camisas, empapadas, se pegaban al cuerpo.

El barro se mezclaba con el sudor, en un mismo y espeso unguento, que se les metía piel adentro.

La piel, color negro desteñido, color blanco quemado, era una misma unidad con los huesos que sobresalían orgullosos por los hombros, las costillas y la espalda, y sobre la piel, como amortiguando el peso de la camisa los hombres lucían un pelo denso y negro.

Se sentaron a la orilla de la fosa y uno de ellos alcanzó una calabaza llena de agua de la que tomó con entusiasmo.

—¿Querés?

—No... yo no tomo agua en un cementerio y mucho menos de calabaza.

—Yo siempre lo he hecho y nunca me ha sucedido nada.

—Allá vos...

Los insectos comenzaron a volar en torno a ellos. Pequeñas purrujas buscando la sangre caliente que sostiene la vida, que compensa la pena de existir en el mundo: que da la alegría necesaria para vencer.

El punto rojizo donde la avispa había dejado estampada su huella, iba creciendo, hinchándose silenciosamente, ignorado por la víctima, como si fuese un eslabón más de la callada rutina de todos los días.

Eduardo se quedó mirando el cielo.

—Bueno —dijo— no se puede negar que tenemos un hermoso día.

—¿Hermoso?

—Si le quitamos lo de esta mujer, es hermoso...

—Talvez. Pero llueve más tarde.

Dos pajarillos volaron cerca de ellos, a ras del zacate

que se alzaba triunfante a medio metro del suelo, esparciendo su alborozo en flexibles honduras, para perderse entre los densos cacaotales.

—Mañana pienso cobrarle la pala a la señora Mariot.

—Tendrá que putear para pagarte.

—A mí no me importa de dónde saca el dinero; yo no voy a estar comprando palas a cada rato.

—Bueno: dejá de murmurar y dame otro cigarrillo ... Hey, apague ... allá vienen.

—Dios ... ¿de dónde putas salió tanta gente?

—Indios ... pañas ... negros ... hasta la china viene allí.

—Y el señor Brown, no lo veo. Parece que no viene.

—Bueno ... y eso a vos qué te importa. Alistá la pala que este oficio no le deja a uno tiempo ni para descansar.

Cruzaron debajo del gigantesco árbol de madero negro que marcaba el comienzo de la tierra de nadie. La señora Mariot hubiera querido ver el rostro de Pedro en ese momento, bañado de sudor. Hubiera querido verle porque en ese momento sintió un golpe repentino en el pecho, y aferrándose firmemente a la mano blanca de Pérez y a la mano negra de su marido, mordió los labios.

II

Ecos de la distancia golpeaban sus venas. Ceniza a ceniza. Polvo a polvo. Tierra a tierra.

Ecos del tiempo golpeaban sus venas. La vio fresca como siempre cruzando el río a nado, su cuerpo ébano al sol, su pelo como un hermoso matorral.

Eres el sol, eres la luna.

Hundida en la claridad del agua, nadaba. Y supo que la quería.

Al otro lado del Pacuare los buitres habían detenido ya su vuelo y a picotazos daban cuenta del lagarto. Lo volcaron inmisericordemente, simulando en el acto los viejos y vigentes rituales del hombre.

Era cuestión de esperar.

Pedro, la vida es una rueda, todo gira. El líquido cristalino de las botellas se había agotado desde hacía mucho tiempo y el mundo que durante varias horas tuvo una definición imprecisa, fue recobrando sus cualidades concretas.

Pedro, tomando como referencia el cielo calculó la hora, y mojándose la cabeza se fue internando en el cacaotal. A prudente distancia del río se detuvo, y trepándose a un árbol frondoso empezó a alistar los cartuchos. Pedro hubiera querido ver el rostro de la señora Elizabeth en ese instante, en que el mundo giraba, porque sintió de pronto sobre la piel la tibieza de la tierra madre, y sobre su brazo se extendió una mancha blanca de caca de zopilote.

III

Cató Brown, alias el "Loco" iba todas las mañanas al río y desde el matorral cercano a la piedra grande la esperaba.

Ella acostumbraba venir entre las nueve y las diez de la mañana. La figaba desnudarse y echarse al agua y él decía para sí que el mundo era un paraíso, porque nadie como él con privilegio tan sin par.

A veces la **pasión** le nublaba la vista y tumbado sobre el suelo, la boca abierta y la respiración jadeante, los ojos fijos en la imagen móvil que entre espuma y barro, arena y agua, se regocijaba como si también ella compartiera su paraíso; olvidaba todo, salvo el ritmo secreto de su cuerpo sobre el suelo; la explosión total del universo, desde el caos al orden, y luego, el grito de alegría interior y una humedad biológica fertilizaba la tierra.

Después se quedaba allí dormido, robándole a la vida bocanadas de aire y al día su claridad natural.

Su secreto. Su felicidad. Su destino.

Pero un día Pedro, el desgraciado de Pedro, vino a distorsionar la imagen. Pedro Dull: un aventurero de quién sabe dónde, sospechoso, probable fugitivo de la justicia. Y se estaba quedando allí como si tuviera algún encargo que cumplir, al acecho, preparando su imprevisible acto.

—¿A qué habrá venido ese muchacho? No ha echado raíces en el pueblo, uno no puede confiar en una persona así.

—Sí es extraño: no ha comprado nada, ni ha hecho amistad con nadie. Claro, sin contar a los Kenton.

—Yo creo que él vino aquí por esa muchacha.

—¡Se te ocurre cada cosa!

—¿Por qué no va a poder ser así?

—¿Adónde se iban a conocer, en el gallinero?

—No sé, talvez en Limón. Desde que vino, vino a andar en lo mismo que ella, bañarse desnudo en el río y todo.

—¿Es cierto eso? Quiero decir, ¿se acuesta sobre la piedra grande con todo el cuchillo desenvainado?

Los hombres se echaron a reír.

Pedro vino, robando el encanto de su secreto, prostituyéndolo todo; la felicidad se fue volviendo tormento por culpa del maldito que la enamoraba y se acostaba con ella en presencia del Loco, entre los mismos matorrales, y hubo veces en que él los hubiera podido tocar con solo extender un poco las manos, y no se cansaban de hacerse el amor, de decirse estupideces, de romper la pureza virginal del mundo con sus porquerías.

Por eso fue sintiendo un odio sin nombre hacia Pedro, y un deseo cada día más incontrolable de tener a Sitaira en sus brazos, de sentir su piel sobre la suya, de recuperar el privilegio usurpado, sobre todo desde que se integró a las charlas de los mayores en la pulpería del chino Juan y los oía hablar de la hermosura de Sitaira, de lo apasionada que tenía que ser, y de que se sospechaba que el tal Pedro, que nadie sabe de dónde vino, era su amante; sospecha que para dolor del muchacho había más que confirmado, y fue el primero, y lo supo antes de que el más listo del pueblo lo sospechase.

No pocas veces se quedaba en la casa, oculto debajo de su cama, y se ponía a llorar, pensando en la hora, en cuerpos desnudos, en respiraciones entrecortadas.

A veces se quedaba dormido y soñaba muchas cosas. Se veía fuerte, como los caballeros del Rey Arturo en el cuento que le contaba con frecuencia su madre, con la espada desenvainada; jinete firmemente apostado sobre algún brioso corcel, el escudo de su familia flameante; el grito de Viva San Jorge en sus labios; el corazón palpitante y los nervios tensos.

Frente a él, al otro lado de la pista, Pedro se cuadraba raquíticamente, completando la visión del mundo y

Sitaira, sentada en un semi-trono, con la señora Mariot a un lado y don Cornelio del otro; los dos caballeros disputando la dama que les tiraba flores y besos, confiando en el triunfo del caballero Brown que inevitablemente al final de todos los torneos salía vencedor.

Pero la mayor parte de las veces no lograba conciliar el sueño. Se quedaba dormitando, comiéndose las uñas y cuando se quedaba sin uñas, chupándose el dedo o masticando el cuello de su camisa.

Cuando la señora Been Brown sorprendía a su hijo en tales arrobamientos, encendía la fogata y quemaba incienso, rogándole a Dios que los librara de la acción opresiva de la señora Mariot, que sin duda era la responsable del estado de su hijo.

Después, le pegaba al muchacho. Se sabía que los demonios salían por medio del flagelamiento, el incienso y los rezos.

Cumplida su acción quedaba tranquila, porque él, después de llorar mucho se iba quedando extenuado, en un largo sopor que terminaba en sueño, y después de dormir largo rato se recuperaba a sí mismo y volvía a sonreír.

Pero Cató tenía todos los días la misma obsesión. Cuando se desesperaba otras veces prefería irse de caza, y se daba a la tarea de matar garrobos, ardillas y piapias, consolándose con la sangre, con el olor a sangre fresca, y con el olor a pólvora, y con el olor a lejanía.

Pero la mayor parte de las veces terminaba en el río, al acecho, preso de su extraña y endemoniada pasión.

Un día la obsesión pudo más que su voluntad y sin medir las consecuencias Cató la asaltó entre el cacaotal apenas hubo terminado de deshacerse de su prenda más

intima. Sintió sobre su piel la suya, al fin, al fin, él también totalmente desnudo, y el calor del barro cuando los dos cayeron al suelo y el fuego de sus labios, al fin, al fin, tomados por sorpresa, y la vida que emanaba ella; en ese instante que él no hubiese cambiado por nada, y que para siempre seguiría buscando, un golpe violento puso freno al paso del tiempo; sonidos extraños poblaron el mundo y los dos estaban de nuevo de pie, y él sentía el sabor salino del sudor y el de la sangre; la heredada de sus padres, en vertiginosa carrera por su rostro, mezclándose con el barro también, opacando la caricia que el aliento de Sitaira había dejado impreso; estaban los dos de pie de nuevo, y la imagen maldita de Pedro se acercaba a él; él desnudo, humillado, mancillada su dignidad por una mujer, frustrada su pasión.

Huyó entre los matorrales, aunque no fue lejos, y entre la yerba fue dejando, además de la sangre y el sudor la humedad biológica de siempre.

En la noche, al regresar a su casa desnudo aún, su madre le hizo bañarse con las siete yerbas.

—Es esa maldita vieja, la madre de Sitaira, y ni siquiera mencionaré su nombre. Es ella la que tiene a este muchacho así.

—Lo que no entiendo es...

—Es cuestión de dinero: ya le puso el ojo. Lo quiere para su hija. Anda detrás del dinero de mi marido. ¿Cómo se le ocurre? Además de que nosotros tenemos sangre escocesa y no nos vamos a estar mezclando así: a mi hijo le he dicho con toda claridad que debe casarse con alguien de piel más clara para levantar su color.

—Deberían protegerse. . .

—Dios es nuestro amparo y fortaleza. Mañana iré a hablar con la señora Mantle.

—Es lo mejor. Es lo mejor.

—Pues, ni tan mejor: esa es otra que tiene sus intereses creados. Según ella la mosquita muerta que tiene es un candy que mi hijo debería estar muriéndose por chupar.

—Entonces, en ese caso . . .

—¿En ese caso qué?

—Bueno . . . yo sé que todos somos cristianos y todo eso, pero . . . Bueno quiero decir, hay cosas. La misma Biblia habla de eso.

—Deje de darle tanta vuelta a la cosa, señora Smith, y diga con toda claridad qué es lo que me quiere decir.

—Que yo creo que . . . deberían hablar con Mamá Bull.

—¿Ah sí?— respondió la señora Brown, sonriendo.

Siete yerbas. Siete aromas. Pero eran seis los que llevaban el cuerpo cuando el cortejo pasó frente a su casa, dando por la occisa los doce pasos rituales.

La escena era demasiado grotesca, mucho más de lo que cualquier ser humano hubiese podido resistir sin turbarse. Se la imaginaba aún desnuda, hinchada por el agua, deformada por la muerte, los ojos inexpresivos, y una horrible mueca sobre su rostro, por lo cual, cerrando la ventana, echóse a llorar.

IV

El señor B. Brown entró a su casa furioso. Quería saber por qué cerraron las ventanas. Su hijo, Cató Brown,

alias el Loco, estaba acostado sobre la cama, sus ojos abiertos mirando al vacío.

El señor B. Brown fue hacia el armario y abriéndolo se sirvió un buen vaso de vino Oporto, tal cual solía hacerlo su padre, el señor M. Brown. Por lo menos eso decía su madre sobre el señor Brown a quien él no pudo conocer. Pero ese misterioso desconocido y supuesto escocés fue el autor de su vida en cierta forma, o a lo mejor era su verdadero padre. Así, era producto de un acto fortuito, sucedido cuando el mencionado escocés vino al país buscando a una tal Mariot Moody Prince, o Mariot Prince, simplemente, que según contaban se había escapado de un barco en Puerto Limón, y nadie volvió a saber de ella.

¿De qué le sirvió todo eso? Todo eso: su estirpe escocesa. Su antepasado rico. ¿De qué le sirvió si de todos modos nació negro, pobre, en un pueblecito abandonado que no entrará jamás en libro alguno?

Le dio por pensar en eso ahora porque estaba molesto al ver la ventana de su casa cerrada, como si hubiese algún motivo para avergonzarse, como si no bastara que él hubiese ido a la ceremonia en la Iglesia —¿o es que era penoso no ir al cementerio?— tal cual si no bastaran sus canas, sus finas maneras de tratar a la gente, su asociación con la Compañía, su mujer que era educada y de piel clara, su alcurnia; porque todos sabían que su padre había sido dueño de una gran finca en Jamaica. Un completo caballero, entonces, de los que no abundaban en Limón.

El señor B. Brown venía desde muy abajo. Desde hijo natural, y jamás maldijo a su madre por eso, porque al

fin y al cabo, como le dijo un día a su mujer, la señora tuvo su gusto, dejándose al mismo tiempo un recuerdo del hombre más educado que se fijó en ella jamás. Y además, había tantos hijos habidos fuera de matrimonio más pobres que él, que ni siquiera habían sido capaces de ganarse unos centavos ni recibieron educación alguna.

El desde la clase más común en la sociedad limonense (casi todos hijos naturales), hasta el respetable caballero de hoy con polainas fabricadas en Cartago, machete de las mejores marcas, con cutachas elegantes, que jamás se manchaban de barro; pantalones londinenses, camisas caribeñas, y una deliciosa educación adquirida de su mujer, Been.

Tomando del armario un puro lo prendió con la brasa del fogón. Bajó al patio con un libro, haragán tirado sobre la cama a estas horas, sin saber lo que cuesta ganarse la vida, vio al mandador de su finca que venía hacia él, e inevitablemente pensó en sus doscientas hectáreas, todas alquiladas de la Compañía Bananera a precios simbólicos, e hizo inventario mental de sus bienes.

—¡Qué pasa, Benigno!— Cató, haragán, acostado a estas horas del día, sin saber lo que cuesta ganarse la vida. Los muchachos de ahora, flojos. ¿Cómo va a manejar la finca algún día? ¿Cómo le va a dar órdenes a Benigno?

—No... que venía a traerle esta fruta de mono que le prometí a su señora...

—¿No querría Benigno un vinito?

Los dos hombres entraron a la casa. Lo notaba preocupado y así se le dijo. No era simplemente que venía a

dejarle fruta de mono a su señora. "A propósito, anda en el cementerio acompañando al cortejo"; sino que era obvio que algo más le preocupaba.

—Bueno... la verdad, señor Brown... usted sabe los problemas que hemos tenido últimamente...

—¿Problemas, usted y yo?

—No... Dios me libre, usted y yo no... es decir, entre nosotros no. Lo que quiero decirle es que hemos tenido problemas con los empleados.

—Ah... eso. Producto de la flojera del Gobierno de Costa Rica. Al Gobierno de mi país, la Gran Bretaña, no le podían haber hecho una cosa de esas.

—Sí... don Ricardo fue muy flojo en cuanto a eso...

—Es comunista.

—¿Cómo? ¡Don Ricardo Jiménez es comunista!

A Benigno le costó mucho sostener el deseo de reír. Estos negros: tan exagerados.

—Es comunista... amigo de Manuel Mora. De otra manera ¿cómo se explica que él aguantara todos los desmanes del 34? La Compañía perdió millones en esa huelga. La Compañía que le ha dado tanto a Costa Rica. Y lo peor es el mal ejemplo.

—Sí... el mal ejemplo es lo peor.

—Bueno... perdone usted: me ofusqué un poco. ¿Qué pasó?

—Están por sublevarse.

—Pero... Jesús... de veras que el mundo está llegando a su fin. ¿Por qué se van a sublevar mis empleados? Los empleados del señor B. Brown no se sublevar nunca.

—¿Qué les hizo?

—Yo no ... ¿cómo va a creer?

—Entonces ...

—Eché a López porque ya no rinde más. Tiene tuberculosis.

—Ah ... fue un buen empleado. Supongo que le pagó el salario completo.

—Sí señor ... y le di veinte pesos para los pasajes hasta Alajuela.

—Se le fue la mano ...

—Sí ... y aún así ...

—Aún así ¿qué?

—Se sublevaron.

El señor Brown se sirvió otro trago, pero esta vez de brandy. Y Benigno quería brandy.

—No entiendo nada ... nada ...

—Hoy no quisieron trabajar. Consideran que es injusto lo de López. Dicen que deberíamos pagarle un médico y darle trabajo si se recupera.

—Pero ... ¿de dónde toman esas ideas? ¿Cuál de ellos estuvo en las huelgas del 34? Tiene que haber algún comunista entre ellos, algún agitador. Los trabajadores parecen demonios hoy día; no tienen temor de Dios. ¿Avisó al Jefe Político?

—Sí ... ya le hablé.

—Despida a quien no quiera trabajar.

Los hombres brindaron, elevando sus copas al aire, reflejando los rayos del fuerte sol vespertino que penetraba la casa por las ventanas ahora abiertas de par en par.

Afuera, el canto de un gallo y una leve brisa y a lo lejos el pito de una locomotora que anunciaba a todos su intrépida progresión sobre los rieles.

- Benigno... ¿a qué horas fue eso de la sublevación?
—Poco después del medio día...
—Y hasta ahora me avisa...
—Cuando llegué usted estaba por ir al entierro y...
—La próxima vez me saca del culto si es necesario.
Si estoy con mi mujer me llama de todos modos. Estas cosas son serias.
—Sí señor...
—Dígale al Jefe Político que necesito hablarle.
—Sí señor... enseguida.

El señor Brown se acercó a una de las ventanas y lanzó al viento un furioso salivazo teñido de tabaco, de jugos gástricos y de alcohol.

V

Pedro lo mira surgir de entre los matorrales, detenerse, mirar a los buitres y al lagarto muerto. Tiene en su rostro una extraña expresión que él no logra definir.

- ¿Vos crees que haya sido Pedro?
—No... yo creo que fue el Loco.
—El Loco... ¿el Loco por qué?
—Siempre la andaba rondando y su padre no fue al entierro.
—Estuvo en la Iglesia...
—Por disimular.
—Y la madre fue al cementerio...
—Pero el muchacho que la quería tanto no apareció.
—Yo creo que fue más bien Pedro el de eso.

—¿Cómo se te **ocurre?** a Pedro le iba muy bien con ella, no iba a ser tan tonto.

—A lo mejor se le terminó la miel y quiso botar el panal.

—Pero qué se le iba a acabar: esa mujer sabía que él era un buen partido para ella.

—Sí, pero entre más trepa el mono más se le mira el rabo. No es nada raro que ella ahora haya querido romper con él. Acordate que tiene la piel más clara: una mujer como ella, que además es linda, siempre busca un hombre más clarito y más educado que ella.

—Era linda. Yo la vi ahora, toda hinchada que da lástima. De todos modos está muerta, y pudo haber sido el Loco o Pedro.

—O un accidente. ¿Por qué no?

—Tiene un golpe en la cabeza...

—Se consumió y pegó la cabeza en una roca.

—¡Sitaira que conoce el río como la palma de su mano! No lo creo.

Pedro piensa en una mañana ya lejana cuando buscando a Sitaira la encontró desnuda frente a ese mismo muchacho que ahora ronda solitariamente la playa. Por un momento toda la amargura del mundo se le acumuló en sus venas, y la duda mayor le hizo arder las orejas. Pero también, junto al recuerdo de su sorpresa vino también la valiente lucha de Sitaira, la fuga impune y la furia de la muchacha que terminaría en risa. Una risa de desprecio que aún ahora, asustaba.

La señora Mariot se alejó unos pasos, se detuvo e hizo la pregunta y luego, se fue yendo llevando consigo el

silencio del muchacho como única respuesta.

—Pedro . . . ¿vas a ir al entierro?

Piensa en su madre, callando para siempre su dolor, alargando su mano para sentir la postrera caricia de su hijo, encomendándole al señor López que de todos modos ha sido como un padre para ti. El diamante frío sobre su pecho (es lo único de valor que he tenido nunca), como una condena del tiempo, guardado para los "días lluviosos". Porque en este mundo, hijo, hay pocos como el señor López que dan todo a cambio de tan poco. Los paña son muy traidores, pero cuando encuentras a alguno que sea amigo, puedes confiar de que será tu amigo. Hay muchos como el señor López.

Su madre, Sitaira, Pedro piensa. Sepulta su cabeza entre las manos. Sitaira, su cuerpo flotando en el río, deforme, muerta. Y la señora Mariot; y Cornelio ciego y deforme y el pueblo comentando con fruición los últimos sucesos:

—Muchacho: ¿quién lo iba a creer? La señora Mantle y su hija fueron al entierro.

—Sí, y la flaquita esa no le hablaba a Sitaira desde el incidente aquel con Leonardo.

—¿Cómo fue eso?

—No . . . que Leonardo andaba coqueteando con ella y Sitaira se metió en el asunto y dijo que su hermano tenía que tener mejor gusto.

—Muchacho, ¡qué me estás diciendo!

La señora Mariot siguió caminando a pesar de la bala.

Sobre su cabeza, otra ave rapaz se entretenía cruzando el claro obstinadamente. Era como si de veras el tiempo girara, tal como lo dijera, como si nada cambiara, cual si le fuera imposible dejar el sitio donde la tenía detenida la ansiedad.

Hay un largo silencio desde el árbol hasta la playa. Juventudes hechas senectud en tanto pululaba en su boca un sabor a miel y barro, un sabor a caca y a río.

Sobre sus cabezas un ave rapaz se entretiene obstinadamente cruzando el claro.

El tiempo gira. El tiempo gira.

—Te digo que el Loco estuvo visitando a la muchachita esa, ¿cómo se llama?, la de la señora Mantle. Tuvo que haber sido eso. La señora Mantle hizo sus cálculos y vio que era un buen novio, después de todo.

—Es medio tontón, ¿quién se va a casar con alguien así?

—Su familia tiene dinero y mucho prestigio. Son educados y de piel clara.

—¿Y qué pasó?

—Pues que el Loco vio a Sitaira bañándose desnuda en el río y se olvidó de la flaquita.

—Eso sí es serio, porque la verdad es que no hay comparación.

—No, y la tal señora Mantle es media bruja. Sabe bastante de obeah. ¿Cómo se te ocurre que Sitaira se iba a ahogar así? Esa mujer conoce muy bien el río.

—Sí: no es natural eso. Estoy de acuerdo contigo.

Pedro, en ese instante, recupera su niñez. Su niñez corrida entre sol y gallinas, guayabas y semillas de cacao, viento y lluvia, pedazos de leña curtida por el sol y soledad.

Una tarde vio a su padre, preso de un vaho demoníaco pegarle a su madre y su niñez desde entonces se fue cargando de pena y quiso volver a casa de su abuela.

—Mami, vámonos de aquí: vamos a casa.

Quiso regresar a los potreros conocidos desde la infancia, los arroyos frecuentados mil veces, la choza hermosa. Pero su madre resignada no pudo detener el paso de su niñez que se fue yendo corriente abajo; la soledad, las marcas indelebles de su más fuerte recuerdo; las huellas de iguanas cazadas, sus estrías; su biografía sin estridencias, salvo el recuerdo de una bofetada y su deseo de volver al estado primigenio, a la calidez de los primeros once años.

Todas las cosas eran marginales en la medida en que no tuvieran relación directa con ese deseo, y entonces no dejaban huella alguna en su vida. Su sola convulsión, la bofetada, estampada para siempre en su ser, pesaba ahora también.

Mira el rojo del cielo sobre su cabeza. Roja mezcla de dolor y soledad, como si por decreto la soledad fuese en su sangre un elemento crónico. Un elemento que nace y crece y muere apegado a él como una enfermedad congénita. Ya no juega sus juegos heroicos de señores graneros, de gallos frustrados bajo el sutil rojo del cielo, de defensor de la ley y del orden, de conquistador de mundos. Es otro ya, el niño que juega disimulando la congoja frente a la madre que canta la iracundia de su marido. Sobre su niñez han venido las lluvias, cayendo copiosamente, lavando

los cerros, inundando los llanos, y penetrando en las chozas. Las lluvias arrancan de cien gargantas el mismo grito: Dios, otra vez la llena.

Pedro en ese instante, recupera su niñez, con su calor y su frío, con el recuerdo del señor López, con la caricia final de su moribunda madre, y en ese instante también la imagen de su abuela le acaricia el pelo, y le cuenta una historia extraña sobre un diamante que de alguna manera lo ligaba a alguien muy potente que fue gobernador de Jamaica pero cuyo nombre no podía recordar. Pedro en ese instante recupera su infancia, Montego Bay, el batir de las olas y las palmeras que cantan y el azul del día, y en ese recuerdo lo recupera todo.

—Pero hija, quedaron en que él iba a Limón a ganar dinero y volver y ahora te manda a llamar. Eso no me gusta. Pero no te lleves el niño.

Un grito, una queja, una violenta queja que él no olvidaría jamás: no te lo lleves, yo te lo puedo cuidar, no te lo lleves.

Y Pedro entonces, aprieta el gatillo.

CAPITULO CINCO

1

Sitaira lo vio venir hacia ella, sus ojos brillantes, sus manos extendidas hacia ella en un gesto lastimoso, como si realmente la necesitase, como si de ese acto dependiese su misma vida. Tomada de sorpresa, tardó varios segundos antes de reaccionar. Sobre su frente un fuego parecía predecir la muerte, como si desde su entraña surgiera una fuerza demoníaca, dispuesta a martirizarla.

Cuando al fin se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, las manos del muchacho habían pasado desde su espalda a las caderas y más allá de las caderas, la palpación violenta de todo su cuerpo agredido; ella, acostumbrada ya a la docilidad de la entrega voluntaria, luego de huir tantas veces de innumerables pretendientes; ella, abierta a la vida ahora, a esa vida espontánea que define la existencia, perpetúa la especie, crea el alba y el ocaso, detiene en la memoria las siluetas de minutos e instantes luminosos y agita el agua y el silencio total del medio día.

De pronto todo eso era una angustia. Y reaccionó como lo hubiese hecho cualquiera que poseyese su sentido de dignidad y pertenencia.

Y cuando la sangre empezó a correr, el mismo olor la puso aún más indignada y hubiese sido capaz de matarlo. Por eso fue tan natural su intento de violentar la masculinidad del muchacho, dejarle con la marca de su salvajismo como un trofeo. Quiso hacerlo...

"Y el idiota huyó, Pedro, y vos en vez de alcanzarlo corriste para acá... pero no, ya no... dejálo: total no es más que un pobre idiota y no creo que lo vuelva a intentar" y se echó a reír con un desprecio tan fuerte que Pedro tuvo por unos instantes la sensación de estar en presencia de un monstruo. Y tuvo miedo.

Cuando volvió a la ribera del río buscándolo, apenas pudo contener la explosión de culpable alegría que la hizo exclamar "Jesús" y buscar desesperadamente el curso del aire caliente de la tarde que languidecía.

—Tome —dijo él— los ojos llorosos, la boca abierta como si quisiera devolver el tiempo, no haber llegado nunca.

—¿Te quedás?

Ella tomó la escopeta con una profunda tristeza. En el fondo de su ser algo se convulsionaba. Tristeza honda y total como el curso del viento de hondura. La puso en el suelo y destapando la botella de guaro que traía, apuró un largo trago, extendiéndole enseguida la botella.

—¿Te vas?

El muchacho suspiró y era un suspiro doloroso, pero qué iba a ser dolor el suyo.

—Hay huelga en la finca del señor Brown...

—Ya era hora de que esos cobardes hicieran algo. A mi viejo lo echaron como un puerco, como una basura, inservible...

Ella sintió una profunda y sincera alegría al oírle hablar. Era su misma voz, pero cargada de una tensión desconocida. Sufría, pero qué iba a ser dolor el suyo.

La abuela dormida en los brazos de su amante que apenas ese día había regresado de una larga temporada de caza, donde además tuvo que enfrentarse a un zafarrancho con los zulúes, esos hijos de quién sabe qué Dios lanzados de pronto a la conquista de tanto territorio.

Reflexionó mejor. La abuela no, la abuela debió estar en los campos de Jamaica, hija desheredada por los antiguos dioses, sin samamfo, sin esperanza. La abuela no, la bisabuela había alcanzado ese sueño que la fatiga deja, si antes la pasión y la danza han definido la paz del pueblo en torno a la fogata y se ha forjado entre los sudores el futuro.

Hay recuerdos que corren en la sangre, leyendas viejas, fábulas que el viento arrulla por las noches, y la Hermana Araña, sacudida por el grito que de pronto llenó la aldea, grito de animal de presa, y el Hermano Araña, deteniendo en su propia carne la lanza asesina que penetraba en la choza, sin poder retardarse por lo menos un instante entre la vida y la muerte, porque los malditos, los traidores de Bukú y Balí habían invadido la aldea sagrada, violando los dominios del samamfo, y ella gritaba, y él solo alcanzó a llevar la mano al pecho mientras caía.

—Mamá... cuéntame la otra parte...

—Mujercita: es hora de dormir. Estoy cansada...

—Mamá, por favor: cuéntame la otra parte... cuéntamela...

—Está bien... Arrastraron a la Hermana Araña, desnuda, y la obligaron a ponerse en fila detrás de otros hombres y mujeres de su tribu.

—Mamá, ¿quiénes?

—Bukú y Balí... los señores de la costa.

—¿Cómo eran?

—Eran como nosotros. Igual a nosotros, eran. Danzaban en torno al fuego por las noches. Aunque abuela insistía en que no eran iguales, que ella era superior y que ellos eran unos salvajes. Yo qué sé. Porque lo que pasa, hija, es que yo miro a Edmundo y yo lo veo igual a Frank, aunque uno diga que viene de la costa y el otro del interior.

—De todos modos papá me dijo que esos no saben nada...

—Todos venimos de todos lados. Los hijos del Hermano Araña y los de Bukú y Balí se han mezclado y nadie sabe de dónde es. Bueno, pero te voy a seguir contando porque tengo sueño. La llevaron con una soga al cuello, hacia la costa maldita, la hicieron esperar dos meses allí, comiendo cualquier porquería, y después la hacinaron en unos grandes barcos que ella dice era como del tamaño del palacio del rey de Malí, pero eran tantos que apenas tenían espacio para estar tendidos boca abajo.

La niña se estaba quedando dormida en medio del dolor de la Hermana Araña. Hay recuerdos clavados en la sangre, cuerpos al descubierto que acuden en las pesadillas, olores a excremento y a la presión de su propio cuerpo sobre el piso de la nave y la propia tibieza de su cuerpo; dolores, de compartir tanto dolor con otros que ella definía como brutos iguales a los blancos que comandaban

el barco, y los blancos ,esqueletos que solo pudieron triunfar con ayuda de los infelices costefios y las lanzas de trueno que a mala hora inventaron.

—¿Lanzas de trueno?

—Duérmete mi niña... duérmete...

—Pero... ¿lanzas de fuego?

—El Hermano Araña había vencido no solo a Bukú y a Balí, sino a los zulúes. Los blancos solos no hubieran podido con él.

Y cuando los llevaron a cubierta para comer la porquería que ella no quiso comer, su hermano se alzó valiente con el peso de su propia historia; se levantó invicto contra el blanco que le quedaba más cerca para golpearlo fuertemente con la misma cuerda que lo sujetaba, y vio al blanco caer sangrando y después vio, con sus propios ojos el rayo que partió de la lanza de fuego de otro blanco, oyó el ruido de los dioses malditos y después, su hermano, poderoso entre los jóvenes de la aldea, invicto como su difunto amante frente a los zulúes, sangrando también, sin que contara para nada su valor, sin que el blanco luchase como deben luchar los hombres.

Otro de los jóvenes cautivos, aprovechando la confusión largó un grito de terror y de vergüenza y se lanzó fuera de borda.

Cuando la niña abrió los ojos para averiguar el motivo del inesperado silencio, su madre lloraba.

—Mamá... ¿se murió la Hermana Araña?

—No... ¡duérmete te digo! ¡Duérmete!

La dejó sobre la cama, sin agregar palabra alguna, sin detenerse hasta alcanzar el consuelo de la noche opaca.

Los cuentos del Hermano Araña no tienen fin. Hacinada en el barco, apenas escapó de morir en el mar cuando la tormenta trajo zozobra y el capitán para aligerar la carga (eso oyó decir a uno del grupo que hablaba el idioma del capitán) seleccionó a varios de ellos lanzándolos al mar.

Ella, la ARAÑA, manoseada su intimidad por los compradores, presa de un terror de muerte, creyendo que la venta era una subasta de succulentos manjares para una horda canibalesca; las mujeres blancas con ropas que a ella le parecían ridículas; los muchachos blancos con una sonrisa de éxtasis ante las mujeres negras; los hombres tocando también muslos y hombros de los hombres de su tribu, como si fueran jabalíes.

Ella, la Hermana Araña, vendida a buen precio, con derechos iguales al ganado, en la cama del blanco que odiaba tanto, porque era eso o cien fajazos cada vez.

No, la noche era fresca y la oscuridad podía calmar la sed. Pero los cuentos del Hermano Araña no tienen fin.

¡Qué va a ser dolor el dolor del muchacho, y qué va a ser tristeza su tristeza! El cielo purpúreo, salmón, anaranjado y verde. El sol, cayendo lentamente hacia el abismo; la noche, extendida desde el este poco a poco por una mano invisible, se sumaba a la tristeza de la señora Mariot y ella, como el día, entre cansancio y venganza, entre alegría y dolor.

Su propio dolor. Miraba sucumbir a su madre lentamente entre interminables rachas de tos, escupiendo sangre, negándole el beso; caía consumida mientras su padre, borracho, agarraba a patadas la puerta, impotente, maldiciendo a toda la humanidad que decía le negaba por lo menos el consuelo de recuerdos gratos.

Su propio dolor. El de la niña. La lenta agonía materna, la decadencia de su padre que a fuer de tomar olvidaba su propio nombre, las gloriosas historias del samamfo, las leyendas sobre banquillos sagrados y arañas; la noche eterna y fría cayó sobre la casa y junto a la noche, también noctámbulo, el silencio del barro.

Qué va a ser dolor y rebeldía lo del muchacho que no sabe de trabajos lentos en las fincas, ni de la quema de cosechas, ni la avería de herramientas; ni de las canciones en clave, donde la solidaridad era el sueño de la liberación. Todo eso, todo eso sí que era dolor. Dolor de siglos. Dolor de vena. Inclusive la grosería de su tía Margaret que la recogió después de la muerte de su madre y la hizo sirvienta. Dolor, sí, jeso sí era dolor, carajo!

Se volvió hacia él para decir que era un estúpido, pero él estaba mirando fijamente el río. Vio en él la misma desolación que de niña había visto en los ojos de su padre y se sintió fuerte, maternal, necesaria, superior incluso, pensando que los hombres negros han necesitado mucho de sus mujeres, y extendiendo la mano en la tibieza de la noche, tocó el pelo crespo del joven. Los dos se estremecieron. En el río, Sitaira se echó al agua y nadando con gracia y una sonrisa de satisfacción profunda en sus labios, ganó la otra orilla.

—Mamy —dijo él, rompiendo el mágico silencio de la noche— ¿por qué me contó lo de la huelga?

Ella lo atrajo hacia su pecho, y él sintió la tibieza visceral caer sobre su rostro y las manos de la señora Mariot, rápidas, borrando toda huella de debilidad, y su voz, fingiendo serenidad; contestarle, sin duda, era un sacrificio:

—El jefe político te anda buscando. Parece que te hacen responsable.

Pedro sonrió y se dejó acomodar en los regazos de la señora Mariot y no dijo nada cuando ella maldijo al búho que en esos momentos, quiso regalar a la noche su mejor canción.

II

Sitaira vio al muchacho venir hacia ella, montando su brioso caballo regalado por su padre desde la pasada navidad. En el sueño de la señora Mariot se encontraron en el centro del río, ella con el saco de gangoche sobre su cabeza, él machete en mano.

La madre la evocaba con fruición, siempre mujer de su casa, que casi no necesitaba la ayuda de ningún hombre, ni siquiera para picar la leña. Manejaba el hacha diestramente, con la misma soltura con que, en su tiempo, lo hiciera Cornelio.

La vio mirando la frenética excitación del caballo; revoloteando como pajarillos en el agua sus cuatro patas, agresivos, violentos caballo y jinete y éste no hablaba, solo la miraba mientras insistía en maniobrar en su torno.

Talvez por primera vez su hija estuvo suplicando, porque hombre y río parecían detenidos y un extraño brillo en los ojos del muchacho estimuló la caída de la carga, y después, la muchacha lanzada sobre su costado, moviendo brazos, nadando vigorosamente, tratando de ganar la orilla. Talvez, en su boca, un gusto inexplicable a sangre ajena la impulsaba con furia, y los recuerdos de un intento de vio-

lación forcejeaban en su memoria y la vida comenzaba una vertiginosa carrera en círculos.

Ganar la otra orilla, la señora Mariot soñaba.

Sitaira en el parto batallando desde una existencia en la que todo parecía tener límites definidos, y la promesa de experiencias nuevas eran vanas. Sitaira de nuevo en el parto, luchando contra la sofocación que intuía crucial, sabiendo que al otro lado de esa pugna estaba la vida en plenitud o la muerte.

La espuma masculina más allá del parto, una parte de sí buscando la otra quieta y esperando en la calidez del cuerpo; tenía que ganar la orilla —su hija tenía que ganar la orilla— unir las dos partes que le darían la vida, su única vida, o determinarían que para siempre ella no existiría jamás.

El mismo gesto de la abeja reina y los zánganos. El mismo gesto desesperado de la vida sobre la sombra implacable de la muerte. Sitaira en los ecos del agua, en el rumor del encuentro de las piedras; Sitaira en el vaho temprano de los días de lluvia; Sitaira cruzando a nado río abajo. Sitaira en los sueños como una estrella rebelde frente al tiempo.

Después la vio vestida de novia, las faldas anchas con bordes celestes, el pecho levantado, como tenían que llevar siempre el pecho los hijos de Cornelio Kenton.

En su rostro una sonrisa de paz llevaba el día.

El señor Moody los estaba mirando y su padre, con su acento exótico de siempre, sin licor, apuesto, dijo que el señor Moody podía irse para otra parte con su lástima y el viejo estaba insistiendo en convencerle que no era lástima, pero conforme hablaba su rostro se iba opacando.

Solo brillaba el vestido de novia con sus faldas anchas y bordes celestes, brillo áureo que se fundía con la sonrisa de la novia, y el señor Moody opacándose sin remedio.

En eso oyó la voz de Josué que llamaba a la señora Mariot:

"Hija, ven —y ella fue trepando hacia la voz y miraron el mundo desde la altura de los techos y le dijeron (Josué y otro que ella no vio en ningún momento)—: mire bien."

Después siguieron escalando invisibles gradas hacia la altura de los árboles y entonces sin previo aviso Josué la detuvo: mire bien. Mire con detenimiento. Y cuando reanudaron la marcha y llegaron a la altura de las nubes, las cosas habían dejado de tener la especificidad de antes, y lo que era en la primera parada un techo, fue luego tres casas con sus solares y luego todo el pueblo, y después la provincia entera, y entre más altura ganaban mayor espacio lograban abarcar con la vista pero menos detalles iban siendo distinguibles, hasta que Cornelio dijo (ahora el que ella no había visto ya no estaba y su lugar lo ocupaba Cornelio) que la experiencia bastaba y era hora de regresar a la tierra.

Josué fue el primero en hablar cuando hubieron completado el viaje. Indagó sobre las reacciones de la señora Mariot, pero ella no supo qué decir. Entonces Cornelio, con los ojos iluminados por la luz interna que emana el samamfo, la hizo tomar nota del sentido de todo: que no se habían movido de lugar, pero en cada altura la visión era diferente y como la visión era la vida.

—¿Y qué con eso?— preguntó la señora Mariot en el sueño.

—Que nuestra visión de las cosas—interpuso Josué— depende del punto de vista.

La señora Mariot vio entonces a Cornelio casándose con Sitaira y gritándole a ella que el Loco y el río se estaban desbordando, llenando todo.

La señora Mariot dio vuelta violentamente y al encontrarse con el aliento de su marido, dio un salto y cayó de la cama, y sobre el piso frío estuvo secándose el sudor largo rato.

Sobre el suelo frío odiando a cada una de las personas que según ella eran responsables de su noche en vela; deseándoles lo peor en todo caso; implorando la justicia de Dios por una sola vez en la vida; al Dios cristiano, no a Nyambe, ni a los poderosos espíritus del samambo que parecían haberse olvidado de ella; pensando mal de las autoridades de policía y de los señores del obeah, deseando despertar a Cornelio y consumirse en sus brazos, sentir en su carne la fuerza varonil que la había seducido, que la hizo mujer, que le enseñó que el amor no es gratitud ni costumbre sino una tormenta de paz, y dar junto al amado los mismos pasos en la lucha, y desafiar con él a la selva hostil.

Pero Cornelio estaba impotente.

Y se quedó sobre el frío del piso y el cuarto se fue poblando de vapores de su cuerpo.

Sitaira en los gritos que recorren la noche. Sitaira; y en el sudor y el calor de su cuerpo y en los recuerdos que cursaban por su mente, Sitaira cruzando a nado el río con la habilidad de un pez.

III

Cuando la hora de guardar los pollos llegó y Sitaira no había vuelto la señora Mariot había llegado al colmo de su desesperación. En el profundo silencio de la noche, su corazón palpitaba con violencia. Sentada en el corredor, masticando tabaco, machacando sobre la vida y la muerte que giran como el mundo, murmuraba viejas tonadas.

Nadie daba razón de Sitaira.

Si hubiese oído hablar de algún accidente, si alguien pudiera decir con certeza que estaba en tal o cual parte; si se tuviera el menor indicio de su paradero. Pero solo el silencio de las cosas. Solo el silencio del día y de la noche. Solo el silencio de la duda.

Horrible incertidumbre que cegaba el pensamiento, impidiendo el normal desarrollo de las horas.

Desde las once de la mañana se había empezado a preocupar. Durante las horas de la mañana, varias veces, había tenido una sensación de crecimiento en la cabeza, y eso la mantuvo inquieta, un temor irracional corriendo por sus venas.

Al medio día, cuando llegó Pedro con una enorme carga de leña al hombro, la señora Mariot tuvo una horrible aprehensión. Era como si un abismo se hubiese abierto bajo sus pies, y una fuerza irresistible la atrajese hacia la nada.

—Te digo que fue él: ya no le funcionaba el asunto. Ese muchacho llegó aquí y se fue a vivir con el paña ese que despidieron por tuberculoso...

—Dicen que eran familia...

—Pedro no tiene nada de paña.

—En todo caso yo tampoco creo que fue él.

—Yo sé que sí fue él: es uno de esos que prefieren secar el agua que ya no pueden tomar.

—Pero estaba todo preocupado... realmente era el más preocupado del grupo.

—Estaba disimulando. Ese muchacho es mal bicho. Desde que llegó aquí yo lo dije.

—Yo también— dijo Benigno que, desde el mostrador estaba oyendo la conversación. Y vos que estabas enamorado de ella deberías ser el primero en darte cuenta.

—Yo no estaba enamorado de ella...

—Todos los negros de este lugar estaban enamorados de esa mujer. Jóvenes y viejos por igual.

—Yo no... y además, no es asunto tuyo.

—Las mujeres del tipo de Sitaira no se conforman así no más. Ella sabía que le era fácil conseguir a cualquiera aquí.

—Incluyendo a tu patrón...

Incluyéndome a mí— dijo Benigno y se echó a reír con todos los demás hombres.

—Pudo haber sido él, pero, ¿y los otros? ¿Mató también a los otros?

—Sí: fue él.

—Yeguadas: desde ayer andan con eso. Son inventos del Jefe Político. Es un paña prejuiciado. Como no sabe nada del óbeah todo lo echa a eso. ¿Para qué iba a joder a la hija de la señora Mantle?

—Lo malo de algunos negros es su incredulidad: de eso es que no salimos del atolladero.

—Seguís hablando majaderías: nadie hay más creyencero que nosotros.

En las primeras horas de la tarde el muchacho llegó con una enorme carga de leña y cuando se enteró de que Sitaira no había vuelto a la casa se fue a buscarla.

Una hora después estaba en el patio de la señora Mariot sin saber qué hacer.

Convocaron a los más allegados. El pastor se puso a rezar por la salud de la muchacha. La señora Mariot fue a casa del señor Brown para solicitarle un préstamo.

—Pero... señora, ¿con qué me va a pagar?

—Es para encontrar a Sitaira... para pagar una cuadrilla...

—En este pueblo nunca se ha necesitado pagar a nadie cuando se pierde alguien. Y yo creo que eso es menos necesario tratándose de su hija: van a sobrar voluntarios.

—Cuando la encuentren tendré que llevarla a Limón... al hospital... y... y... Sitaira en sus recuerdos. Sitaira en sus sueños. Sitaira en los gritos de sus noches solitarias.

—... y si está muerta... el entierro cuesta di...

—No tengo en efectivo —dijo el señor Brown— y además me deben demasiado ya. No me podrían pagar ni siquiera con la finca. Sitaira es tonta: no tiene necesidad de estar en esa situación: aquí sobran quienes se hagan cargo de todos ustedes. Gente decente.

—Gracias— dijo la señora Mariot y volvió a su casa.

—Imagínate mami: querer casarme con ese idiota de Cató. ¿Qué se está creyendo ese viejo?

—Es una lástima que sea así de bruto, porque es guapo el muchacho y tienen dinero.

—¿Guapo? Yo pensé que tenías mejor gusto, mamá.

La señora Mariot volvió a su casa donde la aguardaba el señor Pérez, invocando el nombre de la Virgen Santísima y todos los santos de su limitado santoral. Luego se fue a buscar ayuda, y a tratar de convencer al Jefe Político de que organizara un piquete.

Avanzada la tarde llegaron los hombres.

Llegaron y se fueron y estuvieron como dos horas buscando y luego regresaron y el Jefe Político dijo que daba por finalizada la búsqueda porque si la niña está muerta se la llevó el río y si se fugó con alguien, con el Loco por ejemplo, ya se sabría.

—Mi hija no se iba a fugar con el Loco...

—Pues el Loco no ha vuelto a casa.

Pedro pensó en un intento de violación junto al río y estaba fuera de sí.

—Pérez... vamos a buscar de nuevo: vamos.

El Pastor dijo que era demasiado tarde para empezar una nueva expedición, sugiriendo que esa noche velaran orando por ella, y al amanecer salieran en su búsqueda.

Pero hubo suficientes preocupados que no le hicieron caso, y salieron con focos, rifles y caballos de nuevo hacia el río.

—Mirá: van con un montón de pañas. ¡Qué raro! No será que esa mujer tenía algún enredo con el tal Pérez.

—Ella no, la mamá.

—Pero mirá... más de un muchacho va con esos negros y es casi de noche.

—Diay, mujer: te apuesto que quieren pescar una morrida de culebra.

—Sí, y por una condenada negra patas vueltas.

Salieron del pueblo camino al río.

La señora Mariot había querido unirse al grupo, pero Pedro fue tajante. La madre se quedó largo rato contemplando las huellas de los hombres y de los caballos, impresos con nitidez en el barro del solar, y solo volvió en sí cuando pasó frente a ella Cató Brown, trotando en su elegante caballo.

Entonces la señora Mariot entró a su casa y dijo algunas palabras cargadas de odio.

Sitaira en la duda entre el día y la noche.

IV

El muchacho entró al patio de la casa cabizbajo. Estuvo largo rato sentado sobre el caballo sin hacer nada. Los mosquitos, rondando zumbaban su triunfo sobre la presa inmóvil.

Fue la señora Been Brown la que lo vio allí, y se fue a traerlo.

—Estás frío... Jesús... ¿qué te pasa?

No era la primera vez que lo veía de ese modo. Ya otro día había llegado desnudo, con la misma expresión de rabia y tristeza e idéntico hermetismo.

—Cató— dijo con ternura maternal. —Cuénteme qué pasa.—

Fue todo lo que dijo y el muchacho se le echó encima llorando.

—Maldito necio, no sé por qué no se muere. ¿Qué estás tratando de hacer?

—Sitaira...

—Cató por favor, me vas a atropellar con el caballo. Nos vamos a hacer daño los dos, vea que tengo esta tina sobre la cabeza y el machete en la mano. Cató...

—Papá tiene dinero. Voy a heredar todo lo que tiene. Pedro es un pobrete...

—Pero es que...

—Además nos criamos juntos nosotros, él acaba de venir... no es justo...

—Cató... esa no es forma de discutir...

—No tendrías que matarte trabajando: nosotros tenemos empleados que hacen las cosas.

—Pero, ¿qué es lo que quiere? Cató por Dios...

—Además está don Cornelio... deberías pensar en él un poco: es tu padre...

—Maldito sea, se me ha caído la maldita carga por su culpa...

—Quiero que nos casemos: eso es todo.

—Cató... ha... hablemos allí, a la orilla...

—Hablemos aquí mismo...

—No... vamos a la orilla.

Un murciélago entró a la casa por la ventana abierta, dio una vuelta entera en la sala...

—Pero hijo...

Y luego salió por la misma ventana, mientras la señora Been se precipitaba hacia la cocina buscando la escoba.

Después, más calmada, cerró la ventana sin quitar los ojos del muchacho.

—Oiga esto Cató: Pedro tuvo la culpa. No importa lo que haya pasado, él tuvo la culpa. Él fue. ¿Entiende?

El muchacho iba a responderle, pero la señora Been depositó sobre su boca un fuerte moquete que le hizo callar. Sí, era Pedro. La escoba dio en su cabeza y era Pedro. Y cuando los golpes cesaron y se fueron ahogando sus sollozos, no tenía ni la menor duda de que Pedro había tenido la culpa. Fue Pedro.

V

Cayó sobre la casa una plaga de zancudos. Rondaban sobre la señora Mariot y sobre Cornelio. Este, totalmente abandonado ahora, tuvo que soportar primero la infatigable insistencia de los insectos y los apremios del cuerpo. Pero en medio del asedio y del sopor estaba pensando. Pensando como hacía mucho tiempo, con cierta nitidez liviana.

La primera picada fue en la mejilla y no fue todo: un dolor intenso en la nalga y otro en el rostro y en la nuca y el frío entró al cuerpo a pesar de que la sangre hervía inútilmente; la vida entrecortada; Cornelio vio a Sitaira en la garúa.

Finalmente, un grito inesperado y Cornelio pudo distinguir la voz con toda claridad, y enseguida la conmoción, el clamor de los hombres.

La nebulosa volvió y con ella el único minuto que tenía explícito: el olor a sangre venía siempre primero,

curiosamente, las figurillas que brotaron del ojo, los sonidos que ensordecen, el nubarrón que cubrió de pronto sus ojos y del que no se había podido librar aún.

Algún acontecimiento había roto la rutina cotidiana. Esa rutina de amanecer; medio día: comer; tarde: sentarse al corredor. Oír y conversar y tener la respuesta sin poder formarla a tiempo o formularla en silencio. Noche: no dormir nunca, apenas dormitar y una y otra vez enfrentarse al clamor de los hombres, el dolor, las figurillas, los sonidos y el nubarrón.

La vida en cuentagotas. Algo, sucedía algo. Algo anormal, inesperado. ¿Sitaira? Haciendo un gran esfuerzo se puso de pie, tratando de llegar hasta su mujer. Había reconocido el nombre de Sitaira y ese nombre despertó en él una profunda ternura y una sensación de vacío. "Sitaira" había gritado su mujer. "Sitaira."

Sitaira en la voz del pueblo. "Sitaira" repetían los mosquitos. Sitaira en los ecos de la noche. Sitaira en las infinitas distancias recorridas por la voz. Sitaira en los sentidos. Sitaira en cada paso que con enorme esfuerzo daba. Sitaira, duda entre el día y la noche. Sitaira en la sangre; en el sopor Sitaira. En el pensamiento y en el nubarrón y en la noche... no vio las gradas, porque no podía verlas. Y al dar el paso en falso rodó gradas abajo hacia el zacate y las piedras y al caer sintió sobre su piel la caricia de Sitaira. Sitaira en el barro. Y una extraña felicidad lo fue durmiendo.

VI

En la madrugada la señora Mariot logró al fin reconciliar el sueño y soñó con su hija. Estaba vestida como una novia, las faldas anchas con bordes celestes, el pecho levantado como deben llevar el pecho los hijos de Cornelio Kenton.

Desesperada en el sueño, la señora Mariot dio vuelta violentamente en la cama, al encontrarse con el aliento de su marido. Cayó al suelo, donde estuvo secándose el sudor mucho tiempo.

Tenía muchos deseos de hundirse en su marido, sentirlo hundido en ella, los dos jadeantes hasta el amanecer. Pero Cornelio Kenton roncaba su impotencia, su rostro hinchado por el golpe llevado al caer.

—¿Qué vamos a hacer ahora?— preguntó ella en voz alta pero la noche guardó silencio. Entonces ella misma dio la respuesta:

—Nada: darle tiempo al tiempo hasta que acabemos en el infierno.

VII

Acaricia los cabellos del muchacho, como queriendo volcar en él la ternura total de su maternidad frustrada. La luna se ha ido acercando poco a poco, y su rostro está visible ahora. Tiene la misma angustia de antes.

—Según oí decir— mañana viene el gobernador o algo así. Lo de la huelga va en serio: según el Jefe Político lo organizaste y todo.

—¿Qué es todo?

—No me interrogue, hijo, una no entiende mucho de eso.

La luna iluminó el río y el búho vuelve a cantar.

—Entonces... no puedo quedarme.

Los dos han guardado silencio, mirando a Sitaira que de pronto surge al otro lado del río, y desnudándose en el playón junto al lagarto muerto, se lanza al agua levantando tras sí una especie de vaho.

—No lo había pensado así: pero tienes toda la razón. Pero vuelva...

Lento como el tiempo se vuelve denso. Denso como la lentitud misma y en los ecos del camino, voces que rielan más allá del olor a zacate fresco.

CAPITULO SEIS

El señor Moody, rojo de cólera caminaba hacia la ventana y volvía, tratando de no gesticular, de dominar sus pasiones. Luego, deteniéndose junto a la ventana, se dio a la tarea de contar mentalmente hasta cincuenta, como correspondía a un caballero.

—Está totalmente demente—le dijo a la señora Margaret que hacía rato lo observaba con una expresión de dureza en sus ojos. Sin duda, su padre era un hombre fuerte, pero no estaba de acuerdo en llevar la dureza hacia los extremos de toda inflexibilidad y así se lo dijo.

—Está bien que yo toleré que la muy bastarda se llevara su ropa y que usted le mandara cincuenta libras esterlinas cuando tuvo a la niña, y que —¿creían que yo no lo sabía?— Brown los visitaba de vez en cuando en la maldita pocilga donde vivían, ella y el taimado de Josué... está bien...

La señora Margaret de Dull no le quitaba la vista a su padre. Tenía que ablandar su terca postura, lograr su objetivo, y para eso cualquier argumento era utilizable.

Desde hacía mucho rato lo estaba tratando de convencer, y empezaba a indignarse.

—Padre —dijo— pero él estaba alistando dos tazas de té con enorme esfuerzo.

—Está bien... soy cristiano y caballero y era mi deber. Lo consulté con el pastor. Pero ahora viene usted a proponerme esto...

—Es sangre de mi sangre...

—Es una bastarda... Y no voy a ponerme a reír mientras recoge al fruto del pecado de su hermana porque la gente va a creer que estuve de acuerdo con ellos.

El señor Moody sirvió las dos tazas de té, y por primera vez tomó asiento delante de su hija. El color de su piel cambiaba con los diferentes estados de ánimo desde un rojo subido hasta la más increíble palidez.

—Papá...

La señora de Dull estaba a punto de consumir su rebelión, pero Mamy estaba entrando al aposento y por tanto, se imponía el silencio prudente que había aprendido de su padre. La anciana tenía una expresión de júbilo en su rostro, pero al sentir el incómodo silencio guardó su alegría para sí, haciendo gala de su intuición de ama de llaves se fue retirando discretamente, inclinándose en fingida reverencia ante la pareja.

—Papá... yo creo que debemos perdonar a Elizabeth.

—Perdonarla jamás— dijo el viejo, y de nuevo la piel de su cuerpo se mudó de color. Eso nunca: esa mujer pisoteó mi honor. No tuvo empacho en hacerlo, Margaret, no tuvo consideraciones. Yo, nada menos que Kingsman Moody, amigo personal del gobernador actual y amigo de todos los que ha tenido esta condenada isla desde los días de

mi padre, yo... yo **tuve** que andar con la cabeza inclinada, sin saber cómo enfrentarme a la sociedad jamalcana... Lo que hizo... no tiene nombre...

De nuevo estaba caminando hacia la ventana y al verlo detenerse y mirar hacia afuera la señora de Dull sintió un repentino deseo de vengarse de él por ser así como era, por haber parido el mismo mal que condenaba.

—Papá... la única diferencia entre usted y Elizabeth es que lo de ella se hizo público...

No hubo una respuesta inmediata. Se apoyaba en la ventana, miraba hacia afuera, y las venas de su nuca denotaban las tensiones infernales de su momento. Ecos del pasado llovían repentinamente y él no sabía qué hacer. "¿Mamy... puedo apoyar mi cabeza aquí?"

—Ahora... Elizabeth está muerta...

Afuera él las vio corriendo, escalando la lomita, cargando sus muñecas, huyendo del perrito que les había regalado para la navidad. Eran tan parecidas las dos y al mismo tiempo tenían el indeleble sello de la que las dio a luz. Un aire de suficiencia que impresionaba a la gente, y las asociaba con la dureza.

—Está muerta, papá, poniéndose de pie y caminando hacia él: está muerta. De tuberculosis.

Cuando el anciano dio vuelta se encontró con el rostro de Mamy asomada tras las cortinas. ¿Qué edad tendría ahora? Le calculaba por lo menos ochenta y cinco, considerando que él frisaba los setenta.

La señora Margaret también notó la presencia de Mamy. Estaban unidos los tres por la vergüenza, la común nostalgia por la occisa y el odio hacia aquel que vino a turbar la intensa comunión familiar.

Cosas de la Reina Victoria, porque si no hubiese puesto en libertad a los esclavos, el mundo hubiese continuado como siempre, cada quien en su sitio (y Mamy, por ejemplo, nunca se había quejado de su sitio), cada quien consciente de su deber.

Los tres estaban también pálidos, como si hubiesen captado el color de la muerte, y lo compartiesen voluntariamente; los tres, la negra rescatada por libido; la hermana que corría por el prado junto a Elizabeth; y él, el próspero hacendado, amigo personal del gobernador de la isla, dueño de fortuna y prestigio; los tres, presentes y ausentes al mismo tiempo.

—Necesito alguien que se ocupe de mi hijo y Mariot lo puede hacer. Eso es todo lo que pretendo: emplearla para que nuestra sangre no ande rodando.

Una inesperada ráfaga de ternura pasó por la mente del señor Moody cuando escuchó por primera vez el nombre de su nieta. Mariot. Después de todo, era su única nieta, y le hubiera gustado conocerla para ver el resultado de la mezcla de su sangre con la de un yoruba. Pero, pensando que la compasión podía ser interpretada por la comunidad como condescendencia, recuperó su natural intransigencia.

Pero era demasiado tarde. Sus labios formularon la pregunta contra su voluntad.

—Se llama Mariot —dijo casi para sí— ¿Mariot? Extraño nombre.

Ella sonrió triunfante. Era el principio de la docilidad, —el comienzo de la victoria de la hija sobre el viejo.—

—Sí... y curiosamente no salió tan negra. Tiene el pelo bonito y los mismos ojos de Elizabeth.

Mamy también sonrió. Pero el recuerdo de Josué pobló su memoria, y en su nuca octogenaria asomaron los rigores infernales también. Le dio gracias a la vida que él no hubiese estado presente en ese momento, porque sin duda hubiera considerado la alusión a su color como una ofensa. Negro más orgulloso no había existido desde el tiempo de Noé, cuando Dios maldijo al hijo menor del patriarca y él, volviéndose negro a partir de aquel momento, trajo sobre sus descendientes la maldición divina. Noé era justo, gloria al Señor.

El señor Moody estaba ahora mirando a Mamy. "Puedo poner mi cabeza aquí?" ¿Cuáles, exactamente, habían sido sus palabras? La había visto un día en el granero, su preciosa negritud expuesta a la luz y la palidez de su padre junto a ella, los dos con los ojos cerrados, como si estar así, desnudos, les hubiese causado una felicidad indescifrable. Los vio así, y fue a preguntarle a su madre, y ahora le daba risa recordar lo sucedido entonces. Pero no podía reír, al menos, no en presencia de las dos mujeres.

Él, incluso, había querido tener un hijo con ella, para perpetuar también en otra sangre su nombre, y con la esperanza de lograr el varón que siempre había deseado. Pero Mamy ya no pudo parir y el tiempo se fue llevando su anhelo gradualmente.

—¿Desde cuándo son tan indulgentes? Porque supongo que le habrás contado a tu marido... ¿o es que mis hijas ni siquiera tienen ese tanto de respeto?

—El está de acuerdo...

—¡Maldita sea!

El día siguió su vertiginosa marcha y la anciana Mamy, detrás de la cortina, sonrió mientras enjugaba sus lágrimas.

II

—Mamy... ayúdeme a llegar hasta la cama...

Como lo hacías adorable negra en mis años mozos, con tus grandes manazas negras, con tu boca jugosa y enorme, con tus ojos vivientes, con tu calor de mujer.

—Mamy... ¿qué te parece? Elizabeth murió de tuberculosis...

Y eso, vos lo sabés porque has sido una más en esta familia, desde el día aquel en que mi padre se fijó en ti, y dijo que alguien como vos no podía estar allí en medio de tantos negros, habiendo en esa casa un blanco con su corazón de oro.

—Mamy... de todas las cosas: tuberculosis.

Y qué has estado haciendo, Mamy, si la tuberculosis es producto del desaseo. Si vos la educaste. Negra, negra ¿qué has estado haciendo?

—Mamy... una hija de los Moody... descendiente de escoceses puros...

Talvez mi error fue haber permitido que la madre le negara su pecho y sustituyera su leche escocesa por leche de pechos negros. Entonces, heredamos, yo que también mamé de una negra, y ella, la inconfesable inclinación de mi padre por las negras.

—Ayúdeme a llegar, Mamy... estos malditos dolores.

Y los malditos médicos de ahora: yo debería emborracharme. La maldita ciencia solo ha servido para complicarnos la vida a todos. Porque allí están los negros que no saben nada de ciencia. Toman zorzón, sorocí, té de menta y purgantes. Eso es todo: y allí está Mamy que no se muere, que aún ahora a su edad encuentra la manera

de devolverle a uno la juventud, aunque es evidente que ella finge. ¿De dónde tomará tanta energía?

—Deberías darme remedios caseros, Mamy...

—Hay que hacerle caso al médico...

Emborracharme, eso es lo que debería hacer ahora. Le preguntaré a Brown que debe saber qué hay que tomar en estos casos, para volver a mis copas de ron, aprovechar el poco de ron bueno que queda aún en esta maldita isla.

—¿Cómo será la bastardita esa?

Porque tengo que confesarte un secreto: me gustaría conocer a la bastardita esa.

Quiero ver qué pasa cuando se junta en un solo trago el whisky y el ron.

—No tengo fuerzas para desvestirme siquiera...

Debería irme a Escocia. Después de todo, Margaret está bien casada. Pero no puedo llevarme a Mamy, porque no sé si las familias escocesas de ahora tendrán sirvientas negras y vendrán las habladurías. (Ese hombre, viviendo solo con esa negra que trajo de Jamaica) y la verdad es que nunca he sabido ser primero en nada.

No tengo vocación de rebelde, ni un maldito.

—¿Te parece que disimulé bien, Mamy?

Y viviré recordando las cálidas noches tuyas; las frescas noches tuyas, porque qué frescas eran las noches tibias junto a Mamy y junto a ella, qué cálidas las noches más frías.

—¿Te parece que disimulé bien?

—Sí... no lo pudo haber notado...

—Un padre tiene que mantener su dignidad...

—Lo logró señor...

—Me duele... **cuidado con la venda**... sí ya sé que estuve caminando mucho, ¿pero qué querías?

Y ahora, sobre la blanda cama, libre de los disimulos del día, ¿quién cuidará de mí en Escocia?, puedo recostarme en tus regazos, negra, y pensar que soy de nuevo el hijo del señor Moody, potente hacendado de Jamaica. ¿Cómo será la niña? Debe tener un maldito aire a Elizabeth.

—No te va a gustar lo que te voy a decir, pero me vas a hacer caso porque si no me lo traes me levantaré a buscarlo yo mismo. Sí, brandy. Total con este dolor tan maldito casi es preferible morir. Y no pongás esa cara... todos los negros son así: se aferran a la vida como idiotas, con lo dura que es, pero las personas cultas sabemos que la vida no vale mucho. Además, ya he vivido, hasta ver a mi hija morir de tuberculosis y a mi nieta, bastardita, rodando por la calle, de modo que andá a traer el brandy... con dos copas: hoy quiero que tomés conmigo...

III

—Idiota —dijo la señora Margaret— es la última vez que le permito usar una expresión de ese tipo. ¡Insolente!

La niña bajó los ojos. Afuera, una gaviota danzaba en el viento un armónico vals.

Una garza, se clavó en el agua buscando la bocanada vital para continuar su vuelo, y las palmeras se alzaban triunfantes en el sol del meridiano.

Ella bajó los ojos evocando los olores de tanta tos, tanto alcohol, tanto abandono que aún crecía en ella; el dolor de mil años la aplastaban y no dijo nada.

El niño, rubio, de ojos claros que semejaban la profunda huella del mar, se zafó de su madre y corriendo hacia la puerta cayó de bruces.

Ella de buen ánimo hubiera dejado al niño allí, porque ya era demasiado. Verlo tendido allí sobre el piso, su cuerpo demasiado desarrollado para su edad, su pelo rubio manchado de polvo, le producía una íntima satisfacción, que ella no tendría el valor de confesar.

Pero el instinto la hizo reaccionar de inmediato, como si hubiese sido creada para eso, para cuidar niñitos blancos.

Pensaba siempre en su madre cuando la congoja la vencía. Pensaba en ella con ternura y con remordimiento, porque muchas, muchas veces sin saber nada sobre la grave enfermedad que la aquejaba, se resentía por la ausencia del beso de buenas noches que había venido forjando su niñez.

Y ahora, mientras se precipitaba tratando de remediar lo sucedido, la imagen de su madre pasó por su mente.

Llegó junto al niño y lo alzó, apretándolo sobre su pecho, tratando incluso de borrar aquel primer impulso de cobrar en él la deuda, pero el niño seguía llorando desconsoladamente, y ella temía ya la reacción de la señora Margaret, y se imaginaba castigada, insultada, tolerando de nuevo el mismo estribillo que ya se sabía de memoria: "Yo te he recogido cuando el borracho de tu padre te tenía abandonada, y lo hice solo por tu madre y nada más, que bien que mal tuvo que pagar muy caro su error, y esperaba que fueses agradecida, que supieras apreciar lo que estoy haciendo, contra la voluntad de mi padre, y apenas con la tolerancia mal disimulada de mi marido que no entiende por qué tengo que cargar con todos los pro-

blemas de toda mi condenada familia, incluyendo a los bastardos como tú".

De pronto la señora Margaret le arrebató el niño, y en un mismo, prolongado movimiento, hizo lo que Mariot no se esperaba. Porque la había castigado muchas veces, pero jamás con tanta furia, ni en la forma en que lo hacía ahora, golpeándola en la cara y la cabeza.

La señora Margaret levantó la mano para dejar las huellas de sus dedos en el rostro de la niña, porque la estaba alimentando y vistiendo para que cuidara al niño y no para que lo dejaras caer, idiota.

El mar seguía denso. El paso de la nave, lenta. La misma esclavitud; las mismas viejas leyendas que el abuelo zulú contaba sobre la libertad; el abuelo yoruba sobre la rebelión en los barcos, el trabajo lento de las fincas, la quema de cosechas y los castigos.

Durante la travesía y como una consecuencia de su período menstrual, la señora Margaret había tenido un comportamiento extraordinariamente hostil, acumulando ronchas sobre la piel de la niña, y un dolor incesante que le devoraba sus costillas.

Entonces la niña pensó al oír su propia tos, que, como su madre, ella moriría de esa horrible enfermedad que va consumiendo a la gente hasta sacarles la misma sangre.

Ese fue el motivo de su decisión. Aconsejada por quién sabe qué oculta fuerza del samambo, que la hizo capaz del supremo acto de la rebelión.

Nadie la vio partir, pero cuando la señora Margaret revisó el camerino, no estaba ni siquiera su ropa de domingo.

El dinero que su madre había dejado debajo de la al-

mohada (cincuenta libras esterlinas que alguien cambió por una moneda que ella no entendía bien), le sirvió para que fuera detenida y presentada a don Miguelino Sánchez Bonilla, un blanco que apenas sabía hablar inglés. Eso le parecía curioso porque el inglés es el idioma de los blancos.

Y mientras respondía las preguntas mal formuladas de don Miguelino, oyó el pito del barco que partía.

Le hizo caso a don Miguelino y estuvo en casa de su madre varias semanas sin poder entender su lenguaje, y no opuso resistencia cuando al fin una noche el anfitrión la tomó en sus brazos y la fue cubriendo de besos y ella no quiso resistir porque de todos modos no habría tenido la voluntad necesaria para hacerlo; se dejó acomodar sobre el catre bajo su peso imponente y después del miedo y del dolor, el cansancio la redujo al sueño.

Al amanecer, cuando los primeros rosicleres poblaron la villa, la niña ya no tenía miedo.

—Llámame Miguelino, dijo él al encontrarse con su mirada maliciosa. Y ella sonrió.

IV

Atrás en el barco, la señora Margaret le hablaba al capitán con indignación.

Alzaba la voz increpándole por la inutilidad de su tripulación y decía que los negros eran todos unos malagradecidos, porque fueron los ingleses los que se tomaron la molestia de ir al Africa y rescatarlos de la barbarie, dándoles una religión y un idioma, enseñándoles incluso a usar ropa, y decía, que los ingleses de ahora eran unos brutos en

decadencia, tristes remedos de los gallardos y valientes ingleses de antes.

Decía eso, gallardos y valientes y el capitán pensaba en la demencia.

Y nadie, continuaba y continuaba, y continuaba la señora Margaret, podía dudar de la inteligencia de los valientes y gallardos ingleses de antes, que fueron los constructores del mayor imperio que ha conocido la humanidad, y amenazaba al capitán y se censuraba a sí misma por haberse embarcado en una nave conducida por un idiota... un idiota que se hacía pasar por capitán.

La dignidad del capitán estaba herida y decía que si la señora de Dull hubiese sido el señor Dull, el desenlace sería un duelo, porque tal afronta se cobraba en el terreno del honor en cualquier tiempo.

La señora Margaret seguía discutiendo y llegando a sus conclusiones; dado que la mayor parte de la tripulación era negra, no extrañaba su complicidad, porque muy probablemente eran negros capturados en Haití o quién sabe dónde y estaba demostrado que los franceses eran más inútiles que los inútiles ingleses, pero, decía que un capitán inglés, con el honor que eso significaba y todo, no había sido capaz de prevenir la fuga de una niña de trece años, eso sí era grave por lo cual se proponía a su regreso a Kingston demandar a la compañía porque además zarparon sin realizar las pesquisas necesarias.

Y hacía responsable al capitán directamente de las costas del juicio y la respectiva indemnización: por lo invertido en la crianza de la niña hasta ese momento.

Y el mar se ondulaba. Y una leve brisa acariciaba el barco. Y la luz del sol resplandecía sobre las aguas in-

mensas. Y el día, reluciente, se deslizaba. Y la vida era también un mar de plenitud.

El capitán estaba pensando, atrás en el barco, mientras oía a la señora de Dull, que una violenta tormenta azotaba la nave.

—¿Son ustedes todos así? Quiero decir, los hombres de ahora: el idiota de mi marido tenía que esperarme en Panamá porque eso habíamos convenido y me doy cuenta ahora que no se llevó el diamante por accidente, y me imagino que se lo dio a la negra esa que lo tiene loco y si el gusano ese ha hecho eso o si lo ha vendido y me viene con cualquier cuento soy capaz de hacerlo arrestar por ladrón porque soy hija de Kingsman Moody, honrado por el rey y famoso en toda la madre patria y el capitán, su marido y todos los que se le atravesaran a ella en su camino pagarían apenas atracaran en un puerto inglés.

El mar se ondulaba mientras una leve brisa acariciaba el barco y la luz del sol resplandecía sobre las aguas inmensas.

V

Y más atrás, entre las páginas del calendario que navegaban ya sin nombre, el señor Kingsman Moody ya no pudo responder a las caricias de Mamy. La fatiga había ido ganando terreno.

Por eso, cuando supo de la fuga de su nieta se desbordó la copa, y se dio a la tarea de equipar a Brown para que pudiera defenderse en la vida, encargándole a Mamy también y luego, se puso a pensar.

¿Jamaica para qué? El imperio de su majestad se venía abajo.

—Usted señor Moody no tiene bases para demostrar eso y debería callar...

—¿Había visto una huelga... una huelga de este tipo por lo menos, en esta isla? En todas las islas, estamos igual: ya no les basta su libertad individual, ahora quieren su propio gobierno.

—Estamos en Alemania... La Gran Bretaña está más poderosa que nunca...

—¿De veras? Entonces... ¿por qué un grupo de negros como estos se atreven a tanto?

—Son ideas comunistas...

—Yo no sé de dónde vendrán esas ideas, pero piense bien, señor Gobernador, que estos negros fueron traídos aquí desde hace mucho tiempo. La mayoría viene de muy atrás. Inclusive, desde que la Reina Victoria los liberó muchos han estudiado... en Londres mismo...

—Han estudiado los mulatos...

—Todos son negros... a pesar de la división convencional...

—Eso es un punto de vista que desde luego respetaré...

—Y dígame señor Gobernador, si no es cierto que estos negros, descendientes todos de esclavos se vuelven cada día más atrevidos.

—Los tiempos cambian: cada día la civilización avanza más y más y es lógico que ellos, ¿no ves que son como hijos creados por nosotros?, es lógico que ahora quieran un poco más de autonomía...

—Están hablando ya de gobierno de la isla...

—Participación en el gobierno de su Majestad . . .

—El mundo se está viniendo abajo, señor Gobernador, aunque usted no quiera admitirlo.

—Ellos están agresivos y nosotros impotentes. Un día presiento que vamos a amanecer y usted y yo estaremos de sirvientes en alguna casa y en este lugar va a haber un gobernador negro, y un hacendado negro conversando sobre baladas, cuadrilla y quién sabe qué otra estupidez.

—De hechicería— dijo el Gobernador, y los dos hombres se echaron a reír.

No; nada lo ligaba a Jamaica. Ni siquiera su hija Margaret que tuvo el mal gusto de casarse con un tal Dull, hombre de dudosa moral y poca hacienda, que gustaba de viajar de país a país haciendo negocios y acostándose con negras y otras indígenas. Y después, en las mesas de tragos hablaba de eso, el descarado.

No; nada lo ligaba a Jamaica. La otra hija muerta de tuberculosis, después de fugarse con un negro, un cochero negro, que como todos los negros era borracho y no sabía proteger a una dama, a una hija de Kingsman Moody.

—No, no valía la pena quedarse si el aprecio de la gente mermaba, y si los jóvenes incluso, irrespetando las viejas tradiciones de la isla, andaban abiertamente con mulatas. ¿Quedarse a qué?, sin la hidalguía heredada, sin sus amigos, sin siquiera el gobernador que se iba y el pastor que se jubilaba y el futuro del Imperio está en peligro porque un capitán no se da cuenta cuando falta una pasajera.

—Bien . . . señor Moody . . . creo haber cumplido sus deseos. El Imperio no está tan mal aún, si todavía pode-

mos castigar a un capitán irrespetuoso.

—No estoy convencido de su irrespetuosidad, Gobernador, pero que dejara irse a la única bastardita que había en el barco sin notarlo, eso sí es grave.

No; nada lo ligaba a Jamaica ya. Y Jamaica no tenía sentido sin el calor intenso que antaño despertaba en su pecho la leal Mamy.

VI

La leal Mamy, abandonada cuando según su propio criterio tenía en sus venas vestigios de juventud y por lo tanto mucho que dar, se sintió traicionada.

Ella lo había cuidado desde la muerte de la señora Elizabeth Margaret Moody, ocupándose de sus hijas, dándoles el pecho después de la pérdida de su propio hijo, "tío de las niñas dicho sea de paso", como diría con despecho Brown.

Y lo había mimado aun antes de la muerte de la señora, haciendo de él un hombre entre rato y rato cuando lograba escapar de sus ocupaciones en la casa y su romance con el amo.

—Les fui fiel a los dos por cierto: a uno porque desde niña tuvo la fineza de apartarme...

—¿Te apartó de qué?

—De los otros esclavos, porque yo era demasiado linda para andar así entre tantos brutos.

—Ah... ¡eso!

¿Así eran los hombres?

El primero se hizo de una mujer blanca, escocesa como él, y Mamy con todo su ardor fue relegada a segundo plano.

—No es que yo pensaba casarme con él ni nada. Uno sabe cuál es su lugar. Lo que me duele es que no se acordara de mí hasta que empezó a cansarse de la flaca esa...

Y ahora, este; él sobre todas las cosas, porque con el padre fue simple gratitud.

—A Kingsman lo amé... maldito blanco... ¡malditos todos los blancos!...

—¿Y qué fue lo de Brown?

—El maldito negro siempre estuvo tratando de acostarse conmigo mientras fui mujer del blanco y después andaba diciendo que no podía rebajarse a recoger desperdicios.

—¿Eso dijo?

—Se lo estoy diciendo. Y ya ve: yo sí lo hice y no me pesa. Y no sé por qué no me pesa, pero esa es la verdad: no me pesa.

—Mamy... Mamy...

—Me trajo esa mujer joven a la casa y todo. Una negra estúpida, si me lo preguntas. Llena de pedanterías.

—Y te las aguantaste...

—¿Para dónde me iba? Yo solo había salido de la hacienda con Elizabeth en sus famosos paseos y una vez que la fui a ver cuando se fue con Josué para decirle que era una puerca ingrata y que el señor su padre se iba a morir de pena. Sí, esa gente era mi gente.

Y cuando las canas comenzaron a salpicar sus cabellos de repente y a tupirse aceleradamente, los empleados de la hacienda comentaban que ella ya no era la Mamy de siempre.

El señor, porque ahora había que decirle señor, el señor M. Brown cuidaba de la hacienda sin ocuparse de las canas de Mamy, como si fuera suya, y se llevaba bien con la exigente señora de Dull y el indulgente señor Dull que solo se asomaba a la hacienda cuando estaba borracho y buscando una negra.

Mamy dejó de ser Mamy poco a poco y los empleados la olvidaron, y nadie notó su ausencia cuando llevándose apenas lo que podía cargar sin demasiado esfuerzo, abandonó la hacienda.

Después le contaron que el señor M. Brown salió del país hacia otro país llamado Puerto Limón, en busca de Mariot, y a su regreso tuvo problemas con la señora Margaret por su fracaso. Por eso, cuando lo vio venir, simplemente abrió la puerta, y ni siquiera se tomó la molestia de preguntarle por su mujer. Y aunque mes tras mes rumiaba con alguna vecina su odio hacia los malditos hombres, al paso de los años había ido perdonando a Brown.

—¿Y sabes algo del señor Moody?

—Tiene que haberse muerto ya.

—Lo habiéramos sabido...

—Tiene que haberse muerto en una cantina cualquiera en Londres. Yo creo que ni siquiera fue a Escocia. Tiene que haberse muerto.

Y guardaba silencio durante un largo rato y luego se ponía a cantar una vieja canción favorita de la familia Moody:

Fe de nuestros padres viviente aún
hasta la muerte te seremos fiel...

CAPITULO SIETE

!

Iluminaba el fondo del cauce y se espantaban los peces. Los rumores de los viejos y los rumores de las viejas y los rumores de los hijos que transmitían a los hijos de los hijos los secretos del samamfo para que los portaran los nuevos padres que el destino forja.

—La vieja esa: ¿La viste en el entierro?

—Sí... toda compungida... toda de blanco y todo...

—Y con el zombi a la par. Es un zombi: ¿no has oído hablar de los zombies de Haití? Inclusive han dicho que en Cuba y en el mismo Unity en Kingston han visto zombies.

—Pues aquí en este rincón de la tierra no necesitamos de los zombies de esos lugares pues tenemos uno propio.

—Un poco mal hecho...

—Bueno... por lo menos tenemos el nuestro.

Una tormenta cayó sobre la provincia. El soplo del viento en las hojas producía misteriosos lamentos, silbidos y gritos que solo la noche entendía. Y en medio de esos ruidos infernales de dolor y de protesta, de leyenda y de cansancio, parecía llegar a los oídos toda la

carga enorme que desde Egipto venía arrastrando un continente primero y el mundo después.

—¿Por qué te molesta tanto verla de blanco, mamá, si era un entierro? Era el entierro de su hija: no iba a ir de rojo.

—Pues no... nada de eso. Lo que pasa es que usted es joven y no sabe lo que es esa mujer. Es puta. La hija, por ejemplo, no se parece en nada a Cornelio: salió demasiado paña para ser hija de él.

—Pero si ella dice que la cosa con el señor Sánchez...

—No, si además de puta es lista. Sabe inventar historias. Como eso de que se escapó del barco. A esa mujer la trajo aquí Sánchez, valiéndose de su influencia con el gobernador. Pero eso se lo pueden creer los que no saben la verdad o los tontos.

—Pero inclusive la señora Been Brown...

—Esa es una idiota. Esa vieja no sabe ni en dónde tiene los pies.

—Pero mamá, ¿entonces?

—¿Querés saber la verdad? A mí nada me cuesta decirte la verdad, si me prometés cerrar el pico y no andar diciendo lo que no debe decirse, porque no quiero que te dañen. Vos sabés que esa vieja sabe mucho de obeah.

—Sí... me gustaría saber la verdad.

—Pues es muy fácil —cómo llueve— esa historia, la de la fuga del barco y todo eso, la inventó ella para disimular, para tener algo que contarle a sus hijos y los nietos que según ella iba a tener. Pero ya ves, (deberías taparte con una suéter porque está soplando mucho viento), la descendencia se paró allí. Se paró allí porque Dios es muy grande y sabe lo que hace. Te decía que a

esa la recogieron en Jamaica de las calles y se la mandaron a don —un rayo partió la palabra don en millones de fracciones— ¡uy! qué rayo, y cayó cerca... (el trueno borró el final de la frase). La tuvo en su casa y la muy taimada le fue gastando la plata del paña y él la fue gastando a ella y cuando ya estaba seca, cuando... (otro trueno esta vez, hizo vibrar a todo el pueblo. Con el pueblo vibró también la conciencia del pueblo) se fue quedando sin un centavo, y entonces lo dejó. "Yo soy la resurrección y la Vida —dijo el pastor— El que cree en mí vivirá para siempre."

El rayo iluminaba el fondo del río y se espantaban los peces. La turbulencia del agua llenaba los corazones de un indefinible apremio. Una ansiedad tan honda como la ansiedad de los que viven y creen en mí no morirán para siempre.

Ecos del pueblo en los rumores del viento y en el viento, gritos de voces extinguidas desde las remotidades sin recuerdo.

Otro rayo, otro trueno y la casa vibró de nuevo.

—No me está gustando nada esto, hija. Y tan pedante que es esa vieja, ¡quién la ve así! Por última vez ponete la suéter.

"Yo soy la resurrección y la vida."

—Era una chiquilla de calle y vino aquí a lanzarse en manos de ese paña. Y él, claro, me lo imagino furioso cuando se dio cuenta que no era una niña.

—¿Era o no era una niña?

—Camino viejo— dijo la madre en el momento en que el viento abría la ventana violentamente.

"Sé que mi **pastor vive y estará** conmigo en el último día."

Esta vez el rayo cayó tan cerca que la señora se puso de rodillas. El trueno la halló de hinojos ante el Señor.

"Aunque la carne haya regresado al polvo, aún veré a Dios."

Entonces un súbito silencio llenó la noche, los gritos cesaron, los lamentos de los siglos parecían definitivamente agotados. El mundo en inexplicable éxtasis las miraba allí, a las dos mujeres, y el mundo guardaba silencio.

La vieja se levantó, un tanto avergonzada y recogiendo sus anteojos que se habían caído se los puso de nuevo. Después, alcanzando los fósforos en la oscuridad le fue devolviendo la lumbre al cuarto. La lámpara tenía un brillo taciturno, dubitativo.

"Pero las almas de los justos están en manos de Dios —dijo el pastor— y no les alcanzará tormento alguno."

La lluvia volvió a poblar la noche de gritos de campo (esto no me está gustando para nada) y la otra mujer, más joven, se dio cuenta al fin de la posición dolorosa en que había mantenido los pies y estirándolos mientras hacía una mueca de alivio, se concentró en la luz vacilante que marcaba las formas del cuarto; vio en el rostro de la vieja el rostro de Sitaira y un frío doloroso la redujo al más definitivo hermetismo.

Era Sitaira. Era ella misma. Era ella, un tanto más vieja, con una angustia inusitada en su rostro y el pelo en desorden, pero era ella.

"Pero las **almas de los justos** están en manos del Altísimo y no les sobrevendrá tormento alguno."

Abrió la boca para protestar, porque no era posible. Sitaira estaba muerta: ella los había visto a los hombres y mujeres del pueblo reunidos en torno a su fosa, bajar la caja ágilmente y después, tras las palabras del pastor la fueron cubriendo de tierra. Y además sabía que era Sitaira la que estaba en la caja, porque la vio, toda deformada y mal oliente cuando la encontraron y la trajeron al pueblo para que la madre se ocupara de ella, de sepultarla y todo eso; la había visto hinchada, deformada, pero era Sitaira.

Murió por haber querido monopolizar a los hombres del pueblo. Murió porque mientras siguiese viva, ninguna de las otras podían tener ni siquiera a su propio hombre.

Ni las casadas, ni las solteras. Por eso era necesaria su muerte, y dicho y hecho, para que muriera como las puerkas la muy taimada.

De modo que esa que fue apareciendo sobre el rostro de la otra mujer no era Sitaira, estaba segura.

"Levantó los ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del señor que hizo el cielo y la tierra."

—Pero ya ves —estaba diciendo la otra mujer— Dios castiga siempre. Primero se le muere el hijo, que por cierto era como ella, un perfecto picaflor. Andaba con todas. Y se encontró la muerte en la forma más idiota que uno puede imaginarse. Y ahora se le muere la hija también. **Castigo del Señor, ¿no le parece?**

La lluvia había empezado a amainar. Las goteras que desde el techo aumentaban la humedad del cuarto fueron

siendo menos. Todo eso, en la medida en que ellas charlaban.

La noche cayó en un abismo profundo y el olor a tempero le devolvió a la lámpara el brillo estable que solía tener. Eso, mientras las dos charlaban.

—¿No te parece? ¿Qué te pasa?

La vieja no repitió la pregunta pero dijo unas palabras apenas audibles sobre lo raros que eran los muchachos de hoy que no respetan a sus mayores, y se quedaban como perdidos mientras conversan, mirando las profundidades de la nada.

II

—Y ahora hermanos —dijo el pastor— pueden sentarse. Los congregados se sentaron.

—Extrañas cosas han estado sucediendo en nuestro pueblo en estos días.

La señora Been Brown espantó una mosca que estaba reposando sobre su blanco vestido. La mosca voió hacia la boca de un niño que dormitaba en la banca contigua.

—No hay duda de que estamos llegando a los días finales. En cualquier momento podemos esperar el sonar de las trompetas y debemos estar preparados. El gran día se acerca y no tienen más que ver la forma en que el mundo está corrompiéndose para comprenderlo.

—Aleluya —dijo una voz desde las bancas— aleluya.

—Aleluya —dijo el pastor— la trompeta anuncia la luz, gloria al señor.

—Aleluya . . .

—Gloria al Señor que da la paz que el mundo no puede dar.

—Aleluya . .

—La paz que buscamos en este pueblo.

La mosca dejó la boca del niño y describiendo un elipse se detuvo en el aire durante breves segundos y regresó triunfante a la boca del niño.

—La paz de este pueblo ha sido alterada por personas que ni siquiera son de aquí. Personas que han venido con sus ideas cargadas de veneno, a mancillar la paz, a manchar el buen nombre de las personas, a predicar el odio y no el amor.

La señora Been se abanicaba en su banca con su abanico blanco.

—Negros, que hablan de devolverle la dignidad al hombre negro, y que vienen aquí a confesar el odio que siempre han sentido contra la sociedad, y no se conforman con eso, predicán ese odio, olvidando que Dios nos hizo a todos y no hay por qué ir contra nadie.

La señora Been se abanicaba con su abanico blanco y la luz del día se teñía de oscuro al penetrar en el templo y todo estaba cargado de un violento talvez.

—Anoche estuve oyendo una charla de esos que siguen a Garvey. Esos locos que pretenden que volvamos al Africa, a la barbarie, al paganismo. Estaban hablando de la huelga que tengo entendido, afecta los intereses de un prominente miembro de esta Iglesia, y yo esperaba oír de parte de ellos alguna manifestación de solidaridad, alguna inclinación hacia la justicia. Yo me dije que aunque equivocados, tienen buenas intenciones. Pero no: todo lo que

oí fue de grandes imperios africanos que solo en la mente de ellos existen, y del derecho que tienen los pueblos a resistir la opresión, y sobre todo, el derecho que tienen los negros a resistir la opresión por cualquier medio que consideren adecuado.

Yo les pregunto: ¿es eso cristianismo? El Espíritu responde por mí... ¡aleluya!

—Aleluya...

—Yo digo que aquí todos nos conocemos, que somos negros, que no debemos estar negros contra negros, que cada cual sabe muy bien cuál es su lugar y debe mantenerse en él, y comportarnos en todo momento como hijos de Dios.

—Sí Jesús, ven pronto...

La señora Been se seguía abanicando. Por la ventana de la Iglesia vio la casa del pastor: y pensó que necesitaba una mano de pintura y se dijo que hablaría con el señor Brown sobre el asunto.

—Y aquí, nadie está contra las personas responsables, contra los hombres de bien, contra un cristiano que no falta al culto ningún domingo, que no come sin invocar el nombre de Dios, que paga puntualmente su diezmo y ha educado y mantenido a su familia en forma digna, y es un ejemplo para esta comunidad, que nos demuestra hasta dónde pueden llegar los negros, cuando se saben comportar y mantenerse en su lugar.

Un súbito silencio llenó el templo mientras la mosca levantaba vuelo por la ventana y se perdía en la luz intensa del día. Entonces el pastor, mirando a la señora Been que se abanicaba, dijo con voz mística "oremos" y toda la congregación inclinó su frente como un solo hombre.

III

El Jefe Político descabalgó y entrando a la casa con sumo cuidado se quedó mirando a la muchacha en silencio durante varios segundos, preso de indomables escalofríos que corrían por la espina dorsal; luego, quitándose el sombrero, le entregó a la señora Mantle su sombrero de pita del que por cierto se sentía sumamente orgulloso.

—(Esa noche, cuando llegó a su casa su mujer le preguntó qué le pasaba).

La muchacha estaba allí con los ojos abiertos, presa de un pánico ciego, como si alguna luz potente le hubiera suprimido la facultad de interpretar las señales de la luz.

(El dijo que había presenciado un caso de obeah y la mujer dijo que no podía ser eso).

—Señora, perdone ... pero ¿cómo fue la cosa?

—Estaba lloviendo ... fue anoche con la lluvia y estábamos hablando ...

—¿La lluvia?

(Eso es, respondió él: no tengo la menor duda. ¿Qué otra cosa podía ser, decime vos?).

La señora Mantle se quedó pensativa como si evocar los detalles fuese todo un suplicio. Se hizo viento en la cara con su abanico, cual si fuera necesario ganar tiempo.

—Estábamos las dos sentadas hablando, señor, y de pronto se quedó callada.

—Pero ...

—Así no más ... fue así no más ...

(Pero es que yo he visto casos de hinchazón de pierna y cosas así, pero que se quedara de pronto ciega: no puedo

creer eso).

—Yo tengo que reportar esto —dijo él— así que me tiene que decir cómo fue la cosa.

La señora Mantle volvió a quedarse callada. Después de todo, los paños eran atrevidos. Ella era ciudadana británica y él no tenía que reportar nada. Pero no dijo nada, porque al fin y al cabo él estaba revestido de autoridad y tenía machete al cinto.

—Ya le expliqué señor: estábamos las dos sentadas hablando cuando la tormenta anoche y de pronto se quedó así.

—No entiendo nada —dijo su mujer esa noche— estas cosas no pasan así.

Él mordió su puro, lanzando la cuecha al rincón.

La mujer estaba de pie delante de él, mirándole. Prendió el puro llenando de aroma de tabaco todo el aposento. Tosió.

—Carmen— dijo con una voz que de inmediato la hizo centrar toda su atención en la conversación. Tal entonación era la que él empleaba para pronunciar las palabras importantes de la vida, como "muerte" como "nació", y de vez en cuando en alguna tarde salpicada de primavera, decir "me seguís gustando Carmen, a pesar de los años".

—Carmen... la niña está ciega y paralítica.

De la garganta de Carmen se escapó un sonido que era a la vez dolor y asombro, guerra y paz.

—Yo tengo que reportar eso y no sé qué decir.

En el rostro del Jefe Político Carmen adivinó la perplejidad total, desplegada como un manto sobre su frente y su ojo.

—Si hubiera dormido con la ventana abierta yo hu-

biera dicho que fue la luna. Pero anoche ni siquiera hubo luna. Estaban las dos conversando y de pronto la muchacha se quedó así.

—Tuvo que haber sido el rayo . . .

—¡Mujer! Sos necia . . . un momento . . . ¿creés que pudo haber sido?

—Sí . . . yo creo que fue el rayo.

—Entonces el gobernador me creerá si pongo que fue el rayo.

La mujer le sirvió un plato de olla de carne, y mientras comía oyó el canto de una lechuza que sobrevolaba el pueblo con su anuncio de muerte. "Chile y sal a tus nalgas" dijo, emulando la expresión de los negros.

—Tuvo que haber sido el rayo— dijo de nuevo mientras mordía un trozo de carne. Ella se sentó a su lado y se puso a acomodarle el pelo.

—¿No vas a comer vos?— preguntó él.

—Ya comí.

—Esa familia es toda rara. Me estaba contando el señor Brown que el señor Mantle volvió a Jamaica y dio una fiesta para el gobernador y no sé quién más le dijo al conserje que no dejara entrar negros y llegó de último y no lo dejaron entrar a él porque era negro.

La mujer no se rio como esperaba él, pero dijo que estaba bueno.

IV

A media noche lo despertaron y estaba molesto porque uno ya no puede dormir tranquilo en este país y porque

la verdad es que **es muy sabroso el** sueño que se siente después de que uno se ha tomado una buena olla de carne y se haya acostado en su mujer y además, condenada mujer que sale en cueros al corredor.

Pero al fin entendió que lo buscaba el señor Brown, y recobrando la sobriedad de prisa, fue hacia el corredor.

—Señor Brown... ¿en qué lo puedo servir?

Cruzaron el pueblo que dormía ya bajo el peso de tanta labor, y llegando a la casa del señor Brown, entraron. nunca había pasado del corredor, ni aun cuando el pagador o el superintendente de la Compañía visitaba el pueblo; ni cuando vino el secretario del gobernador a convocarlo a una reunión en Limón. Y ahora...

(Carajo mujer —le dijo a Carmen a su regreso— ¡como que la muerte nos nivela a todos!), estaba entrando a la casa del señor Brown que además lo invitaba a sentarse en aquellas sillas acolchadas que él no había visto nunca.

Se sentó con miedo, y a pesar del sudor que corría por su rostro, estaba temblando de frío.

El anfitrión lo colmaba de atenciones: un puro que tenía un aroma extravagante, diferente a todos los que había fumado en su vida; un líquido blanco que semejaba guaro pero que tenía un sabor muy diferente, maní, con la cantidad exacta de sal ya incorporada, sin cáscaras molestas, gruesos, listo para ser consumido; lumbre para el puro y un cenicero

(Y es que se tienen ciertas vainas entre ellos que yo no entiendo. Como que respetan más al de piel más clara y no les gusta la nariz ancha para nada. Yo no sé qué será eso, pero el de piel más clara casi siempre tiene dinero o por lo menos vive mejor y se lleva bien con el

gringo. Tienen más escuela y todo, y saben leer inglés muy bien y rapidito, yo los he visto, y hasta hablan bien el español, y hablan el inglés exactamente igual que Sell, el pagador).

Carmen que se había levantado a prepararle un café, atizaba el fogón desesperadamente.

—Es lo mismo que nosotros— dijo.

—¿Cómo?

—Que es lo mismo que nosotros: nos gusta más el de pelo rubio. Y el de pelo rubio casi siempre es más blanquito y tiene dinero. Por lo menos, más blanco que vos y yo.

(El Jefe Político no supo qué decir).

—Lo he llamado para hablar sobre las cosas que han estado pasando aquí.

—Sí señor...

—Yo me llevaba muy bien con mis trabajadores.

—Sí señor... me consta...

—Tuvimos que despedir a uno de ellos... a López, porque estaba tuberculoso...

—Sí señor... eso me contaron...

—Podía contaminar a los demás trabajadores. Por eso lo despedimos. Fuimos justos: le pagamos el salario que le debíamos y le dimos los pases para Alajuela.

—Eso está muy bien, ojalá que todos los patronos fueran como usted.

—Gracias... pero no todos piensan como usted. Ese muchacho Pedro... entiendo que es pariente o amigo de López y se encargó de hablar con los trabajadores... envenenarlos contra mí. Quieren que yo le pague un médico a López...

—Piden mucho . . .

—¿Adónde iría a parar si tuviera que pagarles médico a todos mis trabajadores?

El Jefe Político, sí, quería un poco más de brandy antes de seguir charlando.

—Perdone que lo he llamado a estas horas . . . pero no podía dormir . . . Pedro es comunista . . .

¿Comunista?

El Jefe Político había oído esa palabra en alguna parte, pero no estaba seguro de su significado. Pero tenía frente a sus ojos la parte del conflicto que estaba a su alcance y le parecía justo lo que el señor Brown sostenía.

Un hombre honesto. Sí, era un hombre honesto. Nunca se le veía borracho por las calles, pues tenía la decencia de tomarse sus tragos en la casa; el señor Brown era un hombre honesto.

Un hombre honesto. Había contribuido para reparar el techo de la escuela de inglés que mantenía la parroquia protestante y el día de acción de gracias, el primero de agosto, día de la cosecha, cuando los negros llevaban toda clase de regalos a la Iglesia, el señor Brown regalaba una vaca. Todos los años hacía lo mismo.

Además era un buen patrono. Sin ser católico había consentido en pagar el valor de la estadía del sacerdote católico una vez al mes, para que le trajera la misa a los que no eran protestantes. Una cosa así se agradece de un patrono, que se preocupa de la parte espiritual de sus empleados. Y todos los años para navidad les regalaba a los peones de su finca dos garrafas de guaro y una marqueta de hielo, y a la fiesta que tenía en su casa iba Benigno y

su mujer y todos los que tenían puestos de mando, no sólo en su finca sino en las fincas vecinas.

No necesitaba el Jefe Político conocer el origen ni el significado de palabras extrañas, para saber que el señor Brown era un buen patrono. Le había pagado el salario completo a López, después de todo, y todavía le había dado veinte pesos.

Hubiera querido no ser Jefe Político sino un trabajador de aquella finca, para hablarles de igual a igual a los hombres, para hacerles ver que cometían una injusticia con su actitud.

Pero no era trabajador de la finca del señor Brown. Era el responsable de la ley, del orden, y el señor Brown podía en ese sentido, confiar en él.

Otro puro para el Jefe Político que dijo se llevaría para fumarlo más tarde.

—Tengo informes de que este muchacho trabajaba en las fincas bananeras cuando lo del 34. ¿No es eso suficiente prueba?

—Señor ... yo no he dudado de sus palabras ...

—Luego ... mató a Sitaira ...

—¡Jesús!— gritó el Jefe Político y una gota de licor obstruyó la vía respiratoria por un momento. Una repentina sacudida de tos lo fue domeñando, hasta que a sus ojos asomaron lágrimas.

—Tome más brandy —dijo el señor Brown— eso le hará bien.

—Pero señor Brown, ¿fue él?

—Sí ... la muchacha quiso romper con él para casarse con Cató ... con mi hijo Cató ... Por eso la mató primero a ella y ahora a mi hijo ...

El Jefe Político se puso de pie desenfundando su cutacha . Fue un gesto ridículo, inútil.

—Cálmese . . . el muchacho no se murió . . . lo sacaron a tiempo . . .

—¿Lo estaban ahogando también?

—Una bala . . . lo balearon en el río.

Sí, el Jefe Político quería otro trago. Algo grave estaba pasando y sospechaba que el natural desenlace era la pérdida de su trabajo. De todos modos, don León era un hombre bravo, muy exigente, según oía decir, y peligraba su puesto.

Pero no se habían acabado sus sorpresas.

—Y él fue el que le hizo daño a la hija de la señora Mantle . . .

—Pero, ¿cómo pudo haberle hecho eso a la muchacha?

—Eso fue con obeah.

(Y eso del obeah, ¿es cierto? —insistió Carmen después— a mí me parecía que era el rayo).

Sí, el Jefe Político necesitaba más brandy. En el cuarto contiguo oyó a la señora Brown quejándose de un maldito dolor de espalda que la aquejaba.

—Ha tenido que cuidar al muchacho —dijo el señor Brown— y eso cansa. A su edad.

Sí, quería un traguito más, porque la noche avanzaba y Pedro era culpable de todo y eso aclaraba muchas cosas. Sí, tomaría otro trago y era mejor el guaro que usted llama brandy al nuestro y ustedes los ingleses tienen buen gusto.

El señor Brown abrió la ventana para que penetrara el aire fresco de la noche. Una nube, frente a la luna, cobraba formas ignotas. Luego, volviéndose hacia el preocupado funcionario se cubrió la cara con ambas manos.

—Pedro es pariente de López...

—Pero... Pedro es negro y...

—López vivió un tiempo con la mamá de Pedro.

El Jefe Político respiró en medio de una plena lucidez. Temía cometer una injusticia, pero ahora quedaba claro: era una vulgar venganza.

Pero la noche avanzaba y el brandy poblaba sus venas y no encontraba el resto de la historia.

—Celos... envidia y venganza... eso es todo.

(Más tarde, después de tomar el café preparado por Carmen, tuvo que vacilar cuando su mujer le preguntó si estaba completamente seguro).

—Tené cuidado, por la Virgen Santísima: vea que ese muchacho se veía tan... tan... y además lo de la huelga... quiero decir, el reclamo que él hizo no es nada, a mí me parece justo.

—Ese muchacho es de esos de Garvey que quieren un país nuevo.

—¿Un país nuevo?

—Sí: parece que ya no les basta Jamaica. Es peligroso. Es mal bicho.

Escupió y acomodando el puro entre sus labios se montó al caballo.

—De todos modos tené cuidado...

—No te preocupés, mujer, yo sé lo que hago.

Y la noche cedía su lugar al día cuando el Jefe Político salió de su patio, rumbo al centro del pueblo.

Temprano, Cornelio Kenton buscó su sitio acostumbrado en el frontispicio de la casa, con la esperanza de ver el amanecer. Miraba con todas sus fuerzas y lo único que lograba distinguir era el tenebroso pasado que se dete-

nía en un momento de su vida, lo tenía aprisionado allí sin que pudiera recuperarse de él siquiera; cautivo más allá de ese momento estaba el pensamiento mismo.

Ululaba en su torno una gran quietud. Su mujer no estaba, y eso le resultaba evidente. Sitaira tampoco, que se marchó sin despedirse. Solo Cuminá, ululando en su torno con terquedad, como el mismo silencio de Dios.

Abandonó su casa para abordar el motocar como todas las mañanas, con la alegría de estar vivo capturado en sus ojos y en su voz. Gotas de lluvia con la fresca invocación de la mañana, que golpeaban los parabrisas. Los hombres estaban todos de buen humor y Cornelio convertía el sonido fresco de riel mojado en recuerdos, ora próximos, ora en fuga, que cavaban en su mente oquedades de tiempo.

A ambos lados de la vía, frescos también en la penumbra de la mañana, ondeaban las hojas y las ramas del cacaotal, insinuando apenas las brillantes policromías que al transcurrir de las horas desafiarían incluso la brillantez de los celajes. Más allá de las primeras hileras arbóreas se adivinaban primero las fincas de los precaristas y arrendatarios de las tierras de la Compañía Bananera; luego, como una gigantesca mancha verde las vastas fincas bananeras, con su olor a vástago, sudor de hombres y esperanzas moribundas.

Más allá de los banales seguían las tierras de reserva de la Compañía Bananera, y aún más allá, hacia la montaña indómita, las tierras inalcanzadas por los afro-caribes y latinos: la tierra del bri-bri Sebastián.

Más acá de las primeras hileras estaban los pequeños matorrales, las piedras, el barro y los polines y rieles de la Northern Railway Company, que se hundían debajo

del motocar para surgir más atrás y alejarse a cuarenta kilómetros por hora.

Cornelio Kenton conocía muy bien esa vida de banana y cacao, de ferrocarril y de llenas, de serpientes y de barro. Había visto a sus compañeros morirse delirando de fiebre; los había contemplado debatiéndose entre la vida y la muerte, su sangre envenenada por la serpiente; sus cuerpos secos o hinchados por enfermedades que nadie pudo diagnosticar.

Cruzaban por su mente recuerdos gratuitos, mientras respiraba el aire de la mañana. Recuerdos que lo definían en unidad indisoluble con el campo: hombre banano, hombre cacao; hombre sin esperanzas prolongadas y sin tiempo.

Entre la penumbra matutina le faltó de pronto el puente. Los frenos respondieron y el metal rompió a llorar, llenando los pechos de una repentina ansiedad. Todos los demás viajeros saltaron. Solo Cornelio siguió aferrado a los frenos, hasta que oyó un millón de ruidos en su cabeza; figurillas indefinibles brotaron en el ojo; un dolor agudo hizo trizas los sentidos, y un extraño nubarrón cubrió el ojo.

Antes de olvidarlo todo, Cornelio Kenton sintió en sus labios un extraño sabor a sal mojada.

CAPITULO OCHO

I

—Cuenta tu historia Pedro, mientras caminas; cuenta mientras vas pensando en Sitaira, cargando tu cansancio como un secreto.

Pedro camina. Qué puta vida, camina. Ecos de su propia voz pueblan su oído, camina.

Dolorosamente. Pensando en Sitaira, en su madre, en Matías López, en los trabajadores de la finca de Brown, camina. El paladar seco, el sudor frío, resbaladizo, molesto.

Maldito zopilote, camina. Con tu tormenta que no es ni alegría ni remordimiento, ni pena ni gozo, y es martirio.

—Podrías gritar, Pedro, sacar de tu entraña un chillido de cerdo, destemplado y demoníaco, como una amenaza o maldición.

Ella venía hacia él, tratando de taparse con las manos, y él, con los ojos apenas entreabiertos la miraba; pasó, haciendo el menor ruido posible, esquivando las hojas secas, en fuga hacia el cacaotal.

Maldita vida, Pedro camina. Cuando la había encon-

trado, cuando creyó hallar al fin el nivel apropiado del agua, Pedro camina.

—Carajo que la vida es frágil entre la selva, Pedro, y llena de recuerdos dolorosos.

Piensa que la vida transcurre y camina. Historias de la selva lo golpean, mientras carga la vieja escopeta de la señora Mariot ("Es de Cornelio... él no la necesita"), la señora Mariot a la orilla del fogón mientras camina, y el calor es tanto, y la muerte fácil.

—Talvez si le hicieras caso a la señora Mariot. Si te fueras a Panamá por un tiempo. Esa podría ser la solución, y tienes que decidirlo pronto para no girar en círculos.

Lento como el tiempo se vuelve denso. Denso como la vida misma, camina pensando en Sitaira que cabalga en el viento. Desde el fondo de su ser la había estado buscando, y ahora era suya. Era el sueño de toda la vida. Por eso se lo arrebataron.

Siente la ausencia de la señora Mariot, que ha volcado en él su ternura de madre.

—Nada podés hacer ahora frente a estos buitres...

—Tengo que dar la cara...

—Es inútil, Pedro, te lo estoy diciendo.

—Si huyo los compañeros van a pensar que soy un cobarde.

Si huyes pueden pensar que eres un cobarde, Pedro; si te quedas estarás diez años o más prisionero, pudriéndote inútilmente entre paredes de cemento. Pero cuenta, cuenta tu historia mientras caminas, para que sientas vibrar en tus venas la alegría de contarla. Matías López no está muriendo en alguna parte, víctima de la selva, y los veinte

pesos y su salario se habrán quedado en alguna cantina donde talvez habrá quedado también otra gota de su dignidad vencida. Cornelio está sobre su silla, vegetando, y a lo mejor no sabe que se ha quedado solo, sin los hijos, sin la señora Mariot que muere con su hija, que arde en su deseo de venganza. Los trabajadores de la finca pronto van a negociar, poniendo como única condición que no los despidan, o quizás no, quizás lucharán hasta la victoria final.

—Nada hacés con quedarte aquí de héroe. Andá a Panamá... quedate un tiempo y luego venís.

—¿Volver aquí?

—La finca es tuya...

Te hace falta la señora Mariot; verla bebiendo de la botella en la misma forma en que lo hubiera hecho Cornelio o Matías López; explicándote que la vida es una rueda que gira ;a la orilla del fogón sancochando el plátano verde, preparando el aceite de coco para el aderezo; soplando la ceniza; acariciando el pelo canoso de Cornelio; lavando sobre la piedra grande en la acequia que corre por el traspatio; mirando la lluvia por la ventana; ella, la señora Mariot, te hace tanta falta como Sitaira y te hace falta Cornelio, inútil ahora, potente antaño, en ese tiempo de marras que imaginabas mientras oías los relatos de la señora Mariot.

—Pedro sería bueno que dejaras un hijo en el pueblo, para recordarte cuando te vayas.

Mi cuerpo se ha ido atrofiando, Pedro, sin que pasara por mi mente, advertencia alguna. Me he ido cargando del pecado de la espera, que aturde, que mortifica, que nos arrebatara la misma alegría de ser.

Los huesos atrofiados poco a poco, la agilidad secán-

dose, y tú, joven, poderoso, me arrebatas el último vigor que pervive, entre tu cuerpo y la hierba mi pudor se acaba.

¡Si el río pudiera seguir así, eternamente desbordado, siempre abierto a la vida y al sueño!

¡Si pudiera, a mis años, recoger ordenadamente la madeja, tener de nuevo la carrucha, empezar contigo a subir la cuesta!

Yo sé que la noche viene, Pedro, sé que la noche viene y te vas irreparablemente.

Cornelio se queda. Sitaira se queda también, como junto a mí se ha ido quedando Leonardo, y mi madre, y mi padre...

Mis pesares se quedan, mis soledades, mis noches de frío, mis horas de pesadillas que no me atreveré a contar después. Mis espectros, los dopíes que entran a mi cuarto por las noches, para velar conmigo mientras lloro apasionadamente mi ausencia de lágrimas, y la vida transcurre en un silencio inicuo.

Yo quiero escuchar tu voz en mis oídos cada mañana. Nada más pido. No te pido calores de fuego ardiente donde disipar el frío. No te pido jocote maduro para endulzar mi sangre amarga. No te pido trozos de tu juventud para mi vejez prematura. Eso me lo has dado ya. Pido tu presencia, Pedro. Quiero verte, con tu mujer que en mala hora no es Sitaira, con tus hijos corriendo por el patio.

Eso es lo que quería decirte, quizás no lo has entendido. Hace mucho que me he ido marchitando junto a Cornelio. Junto a Cornelio que fue el más hombre de este pueblo.

Sí, era el más hombre de este pueblo, porque Cornelio era mi hombre. Padre de mis hijos, forjador del fu-

turo, heredero del samamfo.

Y yo esperaba, Pedro, más que el agridulce sabor de esta entrega, tenía la esperanza de verlo morir ya viejo, para pasar sobre su cuerpo el cuerpo viviente de sus nietos, para que heredaran de él la gloria del samamfo.

—Su beso no tenía la frescura de Sitaira, pero sí el mismo calor. Te acordarás de ella, de sus convulsiones, de la alegría de su entrega, de su fanática fidelidad al samamfo, y del espasmo final seguido por un leve comentario:

—Ya una está vieja, pero talvez... talvez...

Pedro camina. Huyendo de su propia sombra, camina. Denso como la lentitud misma y en los ecos del camino, voces que rielan más allá del olor a zacate fresco. Voces de Kingston. Voces de Spanish Town. Voces ocultas en las venas. Voces de Belize. Voces huyendo. Voces buscando. Voces de la señora Mariot... una está vieja... Y Sitaira... Sitaira en el viento. Sitaira en el agua. Piel contra piel, Sitaira.

II

Huyendo de su propia sombra, reptar. La vida de un hombre está cargada de pesadumbres. Naves quemadas a lo largo del camino; nuevas naves construidas sobre las ruinas del pasado y abandonadas después; un hombre empieza todo y termina casi nada; un hombre clava sus ojos en el día con todo el cariño brotando de sus entrañas, y el día se altera, y la fascinación marcha; un hombre mira el atardecer, contempla extasiado los tonos imposibles que se esparcen en el cielo, abre su boca sobrecogido por el

inenarrable fulgor que empequeñece, y la noche llega porque nadie puede detenerla; una mujer abre su mano en el pan, en la caricia, en el ensueño, y la mano se marchita en la misma mitad del beso; una mujer puebla de cuando en vez su vida de ideales y la vida deviene indiferente a todo; un niño abre sus ojos al mundo, a la flor, y la flor se marchita y pasa.

—Hay orden de captura, Pérez.

—Puede que sí, pero no fue él.

—¿Cómo lo sabés?

—Eran amantes. ¿Cómo va a creer que uno mata a su mujer porque ella lo trata bien a uno?

—Parece que ella había conversado con el señor Brown, y quedaron en que rompería el noviazgo con Pedro para casarse con Cató.

—Tonterías... habladurías de la gente. Yo conozco a esa negrita desde que llegué aquí. Dormí en casa de ellos mientras construí mi rancho y no me cobraron nada. La chiquilla se me pegó desde entonces, y el hermano también. Yo se lo que te digo: esa mujer no se vende.

—De todos modos acusan a Pedro de matarla y eso no es todo...

—¿Cómo, no es todo?

—No: también dicen que trató de matar a Cató. Según parece el muchacho está baleado y cayó al río o lo echaron al río.

—Eso es pura... Yo lo vi cuando venía del río y el idiota no tenía nada. No tenía absolutamente nada. Pedro es bueno para el tiro: si lo iba a matar no hubiera fallado.

—Pero, vos mismo has dicho aquí en esta cantina que pudo haber sido Cató quien liquidó a Sitaira... Si eso es

así, entonces sí puede ser que Pedro se diera cuenta y entonces...

—¡Entonces mi abuela! Lo hubiera matado, y lo hubiera hecho frente a todo el mundo.

—Vos crees mucho en esos negros. Yo no creo en ningún chumeco.

—Todo viene por la huelga...

—Bueno... eso también: lo acusan de... ¿de qué? Esperate a ver... de instigación o algo así. Por andar metiendo carbón.

—El muchacho era un demonio: a nosotros nos tocó abrir la fosa y lo decíamos: no fue al entierro. ¿Cómo iba a ir al entierro? Él mató a Sitaira. Intentó matar a Cató. Estaba envenenando la mente de los trabajadores de Brown, que no es un mal hombre, y eso todos lo sabemos. El hecho de que despidiera a López no justifica: para eso es el dueño de la finca. ¿O qué quería, que se hiciera cargo de todos los que se van jodiendo? Uno es libre, para eso es que sirve la libertad: uno se jode solo, es riesgo de uno.

—Yo no estoy de acuerdo con eso: yo creo que Pedro tiene razón. Y además, no hay derecho que después de que uno ha cagado amarillo por un carajo de estos, le den a uno veinte pesos. ¡Jueputa, no hay derecho!

—Vos callate, chumeca, o te echamos del país. Que vaya a Jamaica a joder.

—No molestar al cliente —dijo el chino— aquí todos vienen a comprar en paz.

—Vos te callás también chino hediondo. Yo no sé por qué hay tantos extranjeros aquí. Y vienen a meter ideas en la cabeza de la gente pacífica. ¡Por la gran puta!

—El negro y el chino se saben defender solos —dijo

Pérez— pero los estás insultando y no quiero que tengan la impresión de que todos los ticos somos así. De modo que te callás o te rajo el gznate, pedazo de hijueputa.

—Andá callá a tu madre— dijo el otro, pero estaba llegando el Jefe Político y los hombres guardaron silencio.

El Jefe Político entró a la cantina y se sentó en una banca de madera que adornaba el rincón.

—Hoy viene una persona importante en el tren —dijo— y quiero orden en este pueblo.

Los hombres se miraron unos a otros y se echaron a reír.

Huyendo de su propia sombra, Pedro repta. Su sombra y sus fantasmas, sus recuerdos infantiles, el peso de una historia que no tenía lógica, los ritos secretos de sus antepasados, los espíritus del samamfo, y los sueños de su ascendencia con sus olores profanos en los olores del cedro y del madero negro, en la espesura del barro y el murmullo de la casa, en la omnipresente sonrisa de la abuela.

Tenía los años nuevos en que la conciencia despierta; el fresco agradable del rocío habita en la piel y trae consigo los fantasmas que acosan días y noches enteras con sus mensajes y sus retos.

Mamá Bull vino a su encuentro en la profunda espesura de la noche. Le hizo una señal que él ni siquiera intentó entender, y caminando despacio lo condujo, taciturno, hacia su puesto. Luego fue directamente al altar y los tambores empezaron a intensificar su ritmo a golpe de sangre.

Pedro se situó precisamente en su sitio, en aquel círculo de adeptos en torno al fuego. Las mujeres de

blanco, los hombres de negro. A lo lejos el cielo rompía en canto, bajo la asombrosa influencia de la luna llena.

Él, obnubilado por el hechizo, se limitaba a mirarlos, resistiendo con todas sus fuerzas el movimiento de los cuerpos en círculo, las palmas increscendo, el canto, la palabra repentina e indisputable de Mamá Bull que vuela hacia el confín sin que nadie pudiera detenerla.

Pero una inesperada ola de espasmos invadió el cuerpo de Pedro y comenzó a balancearse igual que todos, sudando, sus ojos perdidos en el infinito, su mano agitándose en el viento; (Un grito ciega la noche y completa el hechizo y la señora Mariot se aferra al brazo de su marido y se revuelca en la cama y ruega por Pedro para que el Señor lo proteja donde quiera se halle), y Pedro estaba jadeando incontrolablemente, entre frío y calor, la palidez del rostro de la señora Mariot lo atormentaba, y los ecos de Sitaira, y el brillo de la piel de Mamá Bull.

Cuminá se encarnó en él para bailar junto a la grey. Nada le fue menester en esos momentos. Recuperado, él mismo Cuminá, tambores yorubas en la noche, misterios lejanos que emanaban del samamfo.

Cuminá en las historias de patrias lejanas y desconocidas; en sus ansias guerreras, Cuminá; en los mitos de su mundo, del mundo de todos los mundos, Cuminá.

Su madre no creía en Cuminá.

—Deje de andar con esos cuentos tontos. Son inventos.

—Pero mamá, el gran maestro...

—No existe nada de eso. No hay nada que se llame Ghana; no hubo un reino de oro llamado Mali, ni hubo ningún rey llamado Sumangurú. Son leyendas, inventos.

Pero Cuminá le decía que la vida era eterna, que la

rueda gira, que los señores del samamfo vuelven siempre, que todo el universo es eterno. Cuminá le hablaba de todo eso.

—Ahora mismo te vas a poner a leer la Biblia —dijo su madre— y se va a olvidar de las tonterías sobre samamfo. Nadie nunca encontró sobre la piel de plata de nadie, flecos de oro reluciente. No hubo banquillos en Kumasi y Kumasi no existió ni existe. Piense en Jerusalén, en la ciudad de Dios. Piense en eso, y no deje que lo tienta el diablo.

Y el muchacho trataba de obedecer a su madre, pero una y otra vez regresaba Cuminá, con sus mensajes secretos.

Hubo en el niño momentos de rebelión, en que pudo más el peso de su herencia.

—Mamy... lo que yo digo es que el señor López viene aquí cada mes... y está enfermo. Y a mí me duele verlo enfermo. Y yo digo, ¿por qué su patrón no lo manda a un médico?

—Conozco al señor Brown: es un hombre muy apegado a la ley. El hace lo que la ley le ordena. Más bien es bueno, porque le sigue dando trabajo a pesar de su enfermedad.

—Pero se enfermó en la finca de Brown...

—La ley...

—Al diablo con la ley... Yo estoy hablando de la justicia...

—La ley es la ley: mantenete lejos. La ley no se hizo para ti: es fuerte, dobla los rieles.

—Es que la ley no la hicimos nosotros... ¡Nuestra ley se quedó en Africa!

Entonces ella lo miraba con mucha compasión y le decía que se olvidara de esas leyendas inventadas por vagos. Que los africanos eran vagos, le decía, salvajes, paganos, y si no hubiera sido por el hombre blanco nosotros estaríamos igual.

Una vez fue a una reunión de seguidores de Garvey y le dijeron que la conquista de Africa duró doscientos años y le hablaron de poderosos zulúes, de Etiopía inmortal, del regreso al continente, de la construcción de una patria para el negro.

Entonces cuando volvió a su casa y su madre le estaba hablando alistó una muda de ropa fresca y se fue sin despedirse y estuvo dos semanas trabajando en los bananales buscando la fuerza del legendario Cuminá.

Cuando volvió a su casa su madre lo aguardaba llorando. Nada le dijo. Era obvio que este Pedro era un Pedro que ella no podría doblegar. Pedro doblado en los bananales, a brazo partido, olvidando viejos rencores, sacrificándose para alcanzar metas soñadas por él mismo; Pedro clavando los polines, soportando el sol del meridiano o la torrencial lluvia del llano que tardaba horas para conceder sus breves treguas; Pedro jefe de cuadrilla, sin ser realmente un esbirro en la opinión de los hombres, sin ser realmente un trabajador eficiente según el superintendente Morris y finalmente, Pedro en el mar, buscando a Cuminá.

Su madre nunca estuvo de acuerdo con él.

Cuando vino del mar, trayendo regalos de Montego Bay, ella dijo que su hijo jamás asentaría cabeza y desde entonces empezó a morir.

—Una huelga no se puede hacer así no más.

—Yo vi cómo la hicieron. Es cuestión de un buen programa y verás cómo responden los trabajadores.

—Somos solo dos, Pedro: todos los demás están al lado del señor Brown.

—De todos modos les hablaré de nuevo.

—¿Qué dijo Benigno?

—Que era imposible. No podían aumentar los salarios de ninguna manera y en cuanto a López la cosa estaba bien hecha, porque si se empieza a ser alcahuete con los trabajadores después la empresa no iba a poder aguantar tanto gasto, y que si por él fuera talvez se podía hacer la cosa de a callado, pero que quién quita que después lo sepan y el señor Brown se enoja y le corta el rabo, y que él necesita defender su puesto porque está bueno de tanto joderse ya.

—Usted sabe que los trabajadores de aquí son flojos.

—No tienen por qué serlo: ellos abrieron esta maldita tierra. Yo les puedo hablar de negro a negro. Yo creo que me van a entender muy bien.

—Es que no basta que te entiendan Pedro ... después viene el miedo ...

—¿Qué te pasa? Vos estuviste conmigo en los banales y viste que ganamos.

—Los que la organizaron eran gente dispuesta a todo. Pero estos no ... Talvez con un año de estarles diciendo ...

—Sos un cobarde ... pero oíme esto: hago la huelga o no me llamo Pedro Dull.

En la madrugada se fue Cuminá y Pedro cayó sobre una piedra, extenuado y estuvo sentado allí, oyendo a los

tambores que no cesaban, y sus nalgas se apretaban en la banca de madera, y sus ojos estaban fijos en la semi-oscuridad de la mañana. Levantó la vista para mirar el cielo. Una estrella fugaz cruzó en urgente vuelo. Fugaz también su vida toda ahora, los tambores del samamfo resonaban en sus oídos como oscuro eco.

Se puso de pie y empezó a caminar, dejando atrás lo que aún quedaba del círculo de adeptos del culto de Mamá Bull, con su ropa rota y los pechos al descubierto, con su cansancio de siglos pesándoles.

III

El viento se filtra por la ventana abierta, golpeando la piel de su rostro. Junto a él su compadre, silencioso, juguetea con la gorra de conductor.

—No sé cómo te metiste con esa gente. Los sinkits son terribles.

—Yo no me he metido con los sinkits.

—La mamá de Brown lo era.

Pasan por la ventana las imágenes de la mañana que aún están por definirse.

—Hay como diez cargos contra vos ya. Ayer me decía Pérez que salieron con que vos vendías lotería clandestina y te fuiste sin pagar los premios del domingo pasado.

—¿Quién va a creer todo eso? En el pueblo me conocen... todo eso es por la huelga...

—La huelga se acabó, Pedro: todo se fue a la mierda. Andate a Panamá.

Débiles aún las luces del alba se revientan en cálidos colores.

—Te andan buscando. Ya avisaron a los Jefes Políticos de toda la zona.

—Decile al maquinista que reduzca la velocidad en la curva... No he hecho nada y por eso no pienso huir.

—Te estás buscando líos: te van a meter a la cárcel a la pura bulla y te vas a pudrir allí por terco. Vos sos negro, ¿no querés entenderlo? Ahora, ni siquiera nos dejaron irnos con la Compañía al Pacífico y lo que queríamos es simplemente trabajar .

—Decile al maquinista...

—Bueno... bueno... allá vos...

IV

Pedro lo miró buscando al compañero de luchas en las fincas bananeras. Se habían sumado a la huelga entonces, la primera en una finca bananera y habían triunfado.

Luego tuvieron que emigrar, porque se cansaron de la hostilidad de los capataces y de ver cargamentos de muerte repartidos a raudales.

¿Te vendiste también?

Habían llegado juntos buscando trabajo y se colocaron en la finca del señor Brown.

Allí el amigo había resistido todo intento de organizar a los trabajadores, y finalmente un día se había marchado.

A los meses lo vio de conductor. Era demasiado poco tiempo para llegar a conductor. Por eso Pedro lo miraba desde entonces con recelo, recordando la vieja historia de las haciendas donde el esclavo traidor recibía la recompensa de su fidelidad al amo, ostentosamente.

¿Te vendiste también?

¿No queda vestigio alguno de la combatividad de los tiempos que Pedro tenía por vigentes aún? El amigo le aconsejaba la huida. Le decía que se retirara. Que se fuera a Panamá.

La señora Mariot había dicho lo mismo. Pero era natural en las mujeres cuyo instinto de supervivencia era muy fuerte. Pero eso era una cosa, y esto distinto.

Quizás su amigo lo hubiera querido ver de conductor o de oficinista, dando órdenes a los trenes y engordando.

Afuera la mañana empezaba a caminar. El cielo se iba definiendo. Los techos del poblado se insinuaban a lo lejos.

¿Por lo menos me harás el favor de reducir la velocidad del tren?

Se puso de pie, llevando en sus manos el maletín y fue caminando despacio hacia la salida. Estaba resuelto, no quedaba lugar para la duda. Era mejor rebelarse contra todo, desafiar al mundo, que huir, complaciendo así al señor Brown.

¿No había danzado Cuminá en su cuerpo?

El tren pitó estridentemente y empezó a perder velocidad. Su corazón palpitaba. Se descolgó en un claro. Se detuvo para ver el tren seguir la curva y desaparecer.

Llenó los pulmones de aire fresco de los cacaotales, suave aroma de madre selvas, y nuevas ansias de vivir recogidas del mismo viento.

Ganó la curva con cautela, aferrado a su pequeño maletín que contenía todas sus pertenencias, la ropa de Cornelio incluso, que la señora Mariot había tenido la fineza de darle. Un cúmulo caótico de sensaciones atibo-

rraban su pensamiento, pero en medio de todo estaba seguro de que su única salida era regresar al pueblo.

Huir era claudicar. Volver un acto de rebelión, y solo el rebelde es hombre.

Mamá Bull en sus recuerdos delante de piedras sagradas; la fogata ardiendo, iluminando las semi-desnudas figuras de los sinkits; palabras y lamentos inteligibles, puñales que relampagueaban en el viento.

Cuando la luz plena de la mañana le permitió ver a lo lejos el techo de la casa grande, reluciente como caimito en la luz, tocó con temor el arma que llevaba oculta bajo su camisa. Su sombrero de felpa inclinada sobre la frente, cubriéndole la mirada de los intrusos que ese día engendró muy de mañana.

El conductor lo estaba esperando.

—Me van a echar del trabajo por culpa tuya —dijo— y Pedro se echó a reír.

—Y tenés el valor de echarte a reír.

—Por lo menos tengo un condenado amigo: ¿no te parece que eso es para que uno se ría?

—Vos sos amigo mío y no me estoy riendo. Nadie que esté bien de la cabeza se ríe de un sinkit.

Era domingo y de la casona donde llegaban las prostitutas los sábados salían varios hombres. Se detuvieron a verlos pasar. Siguieron su camino, circundando la construcción de madera, desde el cual bajo inquietas pulsaciones de guitarra saltaba una canción que se definía con altivez.

"Eres del sol la luz que llega,
alumbrando mi porvenir,

todas son penas cuando estás lejos
y vivo en ti llevo mi porvenir.
Eres el roble, la fortaleza
El claro día, agua de mar,
todas son dichas, cuando estás cerca,
al cendro fuerte no debes talar."

Los hombres se detuvieron un instante para escuchar la canción. Pero una voz airada dio al traste con el hechizo.

—En este pueblo todo se sabe así que cogé tu condenada canción y vete al carajo.

Yo tengo mi hombre y vos no tenés ni una cochina hojalata y andás jodiendo.

Después la canción se fue muriendo:

Eres el sol, eres la luna
el claro día, agua de mar,
canción de cuna, himno de tumba,
y nunca el sol se puede apagar.

V

—Hey... muchacho... vea quién viene allí...

—¡Dios Santo!

A lo lejos la señora Mariot los vio venir y comenzó a llorar. Cornelio, que la estaba oyendo pensó en los extraños sonidos que algunas veces pueblan el mundo.

—Viene con alguien...

—Es aquel muchacho, ¿cómo se llama? El que trabajó con él en lo de Brown.

—¿No sabrá que lo andan buscando?

—Deberíamos avisarle...

—Mejor no meterse...

—No podemos dejar que al hombre lo agarren así. No fue él: el africano y él andaban cortando leña, y el baboso de Sebastián vio al muchacho venir del río y no dijo nada.

—Y qué te parece: la señora Mariot lo vio pasar en su caballo y tampoco dijo nada.

—Por eso...

—Y si la propia madre de Sitaira no se mete, no veo por qué nos vamos a meter nosotros.

—No podemos quedarnos así, Ed, viendo que a un hombre lo van a joder sin hacer nada.

Los dos hombres entraron al solar del señor Brown y Pedro llamó a voces. Los hombres, desde la pulpería del chino Juan vieron al Jefe Político salir de la casa y esposar a Pedro, que no ofreció resistencia alguna.

VI

La noche se fue poniendo sobre el pueblo con increíble rapidez. La señora Mantle estaba molesta con el chino porque horas antes, cuando fue a comprar canfín, el chino no quiso venderle.

—El chino está enfermo —dijo— y hoy no vende.

Nadie había trabajado ese día. Cuando llegó el Gobernador de la Provincia, todos los hombres estaban sentados en sus corredores o en los corredores de algún ve-

cino, a lo largo del camino entre la estación y la casona grande del señor Brown.

Con el gobernador llegó el médico, vistiendo gabacha blanca y con una pipa apagada entre sus labios.

Acompañaba al gobernador, el pagador Sell, representando al superintendente que estaba visitando al señor Presidente.

El pastor se vistió de gala esa noche, para ir a la cena que daba el señor Brown. Su esposa lució un vestido nuevo, que había tenido guardado desde hacía dos años, aguardando una ocasión propicia.

También pasó por la misma ruta la señora Mantle, del brazo de Benigno quien, vestido a la usanza de su patrón, era el hazmerreír de los hombres. Lucía corbatín.

—Mirá a Benigno, obrándole al cielo.

—Ahorita se ensucia.

Luego pasó con camisa limpia y almidonada el Jefe Político, con su cutacha al cinto, en su caballo recién bañado, con el rostro en alto, saludando a los hombres ceremoniosamente. Había en su andar un aire de incertidumbre, como quien va hacia la gloria o la muerte.

—A ese hombre le quitan el puesto...

—¿Por qué?

—Han pasado demasiadas cosas en tres días.

—Más pasó cuando murió Cristo y nadie despidió a Poncio Pilato.

Los presentes se echaron a reír.

Pero la sorpresa fue la llegada de la señora Bull. Los hombres se pusieron de pie cuando la vieron venir.

—Jesús... Me imagino la cara del pastor...

—¿Cómo es posible que el señor Brown sea tan imprudente?

Los hombres se iban juntando en el corredor de Pérez. La señora de Pérez, contenta de ver a los vecinos en su pórtico por primera vez, trataba de ser amable ofreciendo café. Los hombres lo tomaron, y alguien dijo que tenía a mano un juego de dominó y los hombres celebraron la idea con un aplauso.

Esperaron. La noche iba avanzando cautelosamente. La calidez del día iba cediendo paso a un viento tibio que los refrescaba.

—Parece que se llevan bien el pastor y la Mamá Bull ...

—dijo uno de ellos al fin.

—Parece ...

Jugando, esperaban. Como si esa noche fuese a nacer el mesías. Como si aquel sermón sin sentido, tantas veces predicado por el pastor "De entre mi pueblo levantaré a uno —dice el Señor— le quitaré el corazón de piedra y le daré uno de carne, y será la liberación de muchos y la gloria del pueblo". Cuando el pastor decía eso, los hombres se miraban unos a otros sin entender nada.

Una vez Ed le preguntó a Mamá Bull el significado de esas palabras que tan famosas se habían hecho en el pueblo. La sacerdotisa guardó silencio durante unos momentos, y luego, frotando una piedra que tenía en sus manos, dijo que en el silencio del medio día estaba la respuesta, porque un día Cuminá se encarnaría en el pueblo y sería el pueblo mismo, y los altares saldrían sobrando.

Ed les contaba a los hombres ahora, sin entender nada tampoco, y ellos seguían jugando, mirando la casa grande como si esperaran algo.

Era casi **la media noche, cuando** llegó la señora Mariot. Venía conduciendo a Cornelio que cargaba una bolsa de pan, y ella traía en la otra mano una cafetera de chocolate.

—Hay que llevarle a Pedro... el resto se lo pueden tomar ustedes.

—Yo voy —dijo Pérez— de por sí necesito hablar con el muchacho que viene con él.

—¿Cómo se llama?

—No sé... nunca le he preguntado el nombre.

Los hombres esperaron pacientemente, mientras la señora de Pérez distribuía el chocolate por partes iguales. Cornelio también tenía en su rostro el signo de la espera, y mientras comían, los hombres guardaron un extraño silencio.

Fue la señora Mariot la que acabó con el hechizo.

—¿Es cierto que el chino Juan no quiso vender hoy?

—Desde que capturaron a Pedro dijo que estaba enfermo.

—No lo capturaron, vino a entregarse.

—Sí: y eso me parece tonto. Podía haberse ido.

—Pero es peor lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Que ese muchacho que venía con él lo hiciera. Habían trabajado juntos aquí, pero ya era conductor y todo. Si saben que anda metido en esto lo van a echar.

—Ya lo echaron: andaba de servicio.

Los que estaban jugando dados dejaron de jugar y vieron a Benigno pasar, con un foco inusitadamente brillante, del brazo de la señora Mantle.

—Tengo ganas de reventarle la vida —dijo uno de los hombres.

—Con eso no se gana nada —dijo la señora Mariot—, acomodando a Cornelio que se estaba quedando dormido. Pérez volvió poco tiempo después.

—¿Vieron pasar al diablo?

—Diablo es poco...

—Hablé con el muchacho...

—¿Cómo se llama?

—No le pregunté el nombre, ¡qué baboso!

—¿Qué te dijo?

—Mañana se lo lleva el Gobernador para Limón. Dice que necesita una buena defensa. Con abogado y todo.

—Lo jodieron...

—Parece que tienen para pagar el abogado —dijo Pérez, jugueteando con su cutacha. Parece que es un abogado muy bueno.

—¿Contra el Gobernador de Limón? ¿Dónde has visto en Limón un abogado que no se venda?

—Parece que el muchacho conoce uno...

La señora Mariot estaba pensando en Pedro y Pedro estaba pensando en las grandezas del samambo, en la pasión que despierta la naturaleza en función sexual, en la tara del tiempo, en Cuminá, doblado en los bananales.

—¿Y no habló con Pedro?— preguntó la señora Mariot al fin.

—Sí... —dijo Pérez— no sé...

—¿No sabe qué?

—Tiene algo ese muchacho que lo convence a uno. ¿Saben lo que me preguntó cuando le dije que el Gobernador estaba aquí y toda esa gente con él? Me preguntó si todavía no me convencía que hizo bien volviendo.

La señora Mariot pensó en Pedro y dijo en voz alta lo que nadie esperaba que ella dijera pero que todos aceptaron una vez que lo hubiera dicho:

—Es que . . . es que Pedro es un hombre.

Después continuaron jugando, haciéndole guardia al amanecer que lentamente se iba insinuando. Benigno pasó de nuevo cantando.

—Pérez . . . tan igual que estás. ¡Quién te mete haciendo fiesta y ni conocés el brandy! Pérez miró el cielo y se puso de pie y los hombres creyeron que iba a irse tras Benigno.

—Sí —dijo— tiene toda la razón negrita. Ese moreno es un hombre.

Los hombres ya no esperaban nada. De pronto entendieron la obstinada predicación del pastor, y estaban seguros de que él mismo no lo entendería jamás. Y vieron con toda claridad, en el profundo silencio de la madrugada, el silencio del medio día. (Cuminá danzaba la paz del pueblo).

—Voy a dormir, señores: así, trasnochado, no se puede ser buen testigo.

En la penumbra del alba, los hombres no podían mirarse en los ojos. Pero todos oyeron a lo lejos una carcajada de mujer que venía del río.

GLOSARIO

<i>Afrolatindígena:</i>	africano , latino e indígena.
<i>Bamí:</i>	especie de tortilla de yuca.
<i>Bantú:</i>	pueblo africano.
<i>Catá:</i>	trapo que se utiliza para amortiguar el roce de objetos que se cargan en la cabeza, contra la piel.
<i>Cuminá:</i>	dios.
<i>Cuecha:</i>	salivazo.
<i>Chumico:</i>	deriva de Jamaica, de su pronunciación en inglés. Se aplica a ciudadanos de ese país y por extensión a todos los negros.
<i>Churristate</i>	arbusto.
<i>Dopí:</i>	aparición; espíritu de persona muerta.
<i>Fruta de mono:</i>	fruta tropical.
<i>Fruta de pan:</i>	fruta tropical.
<i>Ghana:</i>	antiguo reino africano, de donde toma su nombre la Ghana actual. No hay coincidencia territorial.
<i>Hey:</i>	exclamación aspirando la "H".
<i>Mali:</i>	antiguo reino africano que da nombre al Mali actual.

- Nyambe:** dios.
- Obeah:** poder. Obeahman: hombre de poder. Brujo que utiliza su poder para bien o para mal. La cosmología afro-caribeña presenta (en tanto su origen limonense) una visión triangular de la realidad: en uno de los ángulos de un triángulo podríamos representar a Dios, en el otro los poderes de los muertos y en el otro el poder de los vivientes. El hombre, colocado en el centro del triángulo, recibe la influencia de las fuerzas mencionadas.
- Olla de carne:** cocido a base de carne y verduras.
- Oporto:** marca de vino.
- Paña:** deriva de España. Es un gentilicio aplicado a las personas de ascendencia española. Se agrega "man" o "woman" del inglés para designar los sexos.
- Precañista:** ocupante de tierras en precario. Usufructuario sin escritura.
- Shangó. (Changó):** dios.
- Samamfo:** palabra de origen ashanti que significa lugar o estado en que se encuentran los muertos, o los espíritus de los antepasados.
- Sinkit:** se refiere a St. Kitt, isla del Caribe. Habitantes de dicha isla y su religión.

- Sorocí:** planta medicinal.
- Yoruba:** pueblo africano.
- Zarzón:** raíz medicinal.
- Zombi (zombie):** figura mística caribeña. Cadáveres humanos que se mantienen con vida por medios mágicos.

HEREDIA, 1976

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

UNA CANCION EN LA MADRUGADA	Cuentos – 1970
HOMBRES CURTIDOS	Novela – 1971
EL NEGRO EN COSTA RICA, en colaboración con el Prof. Carlos Meléndez	1972
LOS CUATRO ESPEJOS	Novela – 1973
EL NEGRO EN LA LITERATURA COSTARRICENSE	1975
LA REBELION POCOMIA Y OTROS RELATOS	1976

LA PAZ DEL PUEBLO de Quince Duncan se terminó de imprimir en la Imprenta Nacional en el mes de abril de 1989, con un tiraje de 2.000 ejemplares en papel periódico y cartulina barnizable. Su edición fue aprobada por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica en sesión N° 721. Diseño de cubierta de Jaime Castro B. Corrección de pruebas de Cecilia Trejos C.

ESTA NUEVA NOVELA DE QUINCE DUNCAN – en que el mundo de la *gente de color* pobladora de nuestra costa atlántica, entrelazado histórica y étnicamente a la gran familia afroamericana del Caribe, particularmente de Jamaica en lo que nos concierne, aflora entre las manos del novelista con fuerza áfincada en sus raíces seculares de angustia, desesperanza, amor y garra de futuro–, es obra que viene a reafirmar la auténtica y diferente aportación a las letras centroamericanas que este autor continúa realizando, dentro de *esa visión insólita* y con el *ojo que nos mira desde adentro por un resquicio por donde sólo los negros costarricenses podrán mirarnos*, que dijo Joaquín Gutiérrez refiriéndose a anteriores escritos de Duncan.

Novela donde se manifiestan notorios avances técnicos y de dominio de lenguaje logrados por el narrador, su publicación se hace por recomendación – fuera de concurso– del jurado que otorgó el Premio Editorial Costa Rica de 1976.



Editorial Costa Rica